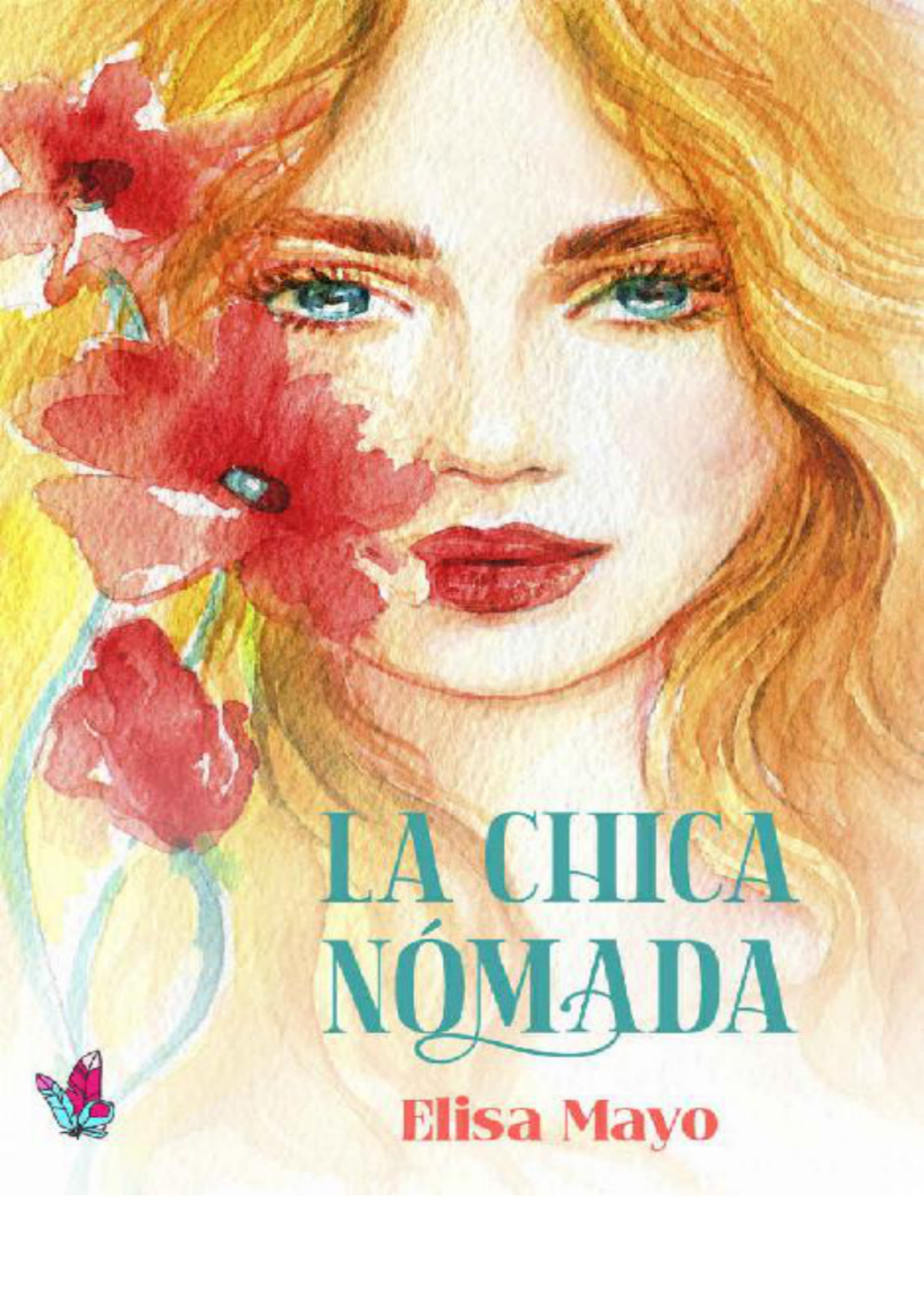
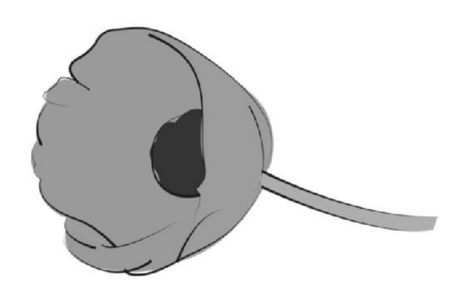

LA CHICA NÓMADA
Elisa Mayo

LA CHICA NÓMADA



Elisa Mayo

© Título original: La chica nómada
Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Tarragona.
Elisa Mayo
1ª edición, junio de 2021
Corrección y maquetación: Elisa Mayo
Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito – Imagina Desings
Imágenes: Pixabay

A todas esas personas que alguna vez se han perdido por el camino.

Escanea este código QR con tu cámara y te dirigirá a la lista de Spotify donde encontrarás todas las canciones que, aunque no aparezcan en las historias, me ayudaron a crearlas.



ÉL

CAPÍTULO 1

Acabábamos de instalarnos en el apartamento y me asomé a la terraza para tomar el aire. Aunque eso es un decir, porque aire, lo que se dice aire, no corría ni gota. Al contrario, hacía un calor de miedo. Miré al frente y el mar Mediterráneo me dio la bienvenida con su brillo, su luz y su color. Ese año tenía unas ganas horrorosas de que llegaran las vacaciones y, por fin, pude relajarme un poco. Mientras mis amigos se repartían las habitaciones, yo me serví una cerveza y me apoyé sobre la barandilla; paseé la vista a lo largo de la calle y observé la furgoneta que había aparcada frente al edificio. Creí reconocerla del año anterior. Era la misma, estaba seguro. ¿Habría vuelto para esas fechas o seguía ahí desde la última vez que la vi?

No era un vehículo corriente. Estaba equipado para vivir en él, aunque, por fuera, pasase desapercibido. Era una furgoneta normal, como las muchas que se usan para trabajar o de reparto; blanca, sin ningún logo y con unas cortinillas en las ventanas de la parte trasera. Lo descubrí el verano pasado, cuando volvíamos de la playa y una chica estaba sentada en el escalón de la puerta lateral. Lo poco que pude ver del interior me mostró unos armarios bajos, y el suelo parecía forrado con alguna especie de madera.

Al atardecer, veía a la chica acercarse a las duchas y el baño públicos de la playa y usarlos sin ningún reparo. Estaba seguro de que pasaba sus vacaciones dentro de aquella especie de casa rodante.

Me picaba la curiosidad por preguntarle si solo utilizaba ese transporte para ahorrarse el alquiler de un alojamiento o si lo usaba de forma habitual. Se desenvolvía bastante bien y parecía no necesitar nada más.

Pensé, en varias ocasiones, si yo sería capaz de viajar de esa forma. La respuesta se decantó por un no. Soy un tío grande y necesito espacio, no creí que un habitáculo tan reducido fuese cómodo para mí.

En ese momento, en la terraza del apartamento de mis padres, que cada año nos dejaban disfrutar durante un par de semanas, decidí que ese verano intentaría hablar con ella, si es que era la misma furgoneta y la misma persona que la conducía.

Aquella primera mañana, nos levantamos temprano para disfrutar de una sesión de *paddle surf*. Era uno de los deportes que practicábamos siempre que nos desplazábamos a la playa, aparte de correr por el

paseo o jugar partidos de voleibol en la arena.

Al llegar a la orilla, ya había varias sillas plantadas guardando los sitios para sus dueños y, además, vi un cuerpo que nadaba sin descanso en el mar. No sé por qué, pero intuí que era la chica de la furgoneta. Mientras preparábamos nuestras tablas y remos, comprobé que así era.

Salió del agua con unas gafas de natación a modo de diadema y un bañador completo del mismo estilo. Ni siquiera nos miró al pasar por nuestro lado, aunque nosotros no pudimos evitar seguirla con la vista.

—Joder, cómo está la tía —soltó Hugo.

—Cállate, que te va a oír —contestó Cristian.

—¿Y qué? Debería sentirse orgullosa por llamar la atención de los tíos, ¿no?

—Eres el tío más cavernícola que conozco. Cualquier día te llevarás una hostia con la mano abierta.

—¿Me a vas a dar tú?

—No, ellas.

—Dejadlo ya —intervine. Siempre estaban igual. El bestia y el caballero, los llamo yo. Aunque Cristian tenía razón; más de una vez, y de dos, hemos tenido que atar en corto a Hugo cuando salíamos de copas.

Total, que pasamos más de una hora en el agua y después volvimos al apartamento para desayunar, ducharnos e ir a comprar provisiones para los siguientes días.

En el supermercado, volvimos a cruzarnos con la chica. Empecé a pensar que era demasiada casualidad que nos encontráramos constantemente, así que me lo tomé como una señal para acercarme a ella. Aunque decidí que sería mejor hacerlo a solas, y no con mis dos amigos pegados al trasero.

Una vez organizamos la nevera, ellos se tiraron en el sofá y dedicaron parte de su tiempo a jugar con aquella máquina del demonio de los videojuegos, ni siquiera sabía el modelo porque habían sustituido unas por otras tantas veces que ya ni me acordaba. Aparte de que ese tipo de actividades no me van en absoluto.

Me colgué una toalla al cuello y bajé a la playa. Era mi oportunidad.

La furgoneta parecía cerrada y deduje que no estaba allí. Me dirigí a la arena con la intención de localizarla. Quizá estuviera tumbada al sol. Eché un ojo hasta que la divisé a un par de metros de la orilla, sobre una especie de pareo gigante que ocupaba bastante espacio.

No pude colocarme muy cerca porque la playa estaba en plena ebullición, pero lo hice a una distancia prudencial desde donde podía observarla sin ser descubierto.

Tumbada boca arriba, un sombrero de paja le cubría el rostro y un

minúsculo bikini, las partes mínimas del cuerpo. Su piel estaba tostada, aunque no se veía enrojecida. Tenía las rodillas flexionadas y movía los pies como si bailara. Quizá escuchara música; desde mi posición no podía ver si también portaba auriculares.

Tras mis gafas de sol, la observé durante bastante tiempo. Todo el que estuvo allí. Después de tumbarse boca abajo, leer un rato o, simplemente, tomar el sol, se levantó, recogió y se marchó hacia la furgoneta. Antes se detuvo en las duchas para quitarse el salitre y la arena. Se envolvió en el pareo y se sentó en el escalón lateral del vehículo a fumarse un pitillo.

Supuse que se quedaría allí, así que me zambullí en el agua para refrescarme, después de haber estado al sol tanto tiempo, y fui a su encuentro. Debía hablar con ella como fuese.

Cuando llegué a su altura, leía un libro.

—¿Es bueno? —pregunté.

Elevó la vista por encima de las gafas de sol y me miró. Estaba a un par de metros de ella.

—¿Hablas conmigo? —Por un segundo pensé que, quizá, no entendiera mi idioma. Pero la matrícula de su vehículo era española.

—Sí, no veo a nadie más por aquí leyendo. —Sonreí.

—Pues debería haber más gente haciéndolo.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué lees tú?

—¿Acaso importa? —Apoyó el libro sobre sus rodillas.

—Si es bueno, quizá estaría bien que lo leyera.

—Quizá a mí me guste y a ti no. O al revés.

—Pero, al menos, tendría una opinión.

—¿No tienes la tuya propia?

Sonreí hasta casi soltar una carcajada. Parecía decirlo en serio.

—Vale, captado. No quieres enseñarme el libro.

—No es eso lo que he dicho —contestó al tiempo que lo cerraba y me mostraba la cubierta. *Hacia rutas salvajes*, de Jon Krakauer—. ¿Satisfecho?

—¿De qué va? —La verdad es que no me sonaba de nada.

—De un viaje.

—Oh. Supongo que te gusta viajar. —Señalé el interior de la furgoneta.

—Así es. —Volvió a abrir el libro y bajó la vista, dando por acabada la conversación. Encendió un nuevo pitillo.

—Fumar no es muy sano —dije. No quería que me diera largas. No por orgullo ni nada de eso, sino porque me intrigaban sus respuestas.

—Trabajar tampoco —contestó sin desviar la vista de las páginas.

Entonces sí que se me escapó una risotada. Tenía gracia y razón.

—Vaya, así que eres una de esas *hippies* a las que les gusta viajar en una camioneta y vivir la vida.

Levantó la vista de nuevo.

—No quiero ser impertinente, pero ¿nadie te ha dicho que no debes juzgar a las personas por el simple hecho de que no sean como tú?

—Perdona, no era esa mi intención.

—Y, ¿cuál era, entonces?

—Mantener una conversación.

—¿Por qué?

—No sé… Las personas hablan.

—Hablan si todas las implicadas quieren.

—De acuerdo. Ya veo que no te apetece.

—Eres un lince. —Y volvió a meter la cabeza en las páginas de aquel libro.

Lejos de molestarme sus respuestas, aún me intrigaron más. Pero me marché tras decir un escueto «adiós» al que contestó con un gesto de la mano.

Menudo hueso de roer.

CAPÍTULO 2

Esa noche me costó dormirme por dos motivos. El primero, porque al día siguiente era el aniversario de la muerte de Marc. Se cumplían dos años desde que un trágico accidente de coche se lo llevara. Podría decir que fue culpa suya por conducir borracho y, aparte de su vida, segó la de varias personas más, pero me siento responsable de ello también. No debí permitir que condujera en ese estado. Lo intenté, juro que lo intenté, pero el muy mamón se escabulló mientras yo estaba en el baño de aquel *pub,* y Cristian trataba de que a Hugo no le partieran la cara por intentar ligarse a la novia de otro tío al que no conocíamos. Desde entonces, siempre salimos los tres en un mismo coche y nos turnamos para beber.

El segundo motivo fue la chica de la furgoneta. No podía quitármela de la cabeza ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Había algo en ella que volvía una y otra vez a mis pensamientos. Imaginé que la curiosidad por su forma de vida era lo que me atraía, aunque no sabría decir si había algo más. No me refiero a atracción física o sexual, era algo más abstracto. Como si intuyera que tras esa fachada de mujer independiente y nómada se escondiera un secreto que necesitaba descubrir. Quizá exageraba en mi percepción, pero ahí estaba y me llamaba a gritos.

Por la mañana, nos levantamos en silencio. Tocaba el ritual que desde el año anterior decidimos cumplir en memoria de nuestro amigo. Nos conocíamos desde el primer curso de universidad, así que nuestra amistad se remontaba hasta más de diez años atrás.

Desayunamos churros con chocolate, el preferido de nuestro amigo, y comeríamos en su restaurante favorito, que se encontraba a menos de un kilómetro del apartamento.

—Por Marc. —Hugo fue el primero en levantar su vaso lleno del brebaje amargo y dulce.

—Por Marc —asentimos.

Tras ello, nos enzarzamos en celebrar nuestros recuerdos en su compañía. Quizá hablamos de temas recurrentes, pero eran los que más nos divertían y mantenían intacta la memoria de nuestro amigo. Nos reímos, nos pusimos ciegos de churros y, sobre todo, lo echamos de menos.

Subimos a pie la montaña que rodeaba la población costera porque el senderismo y perderse en aquellos bosques era la actividad preferida de Marc para relajarse. Él era más de montaña que de playa; a veces, incluso prefería caminar solo que practicar cualquier deporte

acuático.

Cuando coronamos la cima, respiré el aire puro que nos rodeaba, absorbí la luz que nos caía desde el cielo despejado y admiré la inmensidad del mar que se abría a nuestros pies.

Siempre me he considerado un hombre normal, al que le ocurren cosas normales y que actúa de forma normal. No hay nada en mi carácter que se salga de lo habitual; a veces, creo que por desgana; otras, en cambio, estoy seguro de que es por falta de tiempo. Es cierto que intento disfrutar de los momentos de relax, como eran esos días de vacaciones, pero siempre he tenido la impresión de que me sabían a poco. Todo un año de trabajo para disfrutar de tres semanas de descanso. Bastante desequilibrado.

En eso pensaba cuando la conversación del día anterior con la chica de la playa me asaltó. Quizá ella tuviera una fórmula para nivelar esa balanza. Tendría que preguntárselo, aun a riesgo de que me soltara alguna fresca. Era rápida en sus contestaciones, por lo que debía de tener las ideas muy claras respecto a su forma de vida. Y eso, quisiera o no, me atraía mucho más que su aspecto atractivo.

Tras la comida, volvimos caminando, y mientras Cristian y Hugo se acostaron para echar una siesta, yo salí a la terraza, a pesar del calor que hacía a aquella hora. De forma instintiva, mi mirada se desvió hacia la furgoneta; empezaba a pensar que, más que curiosidad, sentía obsesión por la chica, pero no podía evitarlo. No la vi. Esperé durante un largo rato, hasta que el sudor me hizo entrar en el apartamento e imitar a mis amigos.

¿Cómo se las apañaría ella con las inclemencias del tiempo?

No volví a localizarla hasta el día siguiente, cuando bajamos a la playa para nuestra sesión con las tablas.

—Buenos días —la saludé cuando se acercó. Al parecer, ella también tenía su rutina mañanera.

—Buenos días —contestó al tiempo que se desprendía de las gafas de natación.

—¿Qué tal está el agua?

—Mojada. —Sonrió.

Fue la primera vez que la vi elevar la comisura de sus labios.

—Vaya, te has levantado graciosa esta mañana.

—Será porque soy una *hippy* que fuma porros en una camioneta —contestó e hizo una mueca.

No pude evitar soltar una carcajada. De verdad que me era imposible no sentir curiosidad por ella.

—Ya te pedí disculpas por mi estúpida percepción.

—Ya, pero eso no quita que lo sigas pensando.

—No lo pienso.

—Ahora eres tú quien se ha fumado un porro.

Siguió su camino y a mí se me escapó otra risotada.

—Hasta pronto, chica nómada —contesté cuando ya se había alejado unos metros.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Hugo al tiempo que me daba un empujón con el hombro—. ¿La conoces?

—No, solo tuve una conversación con ella ayer.

—Ya podías habérnosla presentado —se quejó.

—Créeme, esa chica no es para ti. —Me volví para mirarlo—. De hecho, como no cambies de actitud, ninguna lo será. —Le guiñé un ojo.

—¿Qué le pasa a mi actitud?

—Que eres un zopenco —contestó Cristian.

—Eh, no te pases. —Lo amenazó con el remo de forma cómica.

—Vamos, dejaos de dramas y pongámonos en marcha —intervine. Podrían enzarzarse en una discusión absurda durante más de dos horas.

Los días en la playa eran tranquilos, a veces, incluso demasiado. Aunque lo agradecía, porque durante el año era todo demasiado estresante.

Siempre había pensado que con mi edad era cuando se debía trabajar a tope, ganar el máximo de dinero para disfrutar de la vida y también para estabilizarla. Si tienes pareja, comprar o alquilar un piso, o lo que se tercie, y si estás solo… pues lo mismo. En resumen, acomodarte para trazar un plan que te permita vivir de la forma adecuada según tus propios criterios. Y eso era lo que estaba haciendo. Ganaba un sueldo bastante aceptable, tenía alquilado un pequeño piso en una población cercana a mi lugar de trabajo y salía con mis amigos a disfrutar todo lo que podía. Más aún desde que Marc nos dejó y se afianzó en nosotros la idea de que no debemos perder el tiempo porque en cualquier momento se agota.

Aquella chica de cuerpo menudo parecía, incluso, tenerlo más claro que yo, aunque no comprendía por qué vivía sola en un espacio tan pequeño. Quizá no tenía pasta para acomodarse en un lugar concreto y decidió que lo poco que tenía lo utilizaría para otras cosas que no fueran una casa donde asentarse. Por otro lado, si no vivía en un sitio fijo, ¿cómo trabajaba para ganar ese dinero que le permitiera errar por la carretera? Cada vez que intentaba comprenderlo, me surgían más dudas. Estaba claro que tenía que conversar con ella más de lo que lo había hecho, que era apenas nada. Estaba sacando conclusiones precipitadas otra vez, y ya me había llevado un zasca por haber supuesto cosas sobre ella.

Esa misma noche, la vi acercarse a la orilla y sentarse sobre la arena en medio de la oscuridad, frente a una luna que convirtió en

plata la superficie del mar. Estuvo allí durante horas. En más de una ocasión, pensé en bajar para ver qué hacía, pero decidí no hacerlo porque estaba seguro de que interrumpiría algo que para ella era importante. Uno no se pasa las horas ahí sentado sin hacer nada por ningún motivo, ¿no?

CAPÍTULO 3

Me desperté temprano y, como Cristian y Hugo seguían en la cama, decidí salir a correr por el paseo marítimo. De forma instintiva, mi vista se dirigió hacia el vehículo blanco, que no se había movido en tres días del aparcamiento, y después hacia la playa. No había rastro de ella. Imaginé que se acostó tarde y seguía dormida.

Eché a correr en dirección al amanecer; el sol aún estaba bajo y no deslumbraba, para cuando lo hiciera, yo estaría de vuelta y le daría la espalda. No me gustaba correr con las gafas de sol puestas, por eso siempre que salía lo hacía de ese modo. Gorra y auriculares con música rítmica para activar las neuronas.

Nunca me ha gustado ir al gimnasio. Prefiero hacer deporte al aire libre, sea cual sea el que practique. Pasaba horas encerrado en una oficina sin apenas ver la luz del día y, aunque en invierno se hiciera más molesto salir, prefería pasar un poco de frío que volver a enclaustrarme entre cuatro paredes. No me daba pereza tener que pasar por casa a cambiarme; en más de una ocasión, mis amigos me habían dicho que si ellos tuvieran que hacerlo, ya no saldrían de nuevo. Por eso, ellos iban al gimnasio al terminar la jornada.

Casi una hora después volvía al punto de partida con la esperanza de tropezarme con la chica nómada. Así la había bautizado. Tendría que preguntarle su nombre. Observé el mar, pero no vi a nadie nadar, y la furgoneta seguía cerrada. Así que tendría que conformarme con localizarla más tarde.

Pasé junto a la puerta lateral y agudicé el oído por si escuchaba algún sonido que me diera una pista de que la chica estaba dentro. Nada. Tuve que concienciarme de que no podía pasarme las vacaciones pendiente de ella, empezaba a no ser políticamente correcto espiarla de aquel modo. Así que intenté quitármela de la cabeza.

Subí al apartamento y, mientras mis amigos seguían en la cama, me preparé un zumo de naranja y salí a la terraza. Aquel apartamento era el tesoro más preciado de mis padres. Lo habían comprado hacía casi veinticinco años, cuando mi padre trabajaba en una multinacional, donde ganó un buen sueldo durante mucho tiempo y eso les permitió ahorrar y adquirir aquella segunda vivienda a un precio irrisorio si lo comparábamos con los actuales. A mi madre le encanta la playa y no dudaron en que, si podían tener un espacio de vacaciones, sería allí, frente a aquel paisaje.

Recordé los veranos que había pasado en ese mismo lugar. Los días

de sol y arena, las paellas en el chiringuito, que aún seguía en pie, aunque ahora era más bien un bar de tapas, y los amigos que hice durante aquellos años. Algunos seguíamos en contacto, a otros se les había perdido la pista. En aquella época, muchas familias de diferentes puntos del país nos reuníamos en ese lugar. Soy hijo único y, para mí, pasar las vacaciones rodeado de chicos y chicas de mi edad era el mejor plan que podía tener en ese tiempo.

Viví mi niñez y mi adolescencia de un modo alegre y sin complicaciones. Mis padres son el pilar más estable que tuve, tengo y tendré jamás. Trabajaron duro, me proporcionaron todo lo necesario y siempre me trataron con mucha mano izquierda, incluso en mi época más rebelde, donde me metí en algún que otro lío; nada grave que no hiciera cualquier chico a mi edad, pero entendían que me comportara de una forma menos… tranquila en esos años. Mi madre daba clases en un instituto y sabía tratar mejor de lo que pensábamos con adolescentes de hormonas revolucionadas y pájaros en la cabeza.

Fui un hijo tardío, o eso dicen ellos. Mi madre tenía problemas con sus ciclos menstruales y le costó mucho quedarse embarazada, a pesar de la ayuda médica; ese es el motivo principal por el cual no tengo hermanos. Pero no desistieron y, casi con treinta y cinco años, mi madre experimentó lo que era dar a luz y criar a un hijo, siempre acompañada por mi padre. No recuerdo que tuvieran ninguna discusión en mi presencia y tampoco tenían un rol definido. Los dos hacían de todo y se intercambiaban las responsabilidades y obligaciones de la vida diaria.

—¿Ya estás despierto? —Cristian asomó por la puerta de la terraza.

—He salido a correr.

—Lo tuyo no es normal, tío. —Se dio la vuelta y entró en la cocina.

Sonreí por su comentario; yo siempre me he considerado precisamente eso: de lo más normal.

Hugo se levantó minutos más tarde y, durante el desayuno, decidimos que ese día lo emplearíamos en visitar Siurana. La población queda a una hora de camino en coche, hacia el interior, y tiene unas vistas espectaculares, además de ofrecer lugares donde escalar, hacer senderismo o, incluso, alquilar un kayak en el pantano del mismo nombre.

Era uno de los lugares que siempre visitábamos cuando pasábamos los días en la playa. Siurana siempre era apuesta segura.

La vida, a veces, te sorprende colocando delante de tus narices lo que llevas buscando desde hace tiempo. En mi caso, durante ese verano, fue la chica nómada; y el destino me la plantó aquel día en la Gorguina, un salto de agua que siempre visitábamos cuando nos perdíamos por las rutas de Siurana.

Llegamos a media mañana, quizá un poco tarde para todo lo que pretendíamos hacer, pero como no teníamos prisa, no nos importó. Lo que sí descartamos fue la escalada, nos llevaría demasiado si queríamos llegar al salto a la hora de comer.

Nos acercamos al pantano y alquilamos unos kayaks para sumergirnos de lleno en aquel paraje rodeado de montañas. Siempre me habían impactado las vistas desde el pueblo, encastado en el pico de un saliente. Allí arriba, a más de setecientos metros, podías sentir la libertad del cielo, casi tocarlo con los dedos. Desde ese punto todo parecía más abrumador y nosotros, menos relevantes.

Nos lo tomamos con calma. Hugo parecía más tranquilo que en los primeros días; siempre le ocurría. Necesitaba un tiempo de adaptación para salir de su rutina. Trabaja en bolsa, y a pesar de tener un coco privilegiado para las finanzas, el estrés no lo lleva del todo bien. Ese era el motivo principal por el que, cuando salíamos de fiesta, se pasaba con el alcohol y en su comportamiento un tanto beligerante. En cambio, el fin de semana que no le «tocaba» beber, se mantenía en su estado más pacífico. Además de la regla de turnarnos para tomar copas, también acordamos no beber entre semana, aunque quedáramos para cenar, que era lo único a lo que podíamos aspirar tras una jornada demasiado larga de trabajo. Aunque en vacaciones nos saltábamos esa norma si no teníamos que conducir.

Tras dejar las embarcaciones en su lugar de origen, encaminamos la marcha hacia el sendero que nos llevaría a nuestro destino siguiente. Tendríamos que andar durante cerca de dos horas hasta llegar, pero el recorrido y la meta valían de sobra el esfuerzo. Aquel era uno de los lugares favoritos de Marc, así que, de esa forma, también lo tuvimos presente en nuestras conversaciones.

El espacio era una poza con un salto de agua, como ya he dicho, y estaba tan alejado que poca gente se molestaba en llegar hasta allí a pie. La mayoría prefería bañarse en las zonas habilitadas del pantano y montar su propio picnic. El camino no era muy complicado y podías disfrutar de la vegetación que se hacía cada vez más tupida a medida que avanzabas. La cuestión es que cuando se abrió el claro ante nosotros, además del paisaje, vimos a una chica sentada sobre una roca. La reconocí al instante, no me preguntéis por qué.

No quise molestarla, parecía disfrutar de un momento de soledad y paz. Nos instalamos bajo el follaje para dejar las bolsas con la comida a la sombra. Hugo fue el primero en desprenderse de la camiseta y calzarse los escarpines para trepar por las rocas hacia el punto más alto y lanzarse al agua. Estaba seguro de que, en cuanto empezáramos a armar jaleo, la chica desaparecería de allí.

Cristian y yo lo seguimos e imitamos su chapuzón. Hacía calor y, a pesar de que el camino hasta allí había sido en su mayoría a la

sombra, estaba sudado y necesitaba ese baño. Nos lanzamos varias veces y, finalmente, nos quedamos en el agua, disfrutando de la tranquilidad y del chorro que caía desde la parte más alta.

Observé con disimulo a la chica en varias ocasiones, seguía allí. En el mismo lugar y en la misma posición. El sol le daba de pleno, e imaginé que ese era el motivo por el cual se había puesto el sombrero y las gafas que le había visto la otra mañana en la playa.

—¿Le decimos algo a esa tía? —preguntó Hugo en un susurro.

—¿Algo como qué? —respondió Cristian—. Déjala en paz, bastante tiene con aguantar la que hemos liado.

—Joder, ni que hubiésemos montado una fiesta —se quejó.

—Vale, dejadlo ya, y a ella también. Si ha venido sola, será porque quiere estarlo, ¿no? —intervine. Imaginé que ellos no la habían reconocido, así que decidí no revelar el «secreto».

—Tiene razón —apoyó Cristian.

—Vale, vale… —Hugo se dio media vuelta y nadó hasta la orilla para después salir del agua en dirección a las mochilas—. Tengo hambre, ¿comemos ya?

Nos acomodamos sobre un par de rocas y comimos con tranquilidad los bocadillos que nos habíamos preparado en el apartamento y los refrescos que Cristian cargaba en su mochila, metidos en una nevera portátil.

—Este *finde* salimos, ¿no? —preguntó Hugo.

—Supongo… —Cristian se encogió de hombros.

—Las discotecas deben de estar llenas de tías de vacaciones. El verano es más propenso para ligar. —Hugo siempre pensando en lo mismo.

—Nada de tías en el apartamento —advertí.

—Joder, ¿en serio?

—Pilla una habitación de hotel —ofreció Cristian con una risilla.

—¿En pleno verano? ¿En la costa?

—Apáñatelas como quieras, pero en el apartamento no. Es de mis padres y no quiero chicas allí. —Y él lo sabía de sobra.

—Eres un puto aguafiestas. —Me señaló con el dedo, aunque supe que bromeaba por su cara sonriente.

Era un bocazas, pero tenía buen fondo y nos respetábamos. Esa era la clave de nuestra amistad.

Poco antes de acabar nuestro banquete, vi por el rabillo del ojo que la chica se movía de su posición. Se vistió con unos pantalones cortos y una camiseta y se calzó unas deportivas. Se colgó la mochila a la espalda y desapareció por el sendero que conducía a la civilización.

Ya tenía tema de conversación para provocar un acercamiento.

CAPÍTULO 4

Aparecimos en el apartamento casi a la hora de cenar. Decidimos que saldríamos para no cocinar, pero fue ducharnos y nos quedamos los tres sentados en el sofá sin ganas de hacer nada. Al final, pedimos unas *pizzas* y vimos una peli en Netflix para, más tarde, quedarnos medio dormidos.

Abrí los ojos y me obligué a levantar el culo. Eran cerca de la una de la madrugada. Eché a mis amigos a sus habitaciones y fui a la cocina a por un poco de agua. Volví al salón para cerrar la verja de la balconera, pero antes salí a la terraza a que me diera un poco la brisa marina.

Mi vista se dirigió por enésima vez hacia la furgoneta. A través de las cortinas traseras vi luz y se me ocurrió una idea.

Cinco minutos después estaba frente a la puerta lateral del vehículo, dando un par de toques con los nudillos.

—¿Quién es? —Oí su voz amortiguada.

—Soy yo, chica nómada.

Un sonido metálico seguido por el parpadeo de las luces intermitentes me indicó que me había reconocido, y la puerta se abrió. Apareció en mi campo de visión con el pelo suelto y salvaje, unas gafas metálicas muy finas y un mono corto de tela estampada.

—¿Qué quieres? —preguntó con el ceño fruncido—. Veo que tampoco te han enseñado que molestar a los vecinos a altas horas de la madrugada es de muy mala educación.

Sonreí, sin más.

—¿Te apetece? —Le mostré los dos botellines de cerveza que llevaba entre los dedos.

Se quitó las gafas y quedaron colgadas del cordón que las sujetaba en su cuello. Tiró de la puerta para que se abriera del todo y se sentó en el escalón donde la había visto varias veces.

Me coloqué a su lado y le ofrecí uno de los botellines. Se lo llevó a la boca y le dio un trago largo.

—Te he visto en el salto —le dije.

—Yo también —contestó sin dejar de mirar al frente.

—¿Sueles ir por allí a menudo?

—Solo cuando estoy aquí.

—¿Me explicas tu historia?

Ladeó la cabeza para fijar sus ojos verdes sobre los míos.

—No hay ninguna historia —contestó. Sus iris se oscurecieron

segundos antes de volver la vista al mar.

Observé su perfil durante unos segundos. Nariz recta, labios mullidos, pestañas largas y tupidas. Mejillas sonrojadas por el sol y un puñado de pecas sobre los pómulos. En ese instante, me pareció frágil, aunque estaba seguro de que no lo era en absoluto.

No dije nada más. Solo me quedé allí, a su lado. Disfrutando de la calma y la oscuridad de la noche, del sonido de las olas que llegaban desde la orilla, de la sensación electrizante que me producía la cercanía de aquella chica de la que no sabía nada, pero que quería conocer.

Me hubiese quedado allí sentado toda la noche, no sabría decir por qué, un halo extraño me envolvió de una forma que no había sentido nunca. Era como estar en otro mundo, en otra dimensión. Fuera de mi cuerpo y de mi mente. Fuera de todo lo que me rodeaba.

—Gracias por la cerveza. —La burbuja estalló.

Parpadeé varias veces y la miré. Me ofrecía el envase vacío con una tímida sonrisa colgada en los labios.

—De nada, ha sido un placer.

Asintió y se levantó a la espera de que yo hiciera lo mismo. Me costó despegar el trasero del trozo de suelo de la furgoneta.

—Buenas noches —dijo justo antes de cerrar la puerta.

—Buenos noches —contesté en un susurro.

Esa noche soñé que ella me enseñaba a volar. Que mis pies dejaban de tocar el suelo para elevarme en un estado de levedad absoluta. Nada pesaba, nada importaba. Solo ella junto a mí y su mano tirando de la mía.

Me desperté con la sensación de no haber descansado. De haber estado toda la noche en un viaje astral, aunque lo achaqué a las imágenes que mi mente proyectaba como sueños. Solo había sido eso. De esas noches que te pasas soñando unas cosas y otras sin acabar de recordarlo al completo, pero te dejan la mente aturdida durante un buen rato tras abrir los ojos.

Esa vez fui el último en incorporarme al desayuno, y mis amigos me miraron extrañados.

—¿Se te han pegado las sábanas? —bromeó Hugo.

—Eso parece. La playa da sueño. —Les guiñé un ojo.

—Cierto —corroboró Cristian.

Quedaban un par de días para el fin de semana, así que decidimos que los aprovecharíamos para salir de excursión, como habíamos hecho con anterioridad, y dejar el descanso para los «festivos». Así podríamos salir a cenar y a tomar unas copas sin el cansancio de haber estado fuera tantas horas.

Esa noche volví a bajar para invitar a la chica a una cerveza,

después de que mis amigos se fuesen a dormir. Ella la aceptó del mismo modo, y nos acomodamos de nuevo sobre el escalón lateral.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté tras dar el primer sorbo.

—¿Acaso importa?

Sonreí. Sus respuestas siempre provocaban que me sintiera un poco estúpido, pero sabía que no lo hacía a propósito, que de verdad pensaba esas cosas que contestaba.

—Eres la persona menos accesible que he conocido nunca. —La miré.

—Será porque conoces a pocas. —Me encaró.

—Anoche soñé contigo —solté sin pensar.

Alzó una ceja y sospeché que, por primera vez en todos aquellos días, había conseguido sorprenderla.

—¿Eso es un halago o un reproche? —preguntó.

A mí se me escapó la risa por su mueca. Parecía más relajada que en ocasiones anteriores.

—Las dos cosas, supongo. —Me encogí de hombros sin dar más detalles. Quizá era mejor acompañar su actitud esquiva para que se abriera un poco más. O puede que no necesitara que lo hiciera, simplemente acoplé mis respuestas a las suyas.

Sus ojos me escrutaron curiosos. Imaginé que para averiguar qué intenciones había en mis palabras. Luego negó con la cabeza y dirigió su vista al frente.

—Tampoco me has dicho tu nombre —dijo de pronto.

—¿Acaso importa?

La miré de reojo. Sonrió.

—Vas aprendiendo.

—Soy aplicado cuando me lo propongo.

—A la próxima cerveza invito yo. —Me devolvió el botellín vacío y se puso en pie—. Buenas noches.

—Buenas noches, chica nómada.

El viernes salimos a cenar a un restaurante del puerto y a tomar una copa en plan tranquilo. Hugo quería ir de fiesta las dos noches, pero Cristian y yo no estuvimos de acuerdo. Ya nos costaba recuperarnos de una como para hacerlo de dos; eso implicaría estar de resaca hasta el lunes, mínimo. Y no queríamos desaprovechar los días tirados en la cama. Al final cedió, aunque le dijimos que él podía hacer lo que quisiera. Los *pubs* y discotecas estaban allí mismo, por lo que no era necesario conducir, pero se conformó.

—Por cierto, ¿adónde vas cuando sales a hurtadillas cuando crees que estamos dormidos? —preguntó Hugo con su habitual tono burlón.

Dejé el tenedor a medio camino de llevármelo a la boca y lo miré.

—¿Qué quieres decir? —Disimulé.

—No nos hagas darte detalles porque lo sabes mejor que nosotros —intervino Cristian.

Vale. Me habían pillado.

—Salgo a tomar el aire, así duermo fresco —improvisé.

Nos contábamos nuestras cosas, sí, pero por alguna razón, aquellas «escapadas» quería guardármelas para mí.

—¿Con cerveza? —insistió Hugo.

—Sí, con cerveza.

—¿Te preocupa algo? ¿Tienes algún problema del que quieras hablar? —Cristian me miró con inquietud.

—No, no. De verdad, solo es eso. —Me sentí un poco mal por haber provocado en ellos esa intranquilidad—. Estoy tan descansado que me cuesta dormir y salgo a dar un paseo, nada más. —Pensé que, si se hubiesen asomado a la terraza, me habrían visto, pero siempre cerraba la verja de la balconera, y las llaves estaban en el manojo que me llevaba para luego poder entrar de nuevo.

—De acuerdo, te creemos —apuntó Hugo con una sonrisa.

Quizá más adelante se lo contara, quizá no tenía mayor importancia, pero me gustaba tener algo para mí, y aquella chica de ojos verdes y pelo alborotado me hacía sentir cosas difíciles de explicar a mis amigos. Ni siquiera yo estaba seguro de saber exactamente qué era lo que me envolvía cuando estaba con ella.

Llegamos al apartamento cerca de las dos de la madrugada. Había sido una noche tranquila pero divertida. Conversación, risas y un puñado de recuerdos compartidos. Antes de entrar al portal, eché una ojeada al otro lado de la carretera; el interior de la furgoneta estaba a oscuras, así que me fui a dormir.

Volví a soñar con ella, igual que las noches anteriores.

El sábado fue día de playa, vóley y paella en uno de los chiringuitos, con la consecuente siesta para aguantar la noche que Hugo había planeado.

Tendría que sacarme de la cabeza la idea de que, por primera vez en mi vida, deseaba más pasar unos minutos con aquella chica que toda una noche con mis amigos. Me sentí realmente mal. Supuse que el aura de paz que ella transmitía me había atrapado y, además, quería saber su historia. Debía tenerla. Una chica que viajaba en furgoneta no podía ser solo eso, «una chica que viajaba en furgoneta» sin más. Aunque tampoco estaba seguro de ello. Quizá solo la utilizaba en vacaciones y, durante el resto del año, vivía en un piso o una casa, como la mayoría de los mortales. Los que podían, claro.

—¿Estás seguro de que no ocurre nada? —preguntó Cristian en un momento de la conversación que manteníamos frente a una cerveza, tras cenar.

—No me pasa nada, de verdad.

—Estás taciturno, como en otra parte —insistió.

—Y haces cosas muy raras, como salir a escondidas —aportó Hugo.

—Que no, pesados. Estoy bien.

Tuve que hacer un pequeño esfuerzo. Conectar a conciencia mi lado racional para dejar de divagar y prestar atención a lo que hacía y a mi compañía. Finalmente, pude hacerlo y disfrutar de la noche, aunque en un hueco de mi mente estaba tomando cerveza sentado en el escalón de una furgoneta.

CAPÍTULO 5

Durante el año, no vivía muy lejos de allí. A veces, nos escapábamos algún fin de semana que mis padres no usaban el apartamento. Pocos, porque ellos solían pasar semanas allí, tras haberse jubilado. En cuanto decidieran trasladarse definitivamente, que estaba seguro no tardaría en ocurrir, se acabaría tener un lugar al que ir a descansar. Al menos, en el plan al que estábamos acostumbrados. Debía aprovechar la semana que nos quedaba porque, en cuanto volviéramos, la vorágine del día a día me arrollaría como un tren de alta velocidad y no habría cabida para nada más.

Ser director financiero en una empresa de ámbito nacional tenía sus ventajas. Ganaba un buen sueldo, tenía un equipo de personas en el que confiaba y me sentía afortunado por haber conseguido trabajar en algo para lo que me había preparado durante años. Pero también tenía sus inconvenientes. Largas jornadas en la oficina, pocas horas libres y una rutina demasiado rígida. En invierno, apenas veía el sol más que a través de las ventanas, por eso trataba de disfrutar al máximo de la luz en verano.

El domingo por la noche, después de haber dormido casi todo el día y haber jugado un partido de vóley en la playa por la tarde, no pude esperar más tiempo para dar un par de toques en la puerta de aquel vehículo que seguía aparcado frente al edificio.

La chica abrió sin preguntar. Imaginé que ya sabía que era yo.

—¿Me invitas a esa cerveza? —pregunté en cuanto asomó por el hueco.

—Claro. —Sonrió y, en cuclillas, se dio la vuelta y abrió un pequeño armario que resultó ser una nevera.

—Vaya, al parecer, no eres tan *hippy* como pensaba —bromeé.

—No se puede tomar una cerveza caliente. Es pecado —contestó al ofrecerme el botellín.

Se sentó a mi lado, como en las ocasiones anteriores.

—Siento no haber venido antes —dije tras dar un sorbo.

—¿Por qué? No tienes ninguna obligación.

—Ya, pero me apetecía…

—Entonces no debes pedirme perdón a mí.

—Supongo que es más fácil pedirle perdón a alguien que a uno mismo.

—Vaya, hoy estás filosófico. ¿Quieres hablar de ello?

—Es curioso, mis amigos me han dicho algo parecido. —Me alegré

al notarla más comunicativa.

Yo no tenía ganas de hablar, solo de estar allí, en aquella calma que ella me transmitía, pero hablé.

—He vuelto a soñar contigo. De hecho, todas las noches desde que vengo a verte —confesé.

—A veces, los sueños saben más que nosotros mismos.

—¿Quieres decir que, en el fondo, quiero soñar contigo?

—No se trata de quién aparece en los sueños, sino de lo que ocurre en ellos. Yo solo soy la pieza que ha hecho reaccionar a tu inconsciente.

Lo pensé durante un largo rato. Era posible que tuviera razón. Ella había aparecido de la nada y se había instalado en mi cabeza de una forma que no comprendía.

—Eres real, ¿verdad? —solté de pronto.

Giró la vista, me miró fijamente y se le escapó una carcajada.

—Eres muy gracioso —contestó.

—No has contestado. Quizá solo eres producto de mi imaginación y me estoy volviendo loco. —Sonreí.

—Soy tan real como tú. ¿Por qué no iba a serlo?

—Desprendes demasiada calma.

—Quizá eres tú quien desprende demasiado estrés.

—Es posible… ¿Puedes pellizcarme? —Le ofrecí mi brazo—. Para comprobar que no eres un nuevo sueño.

Me miró divertida. Sus ojos brillaban mucho más que las noches anteriores. Desvió su mirada hacia la parte de mi cuerpo que tenía extendido frente a ella. Alzó la mano y posó sus dedos sobre mi piel. Estaban fríos de sujetar la cerveza entre ellos, y una sensación de hormigueo recorrió el camino hasta mi espalda. Después…

—Auch… —me quejé. Había apretado mi carne entre sus dedos hasta hacerme daño—. Joder, pues no estoy soñando. —Aparté el brazo y vi que había dejado una marca en mi piel.

—Te lo dije. —Volvió a reír.

El sonido de su risa me envolvió de nuevo en una nube extraña. No entendía cómo era capaz de atraparme de ese modo. Ya he dicho que soy un tío normal; de los que trabaja, se divierte con sus amigos y lleva una vida de lo más rutinaria. Supuse que ella le daba un aire distinto. En ningún momento pensé que pudiera gustarme de un modo… físico, aunque me parecía una chica muy bonita.

Había tenido un par de relaciones largas, aparte de las típicas de varios meses solo con el objetivo de pasarlo bien. Con Raquel estuve cerca de un año y medio, tras acabar la universidad. Con Mayte, la relación duró casi tres años. Incluso vivimos juntos casi seis meses. Las dos relaciones empezaron genial, con la ilusión y las ganas del principio, aunque el tiempo se encargó de poner los sentimientos en

su lugar y, al final, toda esa euforia del inicio se fue diluyendo. En lugar de necesitar más, quería menos y eso acabó en la nada. No fueron rupturas traumáticas ni dolorosas; en los dos casos, ambos estuvimos de acuerdo en que la relación no funcionaba como debía y cada cual siguió su camino.

—¿Te apetece que salgamos a cenar alguna noche? —No supe por qué hice esa pregunta. Todo lo que hacía o decía en referencia a ella no tenía un motivo exacto.

Volvió a fijar su vista en mis ojos. Los suyos eran de un verde un tanto exótico. Me atrevería a decir turquesa. Jamás había visto algo parecido.

—¿Por qué?

—No lo sé. Para tener una conversación un poco más larga de lo que dura una cerveza. —Me encogí de hombros—. ¿Qué me dices? —Sonreí con la intención de parecer despreocupado, pero la verdad era que, justo después de proponérselo, me había arrepentido. No por mí, sino por la posibilidad de haber metido la pata y ella ya ni quisiera compartir ese rato corto.

Su silencio me inquietó, aunque no esperaba que aceptara.

—De acuerdo. Me apetece. Pero yo elegiré el sitio —contestó al fin.

—Me parece bien.

—Buenas noches —se despidió como cada vez.

—Buenas noches.

Pasaron dos días en los que no supe nada de ella. La furgoneta seguía en el mismo lugar, pero no la vi en la playa y, por las noches, la luz interior del habitáculo estaba apagada, por lo que no me atreví a bajar y llamar a su puerta. La idea de que hubiera desaparecido o de que, en realidad, mi mente la había imaginado cobró fuerza. Empezaba a pensar que me había vuelto loco de verdad y no sabía el motivo. Estuve tan disperso que mis amigos insistieron en sus preguntas.

—¿Os acordáis de la chica que vimos salir del mar el primer día que fuimos a la playa? —Al final tuve que explicarlo.

—¿La rubia? —preguntó Hugo.

—Sí. —Al menos, tenía la seguridad de que ellos también la habían visto—. Es con quien comparto las cervezas cuando salgo «a hurtadillas» por la noche —confesé.

—Joder, tanto misterio para eso —soltó Hugo—. ¿Te la has tirado?

—¿Qué? No, joder. Solo hemos hablado.

—Hugo, follar no es la única razón de la vida —intervino Cristian.

—Y, ¿me puedes explicar por qué estamos aquí si no es por el resultado de un polvo? Follar da la vida, qué menos que seguir la tradición.

No tuvimos más remedio que reírnos. En parte tenía razón, aunque

su idea de las relaciones sexuales no era precisamente engendrar una vida.

—Hemos quedado en salir a cenar una noche de estas. Pero llevo varios días sin saber nada de ella y se me acaba el tiempo. Nos vamos el domingo y no estoy seguro de volver a verla. Me da la impresión de que no es una chica que se asiente en un lugar fijo —confesé.

—Aún quedan cuatro días —me animó Cristian.

—Ya, pero tenemos nuestra propia cena y fiesta de despedida, y no sé si tendré tiempo para todo.

—A ver, tío, no nos estresemos antes de volver a la rutina —dijo Hugo—. Cuando sepas el día en el que cenas con ella, planeamos la nuestra. —Se encogió de hombros.

Tenía razón, otra vez.

Hasta el jueves por la noche no volví a ver luz en el interior del vehículo. Bajé en cuanto cenamos, no quería perder la oportunidad de confirmar que el plan seguía adelante.

—Hola —saludé cuando abrió la puerta lateral.

—Hola. —Sonrió de forma tímida.

—No te he visto estos días.

—He estado fuera.

—¿Has visitado algo más, aparte de Siurana? —Quizá era eso. Quizá, al igual que nosotros, visitaba los lugares cercanos.

—Sí, alguno —contestó mientras sacaba dos cervezas de la mininevera.

—¿Cuándo quieres que salgamos a cenar? —El ansia me pudo.

—Cuando quieras.

—¿Mañana por la noche?

—De acuerdo. Yo reservo. ¿Te va bien quedar sobre las ocho?

—Claro. ¿Dónde iremos?

—Es una sorpresa. —Me guiñó un ojo antes de beber.

—Vaya, me gusta —contesté, imitando su gesto.

De nuevo, volví a sumirme en el embrujo de calma que ella desprendía. Parecía estar en paz con todo. Como si la tranquilidad dominara su vida.

—¿Nunca te enfadas? Quiero decir, pareces tan serena siempre que me cuesta creerlo.

No me miró. Siguió con la vista puesta al frente.

—Enfadarse no sirve de nada. No arregla lo que se rompe, no borra las palabras dichas, no te devuelve al instante del pasado, no te hace sentir mejor.

Me extrañó el tono melancólico con el que pronunció su respuesta. Estaba seguro de que pensaba en algo concreto, pero no quise profundizar en ello. Era cierto que creía que debía tener una historia

tras su forma de vida, aunque preferí seguir en la ignorancia. Quizá era eso lo que me atraía de ella. Su misterio, lo que me llegaba desde su interior. Analicé sus palabras. Tenía razón. ¿De qué servía enfadarse por algo que no tenía arreglo? Si lo tenía, no había motivo para enfadarse. Se solucionaba y punto, ¿no?

No volvimos a pronunciar palabra hasta la despedida habitual, a la que añadí un «mañana nos vemos, estaré aquí a las ocho».

CAPÍTULO 6

En cuanto me miré al espejo, tras vestirme, fui consciente de que iba a salir a cenar con una chica a la que apenas conocía. Habíamos intercambiado poco más de veinte frases y unas cuantas cervezas, pero eso no me había impedido invitarla. Me sentía demasiado bien cuando estaba con ella, incluso en los silencios extraños que se colaban siempre entre los dos. Intenté reflexionar sobre ello. No llegué a ninguna conclusión. Simplemente quería compartir algo más que el escalón lateral de su furgoneta.

Mis amigos me desearon «suerte», entre risas, y los dejé vistiéndose para salir también. Cuando me planté frente a la puerta, sentí que me temblaban las manos. Las sacudí para templar los nervios; era extraño, no los había sentido hasta ese momento. Di un par de toques y la puerta se abrió tras pocos segundos. Apareció frente a mí con el pelo alborotado, sin una pizca de maquillaje y un vestido liviano hasta los pies con amapolas estampadas. Se me secó la garganta. Jamás había visto a una chica desprender tanta luz.

—Hola —saludó con una sonrisa tímida.

—Eh… hola. —Apenas me salió la voz.

Bajó del vehículo, cerró la puerta y se guardó las llaves en un pequeño bolso que le colgaba sobre el pecho.

—¿Te apetece que vayamos caminando por la playa? —preguntó.

No podía dejar de mirarla a los ojos. Ese color tan ambiguo, entre verde y azul nacarado, relampagueaba bajo la luz del atardecer.

—Claro, por mí, perfecto.

Su sonrisa se amplió, y a mí se me clavó algo en el pecho. No sabría definir qué, pero ahí estaba, como un mazazo en el centro del cuerpo. La observé quitarse las sandalias y caminar hacia la arena.

—Vamos —me instó al ver que me había quedado clavado en el sitio.

Reaccioné por puro instinto. Me descalcé y me remangué el dobladillo de los tejanos antes de seguirla. Caminamos hasta alcanzar la orilla, donde el agua nos recibió caliente. El día había sido bastante caluroso y húmedo, e imaginé que la temperatura del mar, a esas horas, había subido unos grados.

En una mano llevaba las sandalias y con la otra se recogía el vestido para no mojárselo. Caminaba despacio, hundiendo los pies en la arena bañada, como si quisiera dejar sus huellas impregnadas, aun sabiendo que el mar las haría desaparecer.

Los tonos que el ocaso dejaba en el cielo le daban un aspecto liviano, misterioso y mágico. No entendía cómo, con solo su presencia, hacía que me olvidara de todo y solo me centrara en ella. Era extraño. Jamás había mirado a una chica con tal grado de ensimismamiento; ni siquiera a mis antiguas parejas.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó.

Carraspeé y desvié la mirada al frente.

—Perdona, es que… No lo sé. Desprendes algo…

—¿Algo? —Me observó unos segundos.

—Sí, luz, paz… No sabría decirlo. Es raro…

—¿Estás incómodo? —Se detuvo.

—¿Qué? No, no, para nada. Es extraño estar tan cómodo con alguien a quien apenas conozco. Aunque, si te soy sincero, suelo interactuar con personas casi a diario, y nunca he tenido esta sensación.

—Fuiste tú quien tuvo la idea de salir a cenar, pero si prefieres no hacerlo, podemos volver.

—No, no. Vamos. Es todo lo contrario. —La invité a seguir caminando.

—Está bien. —Avanzó unos pasos y se puso a mi altura.

—¿Quieres contarme algo? ¿Estás aquí de vacaciones o vives en la furgoneta? —pregunté para que el silencio no volviera a interrumpirnos.

—Las dos cosas, supongo. —Sonrió.

—Entonces, es verdad que eres una chica nómada.

—Algo así.

—Y, ¿en qué lugares has estado?

—¿De cuánto tiempo dispones? —Me miró con una ceja levantada.

—Del que dispongas tú.

—Te lo contaré durante la cena, así tendremos tema de conversación. Ahora, si no te importa, me gustaría disfrutar del paseo. —Me guiñó un ojo, y yo sonreí.

Su vista se perdió en el horizonte, como si allí quisiera encontrar algo que anduviera buscando desde hacía demasiado tiempo. Imaginé que lo encontró, porque se sumió en un mutismo que, aunque cómodo, se la llevó muy lejos de allí; y no hablo de kilómetros, sino de tiempo. Su mirada se tiñó de nostalgia, de momentos vividos, y el color de sus ojos se aclaró para dar paso a un brillo triste del que me convertí en testigo sin su permiso. Estaba tan sumida en aquel mundo que, estoy seguro, olvidó mi presencia.

Me alejé unos pasos por detrás; no me pareció bien interferir en aquel momento de intimidad individual. Aunque también me pareció extraño que, estando acompañada, ella se evadiera de aquella forma. Sus pasos eran livianos, la brisa bamboleaba su vestido de forma

hipnótica y su brazo balanceaba las sandalias en un movimiento distraído. Era una imagen mágica, llena de matices, de los colores del atardecer y de ella. Ella era quien le confería a aquella estampa un verdadero halo de belleza natural.

Jamás imaginé que algo así se me pasara por la cabeza. Jamás me había parado a mirar de verdad, a observar, todos esos elementos tan perfectos en su conjunto. Siempre tenía algo en la cabeza que interrumpía cualquier rato de calma. O quizá era yo, que no sabía hacerlo.

El juego rítmico de sus pies sobre la arena me hipnotizó de tal forma que choqué con su mano en mi pecho. Desperté.

—Hemos llegado —me informó.

Sus ojos ya no estaban velados y lejanos, había vuelto al lugar y al presente.

Miré a mi alrededor y vi un conjunto de mesas bajo una especie de templete a ras de suelo, sobre la arena. Había oído hablar de aquel lugar; era un restaurante al final de paseo marítimo. No había ningún otro a su alrededor, solo un conjunto de edificios bajos que componían una urbanización de apartamentos, como tantas otras a lo largo de la playa.

—Nunca he estado aquí.

—Yo tampoco —respondió con una sonrisa—. Me apetecía probar.

Me sentí halagado solo por el hecho de que hubiese querido compartir conmigo su «primera vez» en aquel lugar.

Se dio la vuelta y caminó a través de la arena hacia allí. La seguí de cerca, supuse que habría reservado mesa y quería oír el nombre que había dado.

—¿A qué nombre, por favor? —Oí preguntar al camarero.

—Nómada —contestó ella con naturalidad.

Me reí de mí mismo al darme cuenta de que no iba a ser tan fácil saber algo de ella que no quisiera descubrirme.

Nos acomodaron en una mesa para dos, en la zona exterior de aquel círculo del que colgaban telas y tiras de bombillas violetas del techo de madera, frente al mar.

La observé después de que el camarero se hubiese marchado tras habernos dejado las cartas para elegir la cena.

—Así que… nómada… —Sonreí.

Ella levantó la vista del papel que leía para mirarme a los ojos.

—¿Tanto te importa mi nombre? Yo tampoco conozco el tuyo y eso no ha impedido que estemos aquí —contestó con un amago de sonrisa.

—Tienes razón. Aunque me parece extraño; lo primero que hacemos cuando conocemos a alguien es indicar nuestros nombres.

—Para mí, no es lo más relevante.

—Y, ¿qué es, entonces?

—Que su comportamiento sea agradable, que sus ojos miren sin dobles intenciones y que me inviten a cerveza.

Se me escapó una pequeña carcajada.

—Sí, eso es más sustancial.

—Bien, entonces, estamos de acuerdo. —Me guiñó un ojo antes de volver la vista hacia la carta.

—¿Qué te apetece beber?

—Vino blanco muy frío.

Tras haber demandado al camarero la bebida y decidir que compartiríamos varios platos, no pude resistir la tentación de seguir indagando sobre los lugares en los que aquella chica había estado.

—Supongo que no toda la vida has viajado por el mundo…

—No, claro. Nacemos tan indefensos e inmaduros que es imposible tomar decisiones hasta bien entrada la pubertad. —Sonrió—. ¿A qué lugar del mundo te gustaría ir? —preguntó sin que pudiera hacer comentario alguno a su apreciación anterior.

—Si pudiera… —Negó con la cabeza y rio entre dientes—. ¿He dicho algo gracioso? —detuve mi respuesta.

—Lo tienes tan asumido que ni siquiera te has dado cuenta.

—¿De qué?

—De que lo que siempre precede a un deseo es la frase «si pudiera…».

—Es la verdad, hay tantos lugares que me gustaría ver que creo que va a ser prácticamente imposible hacerlo en esta vida —contesté risueño.

—El problema es que, desde el principio, te pones una barrera con el «si pudiera»; y además, estás convencido de que esa suposición depende de la vida, del cosmos o de cualquier otra cosa menos de ti. ¿Me equivoco? —Arrugó el ceño—. Perdona, no debí decir eso. Cada persona sabe lo que puede o no hacer con su tiempo. Te acusé de juzgarme cuando nos conocimos, y ahora soy yo quien lo hace.

—No importa… y creo que tienes razón.

Sus ojos mutaron a un color opaco, triste, como si, de verdad, sintiera que no tenía derecho a calificar mi comportamiento. En realidad, ¿quién tiene ese derecho? Yo mismo lo había hecho un millón de veces, y al tiempo que no me gustaba que metieran las narices en mi vida, asomaba la mía en la de los demás.

—La razón es muy relativa.

—No sé si estoy preparado para una conversación metafísica —contesté con un guiño de ojo.

—Mejor te cuento dónde he estado sin más. —Volvió a sonreír, y a mí se me relajaron los músculos que no sabía que tenía en tensión.

Mientras degustábamos la comida, la escuché atentamente. Al

parecer, conocía Europa como la palma de su mano, y yo no acababa de entender cómo era capaz de hacerlo en completa soledad. Y, menos aún, cómo se las apañaba sin trabajar.

—Perdona —la interrumpí en un momento de su explicación—, ¿no tienes ningún empleo?

—Sí, lo tengo. —Su respuesta me sorprendió, estaba convencido de que con su forma de vida errante era imposible tener un oficio.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—Escribo artículos para diversas revistas *online*, y redacto guías de viajes para una editorial.

—Ah, vaya. ¿Así que viajas por trabajo? —bromeé.

—Más bien al contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Que trabajo en ello gracias a que viajo.

—Entonces, ¿no siempre lo has hecho?

—No. Vamos, ¿qué lugar te gustaría conocer? —Desvió el tema. Me resigné a no preguntar por ello, parecía no querer contestar y debía respetarlo.

—A Cabo Norte. Al fin del mundo.

—El fin del mundo no es un lugar, es un sentimiento.

CAPÍTULO 7

A medida que hablaba de los lugares que había visitado, más ganas tenía yo de escucharla. De perderme con ella en esos rincones, de que me mostrara la forma en que se mimetizaba con la naturaleza. Me recordó el momento en que la vi sentada sobre la roca en el salto de agua. Era como si perteneciera a aquel lugar, como si se fusionara con el entorno.

—¿Por qué decidiste dedicar tu vida a viajar? —pregunté cuando el camarero dejó sobre la mesa los cócteles que habíamos pedido, después de cenar.

—Eso es algo que te contaré en otra ocasión, hoy ya he hablado demasiado y tú apenas has abierto la boca —contestó antes de llevarse la copa a los labios.

—Cierto. ¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras contarme.

—Mi vida es de lo más normal. No tengo nada apasionante que explicar.

—Ya estás juzgando de nuevo…

Se me escapó una carcajada.

—De acuerdo… Soy director financiero en una empresa de ámbito nacional, trabajo un millón de horas, me gusta el deporte al aire libre, salir con mis amigos y pasar tiempo con mi familia. —Después de escucharla, mi vida me pareció aún más patética.

—Lo importante no es lo que haces, sino que te sientas feliz con ello.

—No sé si «feliz» es la palabra idónea, pero no me quejo.

—Es cuestión de prioridades.

—¿Cuál es tu prioridad?

—Respirar.

—Es una buena prioridad —bromeé.

—Sí. —Sonrió.

Su mirada se perdió en la oscuridad que nos rodeaba, a pesar de las luces y conversaciones que tintineaban a pocos metros de nosotros. Mis ojos se perdieron en ella. No sabría decir con exactitud qué me atraía de aquella chica, de lo que sí estaba seguro era de que cada vez me gustaba más su compañía y el halo de misterio que la envolvía.

Tras pagar la cuenta a medias, porque no me permitió invitarla, de nuevo, volvimos por la playa. En silencio. Jamás imaginé que estar callado, junto a otra persona, supusiera tal grado de satisfacción. El

aroma a sal, la brisa nocturna y el ronroneo de las olas no eran más que meros espectadores de mi ensimismamiento. La danza de su cabello y el bamboleo de las amapolas de su vestido eran más que suficientes para mantenerme en un estado catatónico. Caminé un par de pasos por detrás de ella para observarla. En ese momento aún entendí menos que, en ciertas culturas, el hombre anduviera siempre delante de la mujer, como un ser superior al que debía rendirle pleitesía, cuando, en realidad, la admiración la causaban ellas. O, al menos, ser recíproca.

Se detuvo en mitad de la orilla y yo lo hice a su lado. La luna, no sé muy bien en qué cuarto, porque nunca he entendido de eso, brillaba en el cielo y se reflejaba en el agua.

—Espero que lo hayas pasado bien —dije en un susurro.

Se giró hacia mí y me observó con detenimiento.

—Contra todo pronóstico, ha sido una buena noche. Gracias. —Sonrió.

—¿Crees que podríamos repetir? —No quise entrar a debatir por qué sus expectativas eran escasas. Con haberlas superado era suficiente.

—Quizá…

—Me marcho pasado mañana. ¿Cuánto te quedarás por aquí? Quizá pueda volver el fin de semana.

—No lo sé. Es posible que no nos volvamos a ver.

Su apreciación me golpeó en las sienes. Tenía razón. Había más de muchas posibilidades de que no volviéramos a vernos, aunque yo sabía que llevaba, al menos, dos años yendo allí en las mismas fechas.

—Vi tu furgoneta el pasado verano.

Sus ojos se abrieron al asimilar mis palabras.

—Vaya, así que no paso tan desapercibida como pretendo.

—Para mí, no.

—En un año pueden ocurrir muchas cosas. Incluso en un mes, o una semana, o un día, o… un segundo. —Se dio la vuelta y caminó hacia el paseo marítimo.

Un año me pareció una eternidad. Un segundo era mucho más factible. ¿Podría hacerla cambiar de opinión en un lapso de tiempo tan pequeño?

La seguí hasta la furgoneta, donde se detuvo y se giró para encararme.

—Ha sido un placer conocerte, lo he pasado bien estos días. Gracias. —Me dio la impresión de que allí quería que acabara todo, pero… ¿y yo? ¿Quería terminar así?

No.

—Perdóname… —le dije.

—¿Por qué? —Arrugó el ceño.

—Por esto…

Llevaba media noche, o quizá desde que la vi por primera vez, deseando hacerlo. Metí una de mis manos bajo su pelo y la agarré con firmeza de la nuca. Observé, solo durante ese segundo que ella había mencionado, sus ojos sorprendidos y sus labios entreabiertos. Reduje la distancia entre su boca y la mía en otro segundo más. Por alguna imperiosa razón necesitaba esas escasas gotas de tiempo para asimilar lo que estaba a punto de hacer. Dejé escapar otro segundo para que entendiera lo que iba a ocurrir en un segundo más. No se apartó. Y la besé.

Pegué mis labios a los suyos con fuerza. Uno, dos, tres… segundos más. Solo necesité ese lapso para saber que quería más, aunque me forcé a alejarme unos centímetros. Abrió los ojos en cuanto notó correr el aire entre nuestros rostros. Hice el amago de soltarla, pero ella agarró mi muñeca y me obligó a mantenerla allí, en el nacimiento de su pelo. El turquesa de sus iris se tornó brillante y, entonces, fue ella quien se lanzó a mi boca. Se abrió paso entre mis labios y mis dientes para recorrerme con la lengua.

Cuando percibí el calor de su carne húmeda y deliciosa, una sacudida salvaje me azotó el cuerpo entero y no pude parar, no quise parar. El cosquilleo se extendió por cada centímetro de mi piel, y sentí los poros dilatarse hasta doler. Ese dolor placentero que inunda cualquier otro sentido. El que te abre la carne, el que te invita a aumentar la dosis.

De repente, se alejó. Su boca y sus manos ya no completaban mi piel.

—Perdóname tú ahora… Ha sido un arrebato. Lo siento —dijo con voz melancólica.

—No… te preocupes, he empezado yo —contesté aún aturdido por las sensaciones que me recorrían el cuerpo sin darme tregua. Solo había sido un beso y, sinceramente, me extrañó esa especie de vorágine sin sentido que se apoderó de cada una de mis venas.

Apartó el rostro hacia un lado, inspiró en profundidad y volvió a mirarme.

—Buenas noches. —Sonrió con timidez al tiempo que se daba la vuelta para abrir el vehículo.

—Espera —la detuve con mi mano en su antebrazo—, me gustaría seguir en contacto contigo. No sé si… mañana nos veremos. —No supe la razón, pero me apetecía conocerla, saber por dónde se movería a partir de ese momento.

—Tengo un blog donde escribo sobre mis viajes —contestó en un susurro—. Allí puedes comentarme lo que quieras. —Me miró de soslayo por encima de su hombro.

—Está bien. —No era lo que esperaba, pero me conformé. No podía

obligarla a darme su número o su *e-mail* para tener conversaciones «privadas»—. ¿Cómo se llama el blog?

—*La chica nómada* —contestó con una sonrisa asomada a la comisura de sus labios.

—Vaya, así que acerté con tu apodo… —bromeé.

—Buenas noches, chico de ciudad.

—Buenas noches.

Solté su brazo con reticencia. Sabía que, en cuanto desapareciera tras aquella puerta lateral, no volvería a verla, y eso me generó un pellizco de insatisfacción. Se coló dentro y cerró sin volver a mirarme. Me quedé allí plantado durante varios minutos. No sabría decir cuántos.

Deseé que apareciera de nuevo.

Deseé tocar con los nudillos la chapa.

Deseé ver el turquesa de sus ojos.

Deseé compartir la última cerveza.

Deseé besarla otra vez.

Nada de eso ocurrió. Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón y me marché hacia el edificio de apartamentos con una sensación de abandono, de que me había dejado algo en aquel escalón lateral.

Cuando entré en el piso, mis amigos no estaban; lo agradecí. No me apetecía explicarles nada en ese momento. Había sido una noche fantástica, sin embargo, un ronroneo que no conseguía descifrar me acompañó hasta la cama y me tuvo varias horas sin pegar ojo.

A la mañana siguiente, cuando me asomé a la terraza, poco después del amanecer, la furgoneta había desaparecido de la calle.

CAPÍTULO 8

Tardé unos días en decidirme a buscarla por internet. No es que tuviera dudas, era más bien porque estaba seguro de que querría leer todo lo que hubiese escrito en esa página y, antes, debía poner orden en mi vuelta a la rutina. El fin de semana había sido agotador. Entre que apenas dormí el viernes por la noche, la fiesta hasta el amanecer del sábado y la caravana que nos chupamos el domingo para volver, llegué a casa destrozado. Ni siquiera tuve valor para deshacer la maleta.

Fue el martes, por fin, cuando me senté en el sofá de mi piso, después de cenar, dispuesto a buscarla. No fue difícil. Al poner en Google «la chica nómada» aparecieron un montón de artículos relacionados con el *Pao* del arquitecto japonés Toyo Ito y el blog de ella.

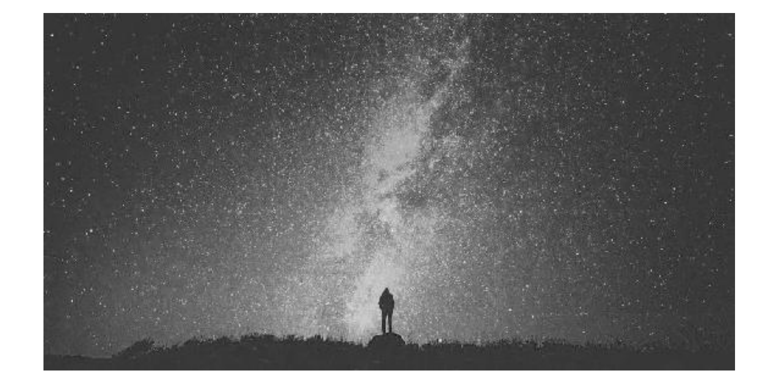
Eché una primera ojeada. La página era sencilla, con fondo blanco y letra negra, sin florituras ni elementos que distrajeran la atención del lector. En el inicio, apenas una presentación de un par de líneas:

**«Nunca volverás a tu lugar de origen
del mismo modo en que te fuiste».**

Leí esa simple frase varias veces. Más allá, incluso, de lo que era volver a casa tras un viaje. Imaginé que no se refería solo a eso, no podía ser tan obvio. Ella no era ni obvia ni simple. Ni siquiera regresas a casa, después de un día de trabajo, del mismo modo. Siempre se viven experiencias nuevas y te guardas un pedazo por muy pequeñas que estas sean.

Todas las entradas estaban precedidas por una fotografía de un lugar. No sabía por cuál empezar, así que miré la antigüedad de los artículos, la cantidad que había, las personas que seguían el blog… ¡Más de un millón! Vale, me sorprendió, aunque no me extrañó. A mí me había cautivado en un par de días.

Cerré los ojos, moví el ratón por la página y cliqué a ciegas. El artículo que se abrió en la pantalla decía lo siguiente:



Suspendidos en la nada

¿Os habéis detenido a pensar alguna vez en que somos un punto insignificante en medio de la nada?

Cuando miráis al cielo, ¿en qué pensáis? ¿Qué veis?

A mí me fascina saber que estamos suspendidos en medio de una inmensidad infinita. Vivimos en una bola que flota sin necesidad de un hilo que nos sujete. Y, sobre todo, que sea de una forma tan minuciosamente calculada que un ínfimo movimiento desequilibre el sistema por completo. Cualquier fallo en el mecanismo sería un desastre.

¿Os habéis dado cuenta de que nosotros somos igual? Somos una máquina bien engrasada, que encaja y funciona de manera perfecta. Pero cuando algo falla, el sistema se colapsa. Necesitamos ayuda extra para seguir en funcionamiento. ¿Todo funciona de igual modo en el universo? Estamos a la intemperie y cualquier ráfaga de aire nos hará trastabillar.

Creemos que todo seguirá igual con el paso de los años, que tenemos el control. Dejadme deciros una cosa: no hay control sobre nada. Las inclemencias están ahí, al acecho.

Seguro que habéis escuchado que tan solo un mínimo cambio en el espacio que separa la Luna de nuestro planeta tendría consecuencias. Que la inclinación del eje terrestre ya empieza a ofrecer algunas de esas reacciones.

Cuando miro al cielo, me siento muy pequeña. Una diminuta mota de polvo que tarde o temprano desaparecerá bajo el trapo de la muerte. Somos tan inapreciables que la desaparición de cada uno de nosotros no implica consecuencia alguna en el cosmos. Esa es la verdad. Ínfimos y efímeros. Así somos. Aunque nos creamos el centro del planeta, el centro del universo, el centro de todo, no somos más que una microscópica polilla.

Así que cuando admires el cielo, las estrellas y la luna, recuerda que ellos estaban ahí antes de que tú llegaras y continuarán cuando te marches. Sí, todo ello también tiene su ciclo de vida, pero la tuya es la más fugaz. ¿Qué son millones de años contra los que vivimos nosotros? Esos puntos luminosos, que nos parecen tan diminutos, nos sobreviven; no somos más que bichitos que existen dentro de un planeta sin más repercusión.

Incluso en esta bola hay especies mucho más longevas que nosotros. No importa lo que hayamos evolucionado, no importa lo que hayamos

inventado, no importa que seamos más de siete mil millones de personas, nuestro ciclo vital se acaba en un pestañeo del universo.

Seamos conscientes de nuestra fugacidad y dejemos de creernos el centro de nada. Dejémonos llevar por nuestros sentimientos más puros; los impuros no hacen más que acortar esa brevedad que ni siquiera nos pertenece.

La vida es efímera, la muerte es eterna.

A veces percibo que me miras,
a veces imagino que te veo
suspendido en medio de la luna
como luz entre tanto caos.

A veces creo que sigues aquí,
a veces sé que no lo estás,
a veces quiero morir
porque vivir no me da paz.

A veces quiero romper
todas las promesas.
A veces quiero correr
con todas las consecuencias.

Me parecieron tan fascinantes, reales y tajantes sus argumentos que no pude evitar escribir un mensaje en la publicación. Necesitaba saber si podría seguir en contacto con ella. Un año me pareció demasiada espera para, quizá, volver a encontrarla bajo el balcón del apartamento.

CHICO DE CIUDAD
21/08/2018 22:30

Hola, chica nómada
¿Crees que habría un hueco para mí en ese universo infinito?

CHICA NÓMADA (Admin)
21/08/2018 22:45

Hola, chico de ciudad
En el universo hay cabida para todos.
Bienvenido y disfruta del viaje.

CHICO DE CIUDAD
21/08/2018 22:50

Me estoy tomando una cerveza, ¿te apetece una?

CHICA NÓMADA (Admin)
21/08/2018 22:53

Quizá otro día. Hoy ya me toca dormir.

Buenas noches.

CHICO DE CIUDAD
21/08/2018 22:57

En otra ocasión, entonces.
Buenas noches.

CAPÍTULO 9

Ese fue el comienzo de una rutina casi diaria. No sabría explicar el motivo, pero aquella chica me había dejado un dulce sabor de boca (nunca mejor dicho). Nuestro último contacto había sido aquel beso, aquel arrebato de… no sé de qué, pero ahí había quedado. Y yo tenía ganas de seguir descubriéndola a ella y a su forma de vida. Y la única manera que tenía de hacerlo era a través de sus textos.



El fin del mundo no es un lugar

La primera vez que pisé Cabo Norte pensé que era cierto lo que decían: «Es el fin del mundo». La vista se te pierde entre la inmensidad del océano y el cielo. Podría parecer cualquier horizonte desde un acantilado, pero no. Hay algo distinto en esa imagen. La luz. La calma. La soledad.

El fin del mundo no es un lugar, es un sentimiento.
Un sentimiento vacío de malos recuerdos.
Un agujero en el pecho que se llena.
Un sonrisa sincera.
Una mirada transparente.
Unos dedos que acarician son cautela.
Es acercarte a un precipicio y saber que no vas a caer.
Es la conquista de la cima.
Es vivir sin remordimientos, sin dudas.
Es alcanzar la plenitud.

Es vivir a tu manera.
El fin del mundo no es un lugar, eres tú.
El fin del mundo es estar en paz contigo mismo.

Siempre os lo digo. Volver a un lugar donde ya has estado es conocerse mejor. Recordar cómo eras y cómo eres ahora. Pensar en cómo has cambiado desde que estuviste la última vez. En cómo has evolucionado o involucionado, que también es una posibilidad.

A veces, necesitamos volver atrás para encontrarle sentido al futuro. Si es que lo tiene…

CHICO DE CIUDAD
23/08/2018 22:33

Hola, chica nómada
¿Volverás el próximo año para ver juntos en qué hemos cambiado?

CHICA NÓMADA (Admin)
23/08/2018 22:41

Hola, chico de ciudad
Un año es mucho tiempo para saber dónde estaremos. Quizá sí, quizá no. El destino es quien manda.

CHICO DE CIUDAD
23/08/2018 22:45

Siempre he creído que somos nosotros quienes marcamos nuestro camino.

CHICA NÓMADA (Admin)
23/08/2018 22:48

Pues quítatelo de la cabeza □, porque no somos dueños de nuestro destino.

CHICO DE CIUDAD
23/08/2018 22:51

Esta conversación podría dar para mucho, ¿qué tal si lo hablamos por MD? □

CHICA NÓMADA (Admin)
23/08/2018 22:55

Buen intento □.

CHICO DE CIUDAD
23/08/2018 22:58

Tenía que probar □.
Buenas noches, chica nómada.

CHICA NÓMADA (Admin)
23/08/2018 22:59

Buenas noches, chico de ciudad.

Sonreí, sabía que no me lo pondría fácil, a pesar de que había

conseguido hasta una cena con ella en la playa. Quizá la pillé con la guardia baja, estaba seguro de que no era una chica que permitiera un acercamiento como el que me dejó vivir a mí. Pero era evidente que habíamos conectado de alguna forma. Los silencios fueron, incluso, más intensos que las conversaciones que mantuvimos, aunque a distancia iba a ser imposible que esa sensación me envolviera como lo hizo. Estar cerca de ella había sido como encontrar una isla en mitad de un naufragio, y eso que yo no consideraba que estuviera perdido. Me gustaba mi vida, a pesar de la vorágine y el estrés. Pero ella le daba un cariz hipnótico y adictivo. Sobre todo adictivo. A la vista estaba que la busqué hasta encontrarla en un océano de información, y me alegraba por ello.

Quería seguir conociéndola y tratar de que ella me conociera a mí. De eso se trata estrechar lazos, ¿no? Y mi instinto me decía que en los extremos de ese lazo estábamos cada uno de nosotros; solo había que caminar los pasos hasta llegar al centro, como había ocurrido hacía tan solo un par de semanas.

CAPÍTULO 10

Era cierto lo que le dije en nuestra última conversación. Creo con firmeza que nosotros somos quienes elegimos el camino. Si no, ¿cómo la habría conocido? Si no hubiese decidido acercarme a ella aquella mañana en la playa o, después, tampoco hubiera tocado a la puerta de su furgoneta, no estaríamos hablando por internet. Nos conocimos porque elegimos hacerlo. Y yo estaba dispuesto a seguir porque no quería perder la oportunidad de volver a encontrarme con ella, aunque fuese el siguiente verano.

Mi vida era sencilla, rutinaria, y me gustaba. A veces pensaba en cómo ella podía viajar de un lugar a otro sin echar de menos un hogar fijo al que volver, pero creo que eso era precisamente lo que la hacía especial para mí. Alguien que era capaz de volar libre, sin ataduras, sin quedarse anclada en ninguna parte. Por otro lado, eso me hacía sospechar que tampoco tendría relaciones estrechas con demasiada gente, ¿no? ¿Y su familia? Porque… padres tendría, ¿no?

Durante aquellas semanas, incluso leí el libro que ella sostenía entre las manos cuando la abordé por primera vez. Me pregunté si era el mismo motivo que tenía para errar por el mundo que el protagonista: alejarse de lo mundano, entrar en contacto con la naturaleza y consigo mismo. Aunque el final no me hizo gracia y esperaba que tampoco a ella. Tendría que preguntárselo.



Si te pierdes, búscate en el bosque

> No, no estoy de broma. ¿Nunca os habéis sentido perdidos? Seguro que sí. Y, ¿a que no ha sido en el bosque? Ha sido entre edificios de hormigón, paredes de cristal, caminos de asfalto, cielos con humo gris…, ¿verdad? La espiral de seguir hacia adelante. ¿Estáis avanzando o vais en círculo? Preguntaos hacia dónde os dirigís, aparte de hacia una muerte segura, claro. Hoy estoy sembrada □.
>
> Cuando el camino se haga duro, desviaos un poco. Mirad vuestros avances desde una perspectiva consciente y real. ¿Es allí hacia donde queréis ir? ¿Las metas marcadas son las que, en realidad, deseáis? A veces es tan fácil perderse que ni siquiera te das cuenta hasta que ya es demasiado tarde. O quizá no. Tarde es cuando dejas de respirar. Mientras tanto hay opción.
>
> Si sientes la vida pasar como si nada, es que algo va mal. Estamos de paso, al menos, hagamos lo que nos hace felices, aunque solo sea por un rato. Estoy segura de que os gustan tantas cosas que llenaríais vuestros días con una montaña de ellas. ¿Me equivoco?
>
> Piérdete. Piérdete hasta el punto de no saber ni en qué día estás, porque es la única forma, al parecer, en que desaprendemos y volvemos a empezar con una nueva determinación. Somos así de «virtuosos». Le damos la importancia importante a lo que apenas la tiene y a lo verdaderamente importante lo tomamos como obvio, sin saber que cualquier día todo eso que creemos infinito se irá por el retrete y ya no habrá forma de recuperarlo. Habrá desaparecido para siempre.
>
> Y cuando eso ocurra, entonces, te adentrarás en un bosque tupido y lejano, porque será el único lugar donde podrás estar contigo mismo y olvidarte del resto. Allí estarás a salvo, nadie podrá imponer su criterio, nada te distraerá; estaréis tú y tú. Habrá llegado el momento de encontrarte; de escucharte, de pensar distinto, de analizar, de convertir tu infierno en el cielo. De aferrarte a las riendas y dirigir tus pasos por el camino correcto. El correcto para ti.
>
> El bosque es un lugar donde encuentras lo que buscas. Pruébalo.

Me pareció un texto un tanto descorazonado. Miré la fecha en que lo había escrito. Hacía dos años. Supuse que algo le ocurrió para pensar de ese modo y también tenía claro que algo debió de sucederle para elegir errar sin rumbo fijo. Me dijo que no tenía historia cuando le pregunté, pero no era cierto. Todos tenemos una historia; que la quieras o no contar, es otro asunto muy distinto.

Esa noche, tras salir a cenar con Cristian y Hugo, me senté en el sofá para mi dosis de ella. Leía un post cada día, pero no siempre le escribía porque no quería parecer desesperado ni acosador, aunque tampoco me sentía así. Solo quería hablar porque, por alguna razón, echaba de menos aquellos minutos de compartir silencios y cervezas.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 00:15

Hola, chica nómada
Quizá no es necesario perderse para encontrar un nuevo camino.

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 00:23

Hola, chico de ciudad
Los nuevos caminos se toman cuando el que llevas ya no te dirige hacia ninguna parte.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 00:28

Es cuestión de planear y seguir el sendero que trazas, ¿no crees?

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 00:35

Por muy estructurado que lo tengas, la vida siempre te hace cambiar de plan.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 00:41

Vaya, eso ha sonado a verdad categórica. ¿Siempre eres así de contundente?

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 00:45

Dímelo tú. Me conoces mucho más que la mayoría, al parecer.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 00:49

Solo sé que me gustan tus silencios.

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 00:52

…

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 00:55

Tampoco es necesario ser tan gráfica… □

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 00:58

Te he dado lo que has pedido.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 01:01

Entonces voy a aprovechar para pedirte que hablemos en privado. No me siento cómodo sabiendo que esto lo puede leer cualquiera.

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 01:03

Ahora vas de tímido… Interesante.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 01:05

No me hagas ponerme de rodillas.

CHICA NÓMADA (Admin)
25/08/2018 01:07

Búscame en IG.
Buenas noches, chico de ciudad.

CHICO DE CIUDAD
25/08/2018 01:09

Lo haré.
Buenas noches, chica nómada.

CAPÍTULO 11

Aquel pequeño triunfo me dio vidilla. A mis treinta años parecía un colegial tras la chica más bonita de la clase. De algún modo me gustaba. Era una novedad agradable en mi rutina que despertaba sensaciones un poco olvidadas. Hacía bastante tiempo que no socializaba con chicas; no tenía tiempo para ello y, además, nunca he sido de ligues de una noche. Es cierto que durante nuestras salidas nocturnas había interactuado con varias mujeres, pero ninguna captó mi atención como para querer ir más allá de una copa en la barra del *pub* de moda. Cristian era como yo en ese aspecto y me hacía compañía mientras Hugo se dedicaba a rondar a más de una en la misma noche.

Ese domingo, al llegar a casa tras una comida familiar, organizar la agenda para la semana y ordenar los trajes en el armario, me preparé un bol de palomitas y una cerveza, dispuesto a buscarla en la aplicación que me había indicado. No es que fuese yo mucho de Instagram; mi cuenta era privada y no tenía más que unas cuantas fotos de salidas en vacaciones o fines de semana con mis amigos. Las últimas eran de ese mismo verano en el que conocí a la chica nómada.

Tampoco fue difícil encontrarla. Solo había cinco cuentas con ese nombre, y las fotos publicadas en el perfil me dieron la pista. Eran las mismas —y algunas más— que tenía en el blog. Me perdí en ellas durante un buen rato; allí estaban más a mano y los textos eran más cortos, así que pude leer más de uno antes de decidirme a escribirle. Mi cuenta tampoco decía gran cosa sobre mi nombre, así que estábamos en igualdad de condiciones. Eso también era algo curioso entre los dos, aunque tampoco sabía si seguía el mismo rollo con las demás personas que pudiera conocer.

Me pareció que una de las fotografías era de la cascada donde nos la encontramos, cerca de Siurana, y abrí el texto para leer algo que hubiese publicado cuando ya nos habíamos echado un vistazo.



¡Buenas tardes, nómadas! Durante mis días de descanso de trotar, visité este lugar que veis en la foto. Hay muchas cascadas en el mundo, pero esta es mi favorita. Tiene un sabor especial para mí. Es mi rincón. Aunque a veces aparezcan grupos de personas para remover la calma. Sí, lo sé, no estoy sola y hay gente por todas partes. En unas más que en otras. Pero, a veces, ¿no deseáis que, por un rato, desaparezca todo? Hasta los sentimientos. Así podríamos empezar de nuevo, sin saber lo obvio, sin los miedos que acechan en cada esquina de nuestra mente. A veces me gustaría olvidar ciertas sensaciones. Errar por caminos distintos es mi forma de desandar y buscar esa necesidad de poner la mente en blanco.

Decidí que era el momento de escribirle por privado.

Hola, chica nómada
¿Qué tal estás?
Soy tu chico de ciudad.
¿Por dónde andas estos días?

¿Hola? ¿Eres tú?
¿Qué significa @ln_vitales?

Lo mismo que @lachicanomada.

Eso no te lo crees ni tú.

Ja,ja,ja,ja,ja,ja. Tienes razón.
¿Por dónde andas?

Estoy en Italia.

¿Algo más específico?

Pompeya.

Oh, debe de ser un lugar emblemático.

Lo es.
¿Qué tal tú?

Mi vida es la de siempre.
Trabajo, ejercicio y casa.

Suena aburrido…

Lo es.

Ja,ja,ja,ja,ja.

¿Alguna vez piensas en nuestros
ratos de cervezas?

A veces…

Y, ¿en el beso?

A veces…

Con eso me basta.
Buenas noches, chica nómada.

Buenas noches, chico de ciudad y
@ln_vitales

Me había arriesgado mucho al preguntar por nuestros momentos juntos, pero no me arrepentía. Su respuesta, conociéndola poco, era más que suficiente para saber que había pensado en nosotros, y eso me hizo sentir bien.

Desde ese día, esos encuentros cibernéticos se hicieron más asiduos y más largos; incluso nos enviábamos audios.

CAPÍTULO 12

Apenas había pasado el otoño y yo ya necesitaba que fuese verano otra vez. Mi vida era tan rutinaria como estresante y había agotado la recarga de energía que las semanas de vacaciones me proporcionaron. También es cierto que en cuanto la temporada de nieve se hizo inminente, mis amigos y yo nos fuimos a pasar algún que otro puente a la montaña. Necesitábamos desconectar. Planeamos que también lo haríamos durante algunos días de Navidad. Los festivos eran sagrados para pasarlos en familia, sobre todo yo, que soy hijo único y me gusta estar con mis padres en esas fechas.

¡Hola!
¿Cómo se presentan las Navidades?

Hola,
Trabajando.

¿No te das ni un respiro?

Tengo que hacer un reportaje
en Laponia.

¿En Laponia?
Se te va a congelar el trasero.

Ja,ja,ja,ja,ja.
Sí, pero voy preparada.

Nosotros vamos a pasar
unos días en Chamonix.
Entre Navidad y fin de año.

Oh, esa zona es preciosa.
¿Has estado antes?

No. He estado en otras.

Disfrutadlo mucho.

Oye, ¿no hay posibilidad
de vernos en algún momento
del año?

No lo sé. Voy sobre la marcha.

Pero ¿volverás el verano próximo?

Supongo que sí. Siempre vuelvo.

Pues espero que me avises.

Lo pensaré…

No seas mala. Ahora somos amigos. Y los amigos se ven de vez en cuando.

¿Somos amigos?

Cibernéticos, al menos.

De acuerdo. Si en algún momento paso por ahí, te avisaré.

Será un placer volver a verte.

Buenas noches, chico de ciudad.

Buenas noches, chica nómada.

Tenía que intentarlo. Como hablar con ella se había convertido ya en rutina, aunque una rutina mucho más placentera que las demás que poblaban mi vida, llevaba semanas pensando en preguntarle si podríamos coincidir en alguna parte y en cualquier momento antes de verano. La echaba de menos. Echaba de menos su mirada translúcida, su pelo alborotado, la calma que desprendía y hasta sus silencios. En ocasiones, me sorprendía a mí mismo imaginando una y otra vez cómo sería volver a besarla. Incluso tocarla.

No les había contado a mis amigos esa, no sé si llamarla, obsesión mía por ella. No estaba dispuesto a aguantar sus bromas al respecto, sobre todo de Hugo. Pero, a medida que pasaba el tiempo, mis ganas por reencontrarnos se hacían más grandes, más anhelantes, y no perdía oportunidad para preguntarle. Me hubiera gustado, ya que saldríamos hacia el centro de Europa, coincidir en algún punto. Pero Laponia estaba demasiado lejos, así que tendría que conformarme con seguir nuestro contacto vía Instagram.

Yo le preguntaba por sus viajes y le contaba algunas anécdotas que me hubiesen ocurrido; pocas, la verdad. Aunque siempre intentaba pensar en algún tema de conversación para alargar ese rato de conexión. Hablábamos de música, de libros, de cine… Descubrimos

que nuestros gustos eran bastante dispares. Suponía que, como siempre viajaba de un país a otro, su lista de conocimientos sobre muchos temas era más extensa que la mía, que se reducía a lo que las grandes industrias querían mostrar al mundo. Ella conocía círculos reducidos y locales, y me había contado que existían demasiadas vidas que valían mucho más la pena conocer de las que se nos mostraba a través de cualquier medio. No dudaba de que tenía razón.

CAPÍTULO 13

Enero pasó volando, entre el cierre del año financiero en la empresa y la resaca de las Navidades. Febrero no se me hizo tan corto como en otras ocasiones; aunque empezaba a notarse que los días se alargaban, aún había demasiadas horas sin sol. Con marzo llegó una primavera temprana que incitaba a salir de excursión o hacer deporte al aire libre los fines de semana. Eso mismo hicimos.

A Hugo parecía sentarle bien ese tipo de actividades, acababa más que reventado y no insistía en salir de copas; con una cena entre amigos se conformaba.

Fue entonces cuando mis amigos propusieron que en Semana Santa, que ese año se celebraba en abril, nos fuésemos a recorrer la Selva Negra, en Alemania. No supe de dónde surgió la idea, solo me dijeron que se le había ocurrido a Cristian, una tarde en el gimnasio, y a Hugo le había parecido bien. A mí se me hizo un nudo en la garganta. Salir a Europa se me antojaba perfecto para intentar organizar una quedada con ella. Siempre ella. No podía quitármela de la cabeza, menos aún cuando nos seguíamos escribiendo casi a diario.

Sabía que había estado en Holanda, en Polonia, en Suiza… Debía preguntarle si tenía intención de pasar por Alemania durante esos días que estaríamos nosotros.

¡Hola!
Nos vamos a la Selva Negra
en Semana Santa. ¿Dónde estarás
por esas fechas?

Hola,
Me toca trabajar en Croacia.
Reportaje de visitas turísticas,
precisamente, en esa época.

Vaya, no hay forma de coincidir.

¿Tantas ganas tienes de verme?

¿Tú no? Vale, no contestes… □.

Ja,ja,ja,ja,ja. No soy tan mala persona
como crees.

Eso dímelo cuando, por fin, me des
una respuesta positiva.

La paciencia es una virtud.

Y la espera, una tortura.

Ja,ja,ja,ja,ja. Estás muy gracioso hoy.

Y tú, muy esquiva.

Seguro que encontramos un hueco en verano.

Más te vale, me tienes abandonado.

Eres un privilegiado, hablamos casi a diario. No es algo que suela hacer con nadie.

Vaya, me siento mucho mejor.

Me alegro. Ahora tengo que dejarte, mañana me esperan muchas horas al volante.
Buenas noches, chico de ciudad.

Buenas noches, chica nómada.

Por supuesto, ya esperaba esa respuesta, pero no permití que la decepción me hiciera desistir. Habíamos avanzado mucho en lo que a temas de conversación se refería y estaba seguro de que nos veríamos en algún momento del año. Como era evidente, en algunas cuestiones era más escurridiza que en otras. Aún no sabía el motivo que la había llevado a errar por el mundo en un furgoneta; tampoco si tenía familia más allá de sus padres o si mantenía alguna relación con amigos. La gran mayoría tenemos amigos, ¿no? Suponía que no así una relación de pareja. Quizá ese era el motivo por el cual no acababa de abrirse en nuestras charlas. Era posible que, con su forma de vida, no tuviera intención de emparejarse. Aunque… yo no le pedí nunca una relación más íntima. ¿Quería esa relación? No lo tenía claro. Apenas la conocía, a pesar de atraerme de una forma un tanto… No, no era atracción puramente dicha, era curiosidad; o el encanto abstracto que desprendía, algo platónico o, incluso, metafísico. A saber… pero ahí estaba, apoderándose de mí cada vez con más fuerza.

CAPÍTULO 14

Llegamos a Alemania en avión, y allí teníamos reservado un todoterreno para adentrarnos en los bosques y caminos de nuestro destino.

En una de mis conversaciones más largas con la chica nómada, me ofreció un itinerario con el que disfrutaríamos de la región de forma más «profesional». Hugo y Cristian se sorprendieron de mi conocimiento de la zona, pero seguí con mi abstención de contarles nada respecto a mi «relación» con la chica del verano anterior. Es cierto que me preguntaron cómo habían acabado aquellas quedadas para tomar cerveza; mi respuesta fue escueta y precisa: «Nada. Ella siguió su camino y yo el mío». Era un tema que quería guardarme para mí, no me preguntéis por qué.

Pasamos cuatro días recorriendo los pueblos, senderos, lagos, cascadas, museos al aire libre… que aquel paisaje verde y frondoso nos ofrecía. Fueron días de desconexión, de liberar estrés, de salir de la rutina y de disfrutar de la compañía de mis amigos durante las veinticuatro horas. Aún se me hizo más raro pensar en cómo ella conseguía viajar en solitario. Conducir durante horas en silencio, sin apenas hablar o interactuar con nadie. Imaginé que le era cómodo, que si llevaba ese tipo de vida era porque le apetecía y se sentía satisfecha, pero me costaba entender esa forma de ver la vida; ese desapego hacia las personas y la falta de un lugar donde establecerse. Quizá ese sitio era su furgoneta y por eso la llevaba a todas partes.

—¿Qué haremos este verano? ¿Aún dispondremos del apartamento de tus padres? —preguntó Hugo de camino a Baden-Baden.

—Sí, aunque creo que será el último —contesté—. Me temo que a finales de año ya se trasladarán definitivamente.

—Bueno, siempre podemos buscar uno de alquiler —propuso Cristian.

—Eso es verdad. Quizá en otro lugar de la playa —ratificó Hugo.

A mí esa idea me pareció un desastre. Si elegían otra zona, yo me quedaría sin ver a la chica nómada. Así de interiorizada la tenía. Y eso que aún nos quedaba aquel verano para tratar de encontrarme con ella. Pero ya pensaba en los siguientes, como si no hubiera más opción que seguir en contacto y verla cada año. Era absurdo, lo sé, pero mi mente divagaba a su libre albedrío.

Hola,
Tenías razón.

Esta zona es una auténtica
maravilla.

Hola,
Me alegra que te guste.
Siempre que quieras viajar
por Europa, ya sabes que
puedes preguntarme □.

Lo tendré en cuenta.
Por cierto, ¿qué tal por Croacia?

Uf, mucho turista.
Parece mentira que esto
fuese zona de guerra hace
apenas veinticinco años.

La verdad es que sí.
Después de la que hubo
en esos países, no sé cómo
han conseguido remontar
en tan poco tiempo.

Yo tampoco lo entiendo,
pero te aseguro que no parece
haber sufrido ningún daño si no
fuese por algún edificio que han
dejado tal como quedó o
las imágenes que recorrieron
durante años los informativos.

¿Has estado alguna vez en medio
de un conflicto?

No. No soy periodista,
y lo agradezco.

Entonces, ¿qué estudiaste?

Turismo.

Menos mal, no sé si me
haría gracia saberte
en una zona en guerra.

¿Qué más te da?

No me gustaría… perderte.

No puedes perder a alguien
que nunca has tenido.

Te tengo como a
alguien especial.

Creo que Alemania no te
ha sentado bien.
Descansa, lo necesitas.
Buenas noches, chico de ciudad.

Tú también.
Buenas noches, chica nómada.

Otra vez me cortaba cuando intentaba acercar posiciones. Sabía que me arriesgaba a una de sus contestaciones, aunque debía admitir que, de un tiempo a esa parte, sus respuestas no eran tan tajantes o categóricas. Y eso, a pesar de no significar nada, alimentaba la esperanza de que anhelara verme igual que yo a ella.

CAPÍTULO 15

Apenas faltaban unos días para volver al apartamento de mis padres para pasar parte de mis vacaciones de verano, y no tenía noticias de ella. No había publicaciones nuevas en su blog ni en su página de Instagram. Ni siquiera contestó a varios mensajes que le envié para preguntarle cuándo tenía intención de regresar a la playa donde nos habíamos conocido.

La inquietud empezó a formar una bola cada vez más grande que me obstruía el pecho. No tenía más medios con los que localizarla y temí que le hubiera ocurrido algo. Vagaba por el mundo ella sola, en una furgoneta, podría tener un accidente o quedarse tirada en mitad de una carretera donde no hubiera cobertura para pedir ayuda. Se me pasaron por la cabeza infinidad de posibilidades, y ninguna era buena. Pero no podía hacer nada. No conocía su nombre, no sabía su número ni ningún otro dato de ella que pudiera ayudarme a encontrarla.

Después de un par de días, les dije a mis amigos que me adelantaba en ir al apartamento para comprobar que todo estuviera en orden. Que los esperaba allí. Mentira. Me fui porque ya no podía aguantar más la incertidumbre de comprobar si la furgoneta blanca volvía a estar aparcada frente al edificio.

Conduje hasta allí tratando de templar mis nervios. Era curioso pensar que me alteraba y me estresaba mucho más esa situación de incertidumbre que todo un año de trabajo. Me había hecho a la idea de verla, de volver a compartir espacio, cervezas y silencio; nada presagiaba que no ocurriera. Ella había hecho alusiones a ese encuentro en contadas ocasiones, pero estaba seguro de que, si no quería verme, lo habría dicho sin tapujos. Así que la idea de que hubiese sufrido algún contratiempo cobraba más vida a cada momento.

Entré en el paseo marítimo con el corazón en la garganta, y ahí se quedó cuando comprobé que su vehículo no estaba donde se suponía que debía encontrarlo. Lo busqué durante más de una hora a lo largo de la calle principal. Quizá no había sitio libre justo en aquel espacio, así que podría haber aparcado en cualquier otro lugar. Incluso me adentré en el puerto donde sabía que existía una pequeña zona para caravanas. Nada. No la localicé. Ni siquiera vi una furgoneta que se pareciera a la suya.

Me bloqueé. No sabía qué pensar. Por supuesto, cabía la posibilidad de que ella no quisiera verme, pero me repetí infinidad de veces que

me lo habría comunicado.

Dejé el coche en el *parking* del edificio y subí al apartamento, cargado con mi maleta. Abrí todas las ventanas para airear el ambiente sofocante y salí a la terraza. El sol me daba de pleno en la cara y la amplitud del mar consiguió aplacar un poco mi estado de preocupación.

Durante un par de horas, tuve el móvil entre mis manos, mirando a cada instante el chat privado de Instagram. No había leído mis últimos mensajes, y mucho menos había contestado. Volví a escribir, anunciando mi llegada al lugar. Obtuve el mismo resultado.

Finalmente, tuve que desistir y tratar de no pensar en las peores posibilidades. Para mantenerme ocupado, cambié las sábanas de todas las camas y limpié como un autómata el apartamento. Me di un respiro para comer algo en el chiringuito y, a última hora de la tarde, me acerqué al supermercado a comprar provisiones para cuando mis amigos llegaran al cabo de un par de días. Tenía ese lapso de tiempo para pensar y tranquilizarme. O eso me obligué a creer.

Cuando me metí en la cama, tras mirar la televisión sin verla, sentí caerme encima el peso de la losa que intenté evitar durante todo el día. Allí solo, a oscuras, la preocupación se convirtió en dolor. No podía ser el final. No podía haberle ocurrido algo y que no volviera a verla. No podía hacerme a la idea de que, con el paso del tiempo, aquello se convirtiera en una simple anécdota que contar cuando la aflicción pasara a mejor vida. Me negaba a que *mi* chica nómada hubiera desaparecido sin más.

Poco a poco, el cansancio venció a la preocupación y me quedé dormido. Recuerdo que, tras muchos meses, los sueños que me habían acompañado, esa noche, se convirtieron en mis peores pesadillas.

Me desperté más agotado de lo que me había acostado; con la sensación de que las imágenes que se produjeron en mi mente mientras dormía se volatilizaban a medida que mi consciente ganaba la batalla a mi inconsciente. Aunque me hubiese quedado en la cama todo el día, no podía permitirme no regresar al mundo de los vivos. Me levanté y decidí que salir a correr era mi mejor opción. Me serviría para despejarme y para dejar de pensar.

Lo hice en dirección al centro del pueblo por el paseo marítimo. De ese modo, podría desayunar en alguna cafetería y volver caminando. No tenía ninguna prisa. Me coloqué los auriculares y troté mientras el sol ascendía en el cielo y mis pasos me llevaban a través de pensamientos difuminados.

Llegué al puente que separaba las poblaciones y me dediqué a observar la incipiente actividad que los hosteleros comenzaban en sus locales. Ya había gente sentada a las mesas y las persianas de los

comercios se levantaban con pereza. Tiendas de *souvenirs*, de ropa veraniega, zapaterías… El escaparate de la única floristería… Amapolas… Frené en seco y volví sobre mis pasos.

En el interior de la tienda, una cabellera rubia acompañaba a un vestido de amapolas. El bamboleo de la tela volvió a hipnotizarme tal como lo hizo un año antes. Sentí retumbar el pulso a través de todas mis venas. Estaba de espaldas, pero sabía que era ella. Tenía que ser ella. Me quedé clavado en la acera mientras la miraba a través del cristal; no había olvidado sus movimientos, la forma en que su aura me envolvía, y todo el peso que se había acumulado en mi garganta bajó al estómago como una piedra lo hace en el fondo de un pozo.

La vi sonreír a la dependienta y, en un acto reflejo, lo hice también. Caminó hacia la salida mientras introducía el monedero en el pequeño bolso que colgaba de su hombro al tiempo que sujetaba una bolsa de papel, de donde sobresalía una barra de pan, y el tiesto con amapolas que acababa de comprar. Levantó la vista y se detuvo al verme plantado frente a ella.

—Buenos días, chica nómada —saludé.

Sus ojos turquesa se abrieron con asombro, y no supe por qué, pero entendí que quizá no estaba tan contenta de verme como yo de verla a ella.

—Buenos días —musitó.

—No pensabas avisarme, ¿cierto? —Me atreví a preguntar. Me miró con la disculpa reflejada en sus pupilas negras—. De acuerdo. Ahora que sé que estás bien y no te ha ocurrido nada malo, me quedo más tranquilo. Adiós. —La decepción empezó a abrirse paso, aunque no estaba dispuesto a hacérselo saber.

Volví a colocarme los auriculares y emprendí el regreso hacia mi apartamento. Ya no tenía ganas de desayunar en ninguna terraza. Avancé unos metros al trote con el sol de cara; ese día había tenido la gran idea de coger las gafas oscuras. Me las coloqué y conecté la música al máximo volumen que mis oídos pudieron resistir.

Poco había avanzado cuando noté una mano sobre mi antebrazo. No me detuve. Trataba de digerir el peso que se instaló en mi estómago al percatarme de que ella no tenía intención de que nos viéramos ese verano, y quizá nunca más.

—Para, por favor. —No la oí, pude leerlo en sus labios y en sus ojos.

Dos décimas de segundo tardé en decidir que quería escuchar su explicación a tantos días de ausencia. Me quité los auriculares y los dejé colgados de mi cuello, aunque mantuve las gafas de sol sobre el puente de mi nariz. No me apetecía que advirtiera la desilusión que sabía que tenía reflejada en mis ojos.

—Tú dirás…

Ella miró a nuestro alrededor y me indicó con un movimiento de barbilla que nos sentáramos sobre el muro de piedra que separaba el paseo de la playa.

La seguí y me acomodé a su lado.

Colocó lo que llevaba en las manos en el espacio que yo había dejado entre los dos. Estaba confuso y no entendía por qué había desaparecido sin dejar rastro deliberadamente. Vale, sí parecía que no tenía intención de avisarme de que estaba allí, pero no entendía el motivo. Habíamos conectado, habíamos hablado durante un año entero. Quizá esa percepción de que teníamos algo más que un simple contacto a través del teléfono era solo mía.

ELLA

CAPÍTULO 16

El verano anterior, me marché varios días antes de lo previsto. No me apetecía volver a verlo. No, después de la última noche. Se me fue de las manos. Pero ¿cómo resistirse a su forma de mirarme? Lo hacía como si fuese lo más maravilloso que había visto en su vida, como si no hubiese nada más a nuestro alrededor, y no debía ocurrir nunca más. Me recordó al pasado y ya no había cabida para eso.

Sé que no fui la persona más agradable al principio. No me gustan las personas intrusivas ni cotillas. No me gusta que se metan en mi vida y mi forma de llevarla. Cada cual elige su manera de cargar con su existencia, pero nadie tiene derecho a juzgarla si eso implica interferir en la de los demás. Elegí no asentarme en ninguna parte porque ya no tenía sentido hacerlo. Ya no existía un lugar al que regresar ni nadie que significase hogar. La vida, tal como la conocía, dejó de tener valor y yo no supe, o no quise, adaptarme a ella del modo en que se suponía que debía hacerlo.

Fue extraño compartir de nuevo una simple cerveza con alguien, aparte de las cuatro personas con las que mantenía el contacto. Apenas me dio tiempo a reaccionar cuando me topé con sus ojos castaños frente a los míos mientras me ofrecía el botellín. El brillo de su mirada bajo la farola acabó por convencerme. Yo no quería, de verdad que no, pero algo tiraba de mí hacia él. Como si hubiera dejado ir mi vulnerabilidad y con ese chico me sintiera mejor, menos pesada. Me sorprendió la naturalidad con la que apenas hablamos, y también con la que callamos. Supuse que estábamos midiendo nuestras compatibilidades, si nuestros espacios vitales se avenían o chocaban. Y, para mi sorpresa, encajaron mejor de lo que imaginé. Tanto que a aquella cerveza, le siguieron otras y hasta una cena.

Temí, por primera vez en los últimos años, que mi decisión de vivir de forma errática y solitaria se fuese al garete. Pero ¿cómo era posible que una simple cerveza, una conversación, una cena, un beso… me hiciesen dudar? Muy sencillo. No había interactuado con nadie ajeno a mi entorno más cercano desde que me marché. Esa fue la explicación que me di, ¿me la creí? No. Así que puse distancia como había hecho

con todo para que dejara de doler, para que me dejara, al menos, existir. No me hubiese importado dejar de hacerlo, pero habría hecho sufrir a mis seres queridos y eso no podía permitírmelo; sabía lo que era ese dolor y no quería provocarlo en otros.

Somos efímeros ya de por sí, no había necesidad de serlo aún más, aunque a mí me pareciese la opción más acertada. El cosmos no iba a echarme de menos, pero mi familia sí. Aun siendo una insignificante pieza del universo, los sentimientos pesan como si se tratasen de un agujero negro que absorbe todo lo que alcanza.

Mi sorpresa fue aún mayor cuando me llegó una notificación del blog por un nuevo comentario. No era en una publicación reciente, pero siempre me gustaba contestar a todos. Era la única interacción que me permitía; solo a través de la pantalla. Era él. Y volví a tambalearme entre la línea que me había marcado y las ganas de traspasarla. Al menos, me sentí en la seguridad de la distancia y eso me lanzó al vacío. Un vacío que se llenó de mensajes, conversaciones, risas y el anhelo por compartir mis horas de soledad.

Había pasado un año. Y el miedo volvió. Volvió para zarandearme y tomar una decisión que se me escurrió de las manos en cuanto lo vi frente a la floristería. A veces olvidaba que el destino siempre hace de las suyas y te obliga a cambiar el plan de vida que habías establecido. Pequé de ingenua o, simplemente, mi subconsciente me hizo creer que, si volvía y me mantenía a distancia, todo iría bien.

—Lo siento. —Fue lo único que pude decir. Me sentí mal por provocar en él una preocupación que ni llegué a pensar cuando decidí que tenía que tomarme unos días para resolver qué hacer.

—¿Qué sientes exactamente? —preguntó con tono acusador.

Me tomé unos segundos para respirar. Hasta hacía un instante, todo parecía más sencillo.

—No haber dado señales de vida en los últimos días. Tenía que pensar.

—¿Pensar en qué?

—En si era buena idea volver a vernos.

Entonces fue él quien inspiró de forma sonora.

—Nunca te he pedido nada, solo hemos hablado a través de una pantalla de móvil. Aunque eso no significa que, si desapareces, no me preocupe. De todos modos, no puedo obligarte a que nos veamos. Me apetecía mucho, pero interactuar implica a dos personas. Pensé que podíamos ser amigos, pero no quiero presionarte.

—No es culpa tuya. Soy yo, que no estoy acostumbrada a… intimar desde hace mucho. —Su tono de derrota y desilusión se me clavó en el estómago. No fui capaz de mencionar nada más. No estaba preparada para lidiar de nuevo con las «exigencias» de otras personas.

—Está bien. No pasa nada. —Se levantó, aunque no me miró—. Me

marcho. Si te apetece compartir una cerveza, avísame. Aunque entenderé que no quieras hacerlo. —Y echó a correr para alejarse de mí. Esta vez no lo seguí.

Con sinceridad, creí que sería más fácil. Era cierto que no había interactuado con otras personas desde hacía tiempo. Me había limitado a hablar con las necesarias para mi trabajo y con mi familia directa. Por eso volvía allí cada año, para verlos, aunque cada vez me costara más separarme de ellos al marcharme.

Podría explicar de muchas formas mi decisión, pero solo había una; y esa una no admitía discusión, a pesar de que mis allegados se empeñaran en hacerme ver lo contrario. Yo quería estar sola, porque sola me había quedado, y no podría soportar volver a pasar por lo mismo que me llevó a tomar esa determinación. ¿Qué malo tenía la soledad si la había elegido? Hasta ese momento, nada.

Pero aquel chico que le alejaba de mí como alma que lleva el diablo consiguió que esa raya invisible que había dibujado en torno a mí se diluyera como las huellas de mis pasos en la arena. Y ahí estaba yo, decidiendo si quería seguir borrando esas marcas que me abrasaban las entrañas o, por el contrario, las dejaba salir para que cicatrizaran en la parte más visible de mi piel.

Caminé de forma pausada hasta llegar al final del paseo marítimo. Ese año, a diferencia de los dos anteriores, decidí que era mejor ubicar mi casa rodante en el *camping* del pueblo. Pensé que allí estaría a salvo de cruzarme de nuevo con él, antes de decidir qué hacía con aquel año de mensajes, risas y sensaciones nuevas que provocaban en mí una sofocante contradicción.

Entré en el recinto hasta llegar a mi parcela y dejé lo que llevaba en las manos sobre la mesa plegable que había instalado bajo la lona de un pequeño avance en el lateral de mi furgoneta. Me cambié de vestido. Supuse que me había puesto el de amapolas porque me recordaba a él. A aquella noche en la que disfrutamos de la única cena que compartimos. Y al beso. Al beso que fue el principio de mi nuevo abismo.

Me recogí el pelo en un moño y, vestida con una camiseta y unos *shorts*, me tumbé en la hamaca de tela que había colgado de los dos árboles que invadían parte de mi «propiedad». Cerré los ojos y me dejé acunar por el bamboleo rítmico del balancín y de mis propios pensamientos.

Intenté convencerme de que compartir con él unos ratos, como el año anterior, no tendrían por qué significar nada, pero una parte de mi mente decía que podía implicar algo con lo que no sabría lidiar y, además, arrastraría conmigo al chico de ciudad. Y eso no podía permitirlo. En cuanto me imponía el «no», volvía a recordar lo que

sentí con ese beso y todo empezaba de nuevo a rebotar en mi cabeza.

Como ya deduje en su momento, no debí consentir que entrara en mi espacio vital, porque lo hizo a lo grande, a lo bestia, y yo ya no me sentía con fuerzas para apartarlo como a un trasto viejo que dejas abandonado en el desván. Ya no quería que se marchara por muy en desacuerdo que mi mente estuviera con esa afirmación.

CAPÍTULO 17

Al atardecer, como aún no había tenido el valor de dar ningún paso, me acerqué a la playa. Ya no tenía sentido esconderse. Había llegado allí cuatro días antes y salía temprano a hacer las compras para evitar encontrarme con él. De poco me sirvió. El destino me lo puso de frente del mismo modo que hacía tres años me quitó lo que más quería, con una bofetada.

La cuestión más importante era que, si decidía lanzarme, debía hacerlo con todas las consecuencias. Él, al principio de nuestras conversaciones, me dejaba ver de forma sutil que estaba dispuesto a acatar mis ritmos. No me refiero a que estaría a mi disposición, sino a que respetaba mi hermetismo, pero a mí no me parecía lo más justo, y eso me llevó a no saber cómo actuar. El beso fue la prueba de fuego. Se arrojó a mis labios con prudencia, aunque a mí se me fue toda nada más rozar los suyos. Volví a sentir el cosquilleo, volví a notar el estómago del revés, volví a percibir la sangre en mis venas; volví a la vida como si me hubiesen pegado al pecho unas palas desfibriladoras a máxima potencia. Y esa electricidad me acompañó durante un año entero.

No estaba segura de lo que sentía, pero sí sabía que él me hacía bien. Aunque no estaba del todo dispuesta a asimilar ese apego que empezaba a formar parte de mí. Eso me asustaba. No quería apreciar a alguien y, después, quedarme sola de nuevo. Estaba segura de que no lo soportaría otra vez. Ese dolor punzante, lacerante, sangrante… era algo a lo que temía más que a la muerte. De vez en cuando, aún lo percibía y me quedaba doblada en el sitio, como si se tratara de un ataque de lumbalgia que me impedía caminar.

Por otro lado, volver a verlo era algo que despertaba mi curiosidad; quizá era mucho más que eso. Quizá hasta me gustaba. No me había permitido ver sus ojos esa mañana, y sentía la necesidad de saber qué escondía tras las gafas de sol. Necesitaba comprobar si su mirada seguía siendo la misma que el verano anterior me había fascinado. Debía contactar con él, ahora que nos habíamos encontrado, no debía huir de nuevo, debía enfrentarme a lo que fuese que nos mantenía unidos. Había aprendido que tentar al destino no era buena idea.

Hola,
¿Cerveza?

Hola,

¿Dónde y cuándo?

A las 23 h.
Camping Nómada.
Parcela 23.
Yo invito.

Allí estaré.

El peso sobre mis hombros resbaló espalda abajo, aunque ahora debía tomar otra decisión. Implicarme o no.

Unos minutos antes de la hora acordada, preparé un cubo con hielo, donde metí varias cervezas. La nevera enfriaba, pero hacía tanto calor que no era suficiente. La humedad que llegaba desde el mar, aquella noche, era pegajosa como un adhesivo plástico. Me había duchado un par de veces y, aun así, seguía teniendo una capa brillante de sudor sobre la piel. Lo achaqué a los nervios.

Me senté en el escalón lateral de mi furgoneta a esperarlo. Entrelacé mis dedos porque no sabía qué hacer con esas diez falanges que no dejaban de moverse como culebras al acecho. En cuanto lo vi aparecer por el camino de gravilla, el corazón me dentelleó el interior del pecho y, acto seguido, el ritmo de los latidos se ralentizó. Estaba claro que mi miedo a que no apareciera me devoraba las entrañas.

Se detuvo a pocos metros de mí.

—Buenas noches.

—Hola… —contesté.

Vestía ropa normal de verano, pantalones cortos y camiseta, pero lo que más llamó mi atención fue que su mirada era seria, a la expectativa, cauta. Ni siquiera en nuestros primeros encuentros me observó de ese modo. Ya no había curiosidad ni diversión. Me había cargado de un plumazo la ilusión de sus ojos castaños.

Agarré dos botellines del cubo y le ofrecí uno. Se acercó con paso dubitativo y alargó la mano para cogerlo por el cuello, sin tocarme. Me aparté hacia un lado en una clara invitación a que se sentara junto a mí, como habíamos hecho el año anterior. Aceptó, pero mantuvo la distancia y se colocó a más centímetros de los que recordaba. El halo de su aroma me llegó al instante y cerré los ojos para disfrutar de esa mezcla entre perfume masculino y jabón fresco.

—¿Qué tal el día? —Rompí el silencio. Me pareció lo más adecuado, viendo que él seguía sin decir palabra.

—Bien —contestó justo antes de llevarse la botella a los labios.

—¿Te acompañan tus amigos este año también?

—Vendrán en un par de días. Yo me he adelantado para organizar el apartamento y las compras. —Su tono era tan distante que me

asustó pensar que no había vuelta atrás, que la había fastidiado del todo. Tampoco preguntó por mi día, y eso aún me alarmó más.

Hacía muchos meses que había dejado de preguntar por mi nombre, por mi vida pasada, por no incomodarme con cuestiones que sabía que yo no iba a responder, pero jamás olvidaba interesarse por mi estado actual.

—La he jodido, ¿verdad? —solté con un suspiro.

Oí su inspiración profunda y me dispuse a escuchar una afirmación.

—No lo sé. Quizá soy yo quien no ha entendido qué nos une. Solo sé que me gusta tenerte en mi vida, pero no estoy seguro de que sea del mismo modo que tú.

—Y, ¿qué modo es el tuyo?

Noté su movimiento a mi lado, así que me giré para encararlo. Sus ojos me observaban de forma intensa, como si quisiera traspasar la barrera que yo misma había impuesto entre los dos.

—Me gusta hablar contigo de cualquier cosa, me gustan tus respuestas mordaces, tu forma de esquivar mis preguntas, hasta cuando te mosqueas y me sueltas una fresca. Pero lo que más añoro es mirarte a los ojos, darme de bruces con ese color turquesa y verte sonreír. Me encanta tu pelo salvaje, ese puñado de pecas que salpican tus pómulos y cómo tu presencia consigue que me calme y me relaje. Porque, lo quiera o no, no puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de pensar en volver a besarte y comprobar que la electricidad que me recorrió el cuerpo entero sigue ahí, intacta. Pero entiendo que no quieras lo mismo. —Habló de carrerilla, como si tuviera miedo a que lo interrumpiera en su… ¿declaración?

Evidentemente, me quedé muda. Intuía que nos rodeaba algo bonito, aunque jamás pensé que diría algo así, con tanta convicción.

Yo sentía algo parecido, pero no había sabido ponerle las palabras adecuadas, o quizá sí, pero no encontraba el valor para verbalizarlas y, además, estaba aterrada. Estaba preparada para interactuar a distancia, pero frente a frente me quedé en blanco. Así que hice algo para que los dos saliéramos de dudas.

Me acerqué hasta quedar a unos centímetros de sus labios. Él no se movió. Solo alternó sus ojos entre los míos y mi boca.

—¿Qué prefieres: que nos besemos o que te cuente mi historia? —pregunté con toda la intención.

Sus iris oscuros brillaron y una media sonrisa asomó por la comisura de sus labios.

—Me lo pones muy difícil —contestó en un susurro. Sus palabras me acariciaron la piel de los labios.

—Elige, chico de ciudad. No vas a tener otra oportunidad. —Sonreí al ver que había conseguido que se relajara.

—Dicen que la paciencia es la madre de la ciencia… Quiero oír tu

historia.

—Bien. Nos vemos mañana por la mañana. Te espero a las diez en el puente del estanque que hay al inicio del pueblo.

—No volverás a desaparecer, ¿verdad? —dudó. Lo entendí.

—No. Se acabaron los juegos de escapismo.

—De acuerdo.

—Buenas noches, chico de ciudad.

—Buenas noches, chica nómada.

CAPÍTULO 18

Me levanté al amanecer. Necesitaba poner en orden mi mente y mis sentimientos para adentrarme en el pasado de forma segura. Jamás había hablado con nadie de ello. Mi familia y las pocas amistades que tenía sabían lo ocurrido, pero les prohibí mencionarlo en mi presencia. Al principio se empeñaron en que debía sacar el dolor, que hablar de ello me ayudaría, pero desistieron cuando yo desaparecía en cuanto pronunciaban la primera palabra al respecto.

Caminé hasta la orilla de aquel mar tan familiar, tan nuestro, tan mío. Me desprendí de la camisola y de la braga del bikini y me metí en el agua, desnuda. Era temprano y no había nadie. La frescura de las olas me devolvió la calma. Me dejé mecer por el vaivén mientras observaba el cielo cubierto por la bruma típica de esa zona costera. Estaba segura de que en cuanto el sol se hiciera más presente la neblina desaparecería y dejaría un cielo azul despejado. Esperaba que a mí me ocurriera lo mismo, esperaba que mi mente dejara atrás ese humo que me acompañaba a todas partes.

Llegué al punto de encuentro varios minutos antes de la hora. Él ya estaba allí. Distinguí su silueta desde muchos metros de distancia. Intenté serenarme mientras caminaba sin perderlo de vista. Noté el momento exacto en que él se dio cuenta de que me acercaba; se quedó quieto en mitad del puente y no dejó de mirarme hasta que me planté frente a él.

—Buenos días —saludé, y mi voz salió más baja de lo que pretendía.

—Hola.

Sin pronunciar nada más, lo invité con un gesto a que me siguiera. Se colocó a mi lado y caminamos juntos hacia el lugar que quería mostrarle. Estaba a dos calles de allí. No había vuelto a acercarme a esa zona desde que me marché, hacía ya casi tres años. Lo conduje hasta las pistas de baloncesto al aire libre que esperaba siguieran en el mismo sitio.

A medida que avanzaba, mi cuerpo empezó a temblar. Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para que las fuerzas no me flaquearan. Sabía el motivo exacto por el que había decidido contarle esa historia por la que preguntó el primer día que compartimos cerveza, pero que negué que existía. Un año después, había conseguido meterse tanto en mi vida que merecía ser el primero en

saberlo.

Llegamos a las pistas y comprobé que las moreras que las rodeaban estaban más tupidas de lo que recordaba. Habían pintado las líneas desgastadas que señalizaban los dos campos de cemento y habían colocado varios bancos a unos pasos de los límites exteriores, bajo los árboles. Lo dirigí hacia uno de ellos. Aquel que quedaba frente a las casas pareadas. Me senté y él lo hizo a mi lado.

Volver allí se me antojó extraño y lejano. Aquello era la muestra de otra vida. La fachada de ladrillo blanco del conjunto de unifamiliares estaba casi igual que en mis recuerdos. Los toldos a rayas grises y amarillas de las terrazas parecían más viejos, pero seguían teniendo la misma simetría.

—¿Ves la casa de la esquina izquierda? —Fue lo primero que dije.

Él la observó como queriendo encontrar algún sentido a mis palabras.

—Sí.

—Hasta hace tres años, yo vivía ahí. —Inspiré en profundidad para coger el aire que me faltaba—. Con mi marido y mi hija. —Retuve el aliento en mi garganta sin dejar de mirar al frente. Él se removió incómodo a mi lado, pero no dijo nada. Supuse que esperaba que siguiera, y lo hice. Procuré que mi tono de voz sonara lo más sosegado posible—: Mi marido y yo fuimos juntos al colegio y al instituto. Éramos vecinos y siempre habíamos vivido en este pueblo. De hecho, mis padres y los suyos siguen viviendo en el mismo lugar que nos vio crecer, a un par de kilómetros de aquí. Nuestra relación fue casi de hermanos hasta que, en la adolescencia, nuestras hormonas dieron paso a algo más. No voy a entrar a detallarte nuestra historia, porque es muy evidente. Nos enamoramos y, tras estudiar la carrera y conseguir un empleo estable, compramos esa casa y nos casamos. Los años no hicieron más que unirnos y querernos cada día con más intensidad. Contra todo pronóstico, no nos aburrimos por conocernos de toda la vida; al contrario, eso hizo que nuestra unión fuese fuerte e inquebrantable. Éramos nuestro punto de apoyo mutuo. Un par de años después de nuestra boda, nació nuestra hija. —Volví a coger aire. Estaba siendo más fácil de lo que creía, pero al llegar a ese punto, se me formó un nudo en el pecho y me costaba respirar.

—No es necesario que me lo cuentes todo si no quieres —intervino al ver que me quedaba callada.

—No, no. Ahora que he empezado, prefiero que lo sepas —contesté. No nos habíamos movido, no nos habíamos mirado. Y lo preferí—. Fue el momento más feliz de nuestra vida. Tener a nuestra pequeña en brazos fue lo más hermoso y emocionante que me ha pasado jamás. Me pasaba horas mirándola, observando cada parte de su cuerpecito, de sus movimientos. —Sonreí al recordar que era incapaz de alejarme

de ella—. Estábamos formando una familia y yo no podía ser más feliz. Tenía un marido al que amaba y una hija a la que adoraba. —Volví a sentir esa sensación de plenitud en el centro del pecho, pero me obligué a continuar—: Cuando la niña tenía tres años, cogió un catarro un poco fuerte. Nada que no hubiese ocurrido otras veces. Esa noche, me acosté con ella para controlarle la fiebre y no molestar a mi marido con mis idas y venidas a la habitación de la niña. Pero no le bajaba, así que, a las cuatro de la madrugada, lo desperté y le dije que quería llevarla al hospital para que le echaran un vistazo. Él, sabedor de que me había pasado casi toda la noche en vela, dijo que se encargaba de ello para que yo descansara. Y así lo hicimos. Le di un beso efímero en los labios a él y otro en la frente a mi hija antes de que salieran de casa. Le dije que me avisara si había algo fuera de lo normal. Ya habíamos pasado por ello en otras ocasiones y pensé que no sería más que eso, un catarro. Me acosté y el cansancio me venció. Me despertó el sonido del móvil. Lo cogí sin mirar porque pensé que sería él. Era la policía. El coche en el que iban las personas más importantes de mi vida y a las que más amaba se había visto envuelto en un accidente y los habían trasladado al hospital. Me levanté de un salto y cogí mi coche para dirigirme allí. Entré en Urgencias como alma que lleva el diablo y pregunté por ellos en el mostrador. Me dirigieron a una sala donde me recibieron dos agentes de policía y un par de médicos. Me explicaron que un conductor borracho los había envestido y los había sacado de la carretera. Mi hija había muerto en el acto, mi marido estaba en coma, pero no tenían esperanzas de que sobreviviera. Me desmayé. Mi mente no soportó el *shock* y se desconectó. Cuando desperté, estaba tumbada en una camilla dentro de un box. Aturdida, salí al pasillo y me topé con uno de los policías que me había atendido. Le rogué que me llevaran a ver a mi marido. Si iba a morir, quería estar a su lado. Me tumbé junto a él en la cama. Lo abracé fuerte hasta que a él se le consumió la vida y a mí se me secaron los ojos de tanto llorar. Me quedé sola, rota y sin ganas de vivir. La madrugada del 14 de agosto de 2016, mi existencia se convirtió en un infierno.

Dejé de hablar. Ya no me quedaron fuerzas para continuar. Sentía que el dolor había menguado, que contarlo en voz alta después de tanto tiempo era liberador, pero el recuerdo seguía ahí. Añoraba mi vida. Añoraba a mi marido. Añoraba a mi hija. Había aprendido a vivir sin ellos, pero era imposible dejar de quererlos.

—Lo siento… —Su voz interrumpió mi regresión al pasado. Estaba tan absorta que apenas recordaba estar sentada en aquel banco, frente al que fue mi hogar.

Me giré para mirarlo. Sus ojos castaños me devolvieron tristeza y comprensión. Algo que ya sabía y el motivo por el cual se lo había

explicado. Era la única persona a la que había permitido acercarse más que al resto. Me gustaba cómo me miraba, cómo comprendía mis silencios, cómo respetaba mis tiempos.

—Lo sé —contesté.

—Y ahora, ¿cómo estás?

—Bien. Al principio me hundí en el más absoluto abismo.

—No puedo imaginar el dolor que sentiste.

—No se puede imaginar, solo se puede sentir.

—¿Por eso te marchaste?

—Sí. Mi vida ya no tenía sentido. Todos me decían que debía continuar, que entendían que estuviera un tiempo perdida, triste y deprimida, pero que debía agarrarme a lo que aún me quedaba; mi trabajo, mi familia, mis amigos… Pero no podía. Se me hacía un mundo seguir con la misma vida sin ellos. Todo me recordaba a ellos. No quería estar en esa casa. No quería conducir los mismos coches, no quería ver a las mismas personas, no quería vivir esa vida porque ya no lo era. Me pasé un mes durmiendo en la terraza de esa casa. —La señalé con la barbilla—. Me era imposible dormir en mi cama. Pasaba todo el tiempo posible afuera, porque era el único lugar donde no olía a ellos, a pesar de tener recuerdos también de ese rincón. Saqué el colchón de la cama de invitados y me dormía de agotamiento bajo las estrellas. Deseaba desaparecer y reunirme con ellos. Lo pensé infinidad de veces. Si hubiéramos ido los tres en el coche, ahora seguiríamos juntos. Estaríamos quién sabe dónde, pero juntos. Luego pensaba en mis padres, en mis hermanos… y no quería hacerles pasar por lo mismo que yo estaba sintiendo. El vacío me engulló. La tristeza se me pegó al cuerpo como una segunda piel. Sentía que no saldría de ese agujero si no cambiaba de forma radical, pero no sabía qué hacer hasta que un día vi en la playa a una chica salir de una furgoneta aparcada en el paseo. Era una tartana, pero ella parecía estar cómoda. La vi usar la ducha y el baño públicos, meterse de nuevo y volver a salir vestida con ropa cómoda. Se dirigió al chiringuito, se sentó a una mesa y pidió una cerveza. Me quedé absorta mirándola. Y se me ocurrió. Pensé que, quizá, esa era la forma de escapar de mi vida. Errar por lugares donde no tuviera recuerdos con ellos. Inventarme una nueva vida. Ser otra persona. Yo ya no existía tal y como era, así que tendría que ser otra. Adelanté mis vacaciones en la editorial, me las concedieron por mis circunstancias, y alquilé una Camper. Me encanta conducir, a pesar de haber perdido a mi familia en un accidente de tráfico, y me perdí por carreteras y pueblos en los que nunca había estado. Y me sentí mejor. Dejé de ahogarme y empecé a respirar. Así que decidí que esa sería mi nueva yo. Esa ha sido mi forma de sobrevivir a los sentimientos que me atormentaban a diario, a todas horas. Siempre había escuchado decir que puedes ser quien

quieras en la vida, y yo me inventé la mía, porque la anterior ya no me servía.

Volví a quedarme en silencio. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Todo lo que quería explicarle. No esperaba respuesta alguna por su parte, solo me apetecía hablarlo con él porque durante el último año había sido el único con quien interactué de forma continua, porque era un chico que se había interesado por mi bienestar y porque… me gustaba. Por primera vez en tres años, alguien despertaba mi interés.

El primer año, después de vender la casa que tenía frente a mí, solicitar un cambio de departamento en la editorial y comprar la Camper, fue el más duro. Tuve que aprender a desenvolverme en un espacio reducido, a priorizar lo esencial y desechar lo material. A convertirme en la nueva persona que quería ser, a mitigar el dolor que me producía pensar en mi marido y mi hija, a interiorizar que ya no estaban y que nunca volvería a verlos. A recordarlos de una forma sana. A apreciar las pequeñas cosas y disfrutar de los placeres en solitario. En eso me ayudó el blog y la cuenta de Instagram. Allí volqué las sensaciones que percibía en cada lugar que visitaba e interactuaba con otras personas de forma anónima y prudente. Conocí a mucha gente y aprendí muchos trucos sobre la vida en la carretera; lugares a los que acudir si tenía problemas y viajar de forma segura. Todo era temporal. Nada ni nadie permanecía más que unos pocos días y eso me producía comodidad, porque no tenía que intimar ni explicar mi vida. Solo debía interpretar mi nuevo papel hasta convertirlo en propio.

El segundo año fue mucho mejor. Me integré totalmente en mi forma de vivir y relegué a un rincón especial todo lo que significaba lo anterior para recordarlo con mimo y sin dolor.

Después, lo conocí a él. Y en ese momento, no sabía qué más podía ocurrir, pero estaba decidida a averiguarlo. Ya no tenía que esconderme, aunque aún quedaban varios puntos por aclarar.

El silencio reinó entre nosotros durante más de media hora. Supuse que intentaba asimilar toda la información que le había explicado. Sabía que no era fácil entender mi postura, porque a veces ni yo misma la comprendía, pero esa era mi vida y había llegado un punto en el que me sentía bien, incluso podría decir que feliz.

—Gracias por confiar en mí. —Fue lo primero que salió de entre sus labios.

—Eres el primero al que se lo cuento. Nadie, excepto los que me conocían, saben nada de esto.

—Entonces, te doy doblemente las gracias. Y siento que hayas tenido que pasar por algo tan… aterrador. Entiendo que no quieras crear vínculos duraderos con nadie.

Dio en el clavo. Ese era uno de los problemas que aún no había sido capaz de resolver. No me veía capaz de apreciar, querer o amar a alguien y que luego desapareciera. Con mi silencio le otorgué la respuesta.

—¿Cuándo te marchas de nuevo? —Su pregunta me sorprendió.

—En unos quince días, supongo.

—De acuerdo. ¿Te apetece que sigamos compartiendo cervezas?

—Claro. No hay problema. Cuando quieras, puedes venir a hacerme una visita.

—Vale, te avisaré. —Se giró hacia a mí y yo imité su gesto. Me choqué con sus ojos y sonrió de forma amable—. Nos vemos pronto. —Se acercó y me besó en la frente. Detuvo durante unos segundos sus labios sobre mi piel, y yo cerré los párpados para disfrutar de ese contacto dulce y placentero—. Adiós, chica nómada —dijo al separarse.

—Adiós, chico de ciudad.

Lo vi alejarse con las manos metidas en los bolsillos y pasos algo inseguros. Supe en ese preciso instante que ese año aún sería más difícil despedirme de él cuando me marchara.

Tras hablar de todo lo que me sucedió, me sentí agotada, aunque no lo noté hasta que, poco después de que él se fuese, me levanté de aquel banco, bajo la morera del campo de baloncesto. Observé la que fue mi casa durante más de cinco años con el dolor que, de repente, volvió a mi pecho. Estaba claro que hablar me dio una tregua, pero los recuerdos salieron disparados de su escondite como si de una caja de Pandora se tratara y me abofetearon con fuerza.

Llegué al *camping* a duras penas, arrastrando los pies, y me metí en la cama de mi Camper. Volví a llorar como hacía años que no lo hacía. Como si no hubiese pasado el tiempo, como si mi familia acabase de morir y yo quisiera seguirlos. Volví a ser la que era antes, aunque prometí que esa era la última vez que me dejaba arrastrar por los recuerdos y la pena. No me hacían bien. Debía seguir siendo la chica nómada, no había cabida para nadie más.

CAPÍTULO 19

Me desperté hecha un ovillo horas más tarde. Me notaba la cara acartonada por las lágrimas y los labios resecos, pero aún permanecí en aquella postura unos minutos más. Aquella iba a ser la última licencia que me permitía antes de volver a mi yo errante. A esa persona que no tenía más apego que con los lugares que visitaba y con los que me mimetizaba. De ese modo era más fácil. Mantendría la barrera en alto para no volver a sufrir una pérdida tan valiosa, aunque dudaba que ofreciera al destino algo más importante que lo que ya me había quitado.

Me levanté y miré la hora en el móvil. Casi las seis de la tarde. Me sorprendió haber dormido tantas horas, pero supuse que el esfuerzo mental y emocional de la mañana me pasaron factura. Cogí un pitillo y el móvil y abrí la puerta de la furgoneta para sentarme fuera. Entré en Instagram por inercia y vi que tenía varias notificaciones de comentarios y mensajes. Lo normal. Abrí la bandeja de chats y me encontré con un texto de él.

Hola, chica nómada
Me gustaría verte esta noche.
Hay algo que me ronda por
la cabeza y quiero preguntarte.
Después de eso, prometo no
volver a hablar del tema, a menos
que tú necesites hacerlo.

Hola, chico de ciudad
Ven cuando quieras.
Te esperaré con cerveza fría.

No tenía ni idea de lo que querría preguntarme, aunque entendí que necesitara aclarar algún punto, además de reconfortarme saber que había comprendido que no iba a hablar más sobre ello. Parecía percibir a la perfección lo que necesitaba y me lo daba. Y eso era algo a lo que debía quitarle importancia, porque era una de las cosas que más me gustaba de él. No, no debía permitirme que nadie me cautivara más que a un nivel de «conocidos».

Apagué el cigarrillo en el cenicero y me fui a la ducha comunitaria del *camping* para tratar de borrar las huellas de desazón que el día había impregnado en mi piel. El interior no estaría a salvo hasta que me marchara de allí. Solo tenía que esperar un par de semanas más y

podría volver a mi estado habitual.

Después de cenar, me tumbé en la hamaca y me balanceé al ritmo de la música que tronaba en mis oídos a través de los auriculares. Quería dejar de pensar por un rato y esa era mi forma de hacerlo; escuchar algo tan estridente que borrara todo lo que se me pasaba por la cabeza. Hasta cerré los ojos y canté sin voz las letras que corrían, unas tras otras, en la lista de Spotify que había seleccionado.

No me di cuenta de que alguien me observaba hasta que me tocó en el hombro. Abrí los ojos y me encontré con los suyos. Me arranqué los cables de los oídos de un tirón.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Lo suficiente… —Sonrió—. Se oye berrear al cantante desde la entrada. Me sorprende que aún tengas el sentido del oído intacto.

Me incorporé y se apartó unos pasos para que pudiera ponerme en pie.

—Muy gracioso. —Parecía haber recuperado su sentido del humor.

—Gracioso o no, es la verdad.

—La verdad es relativa.

—No empieces con tus teorías metafísicas, aún no estoy a la altura para rebatirlas.

—Ay, chico de ciudad, cuánto te queda por aprender…

—Eso no te lo discuto.

Mientras destensábamos el ambiente extraño que se había apoderado de nosotros durante la mañana, entré en la furgoneta y le ofrecí un botellín. Nos sentamos en el escalón lateral, como siempre.

—Suelta lo que tengas que decirme y acabemos con tus dudas, ¿te parece? —dije tras darle un trago a mi cerveza.

—Me parece. Aunque no sé si te va a gustar lo que tengo que contarte. Es una mera teoría, pero creo que es acertada, y créeme cuando te digo que no es nada fácil.

—Me acabas de crear ansiedad. Pero no creo que sea peor que lo que ya hemos hablado. Así que dispara…

—Cuando me has dicho la fecha en que ocurrió el accidente de tu familia, se me ha formado un nudo en la garganta. —Carraspeó, no entendía qué quería decirme, pero no hablé para que continuara—. Teníamos un amigo, Marc, también murió en un accidente esa misma madrugada.

—Lo siento.

—Sí, ya… ¿Dónde ocurrió?

—¿El qué?

—El accidente de tu familia.

—En la carretera de la costa, sobre el kilómetro doscientos setenta. A poca distancia de aquí.

Bufó y después inspiró de forma sonora.

—Mi amigo también murió ahí. Mi teoría es que fue el mismo accidente.

Vaya… Más casualidades.

—Sé que hubo varios coches implicados y que murieron varias personas, aunque no indagué en los detalles. ¿Tu amigo era uno de ellos?

—Mi amigo era… el conductor borracho.

Se me paró el corazón. O puede que no. Puede que solo fuera un vuelco.

—¿Tú ibas con él? —pregunté. Quizá él también estaría muerto.

—No. Pero esa noche habíamos salido de copas. Lo siento, no fui capaz de retenerlo. Sabía que no estaba en condiciones para conducir, pero se me escapó y no pude…

—Para —lo interrumpí. En ese momento entendí lo que pretendía.

Me levanté y dejé la botella sobre la mesa plegable. Me di la vuelta y lo miré. Estaba pálido, su rictus denotaba tormento y sus ojos me miraban culpables. Comprendí su postura, pero yo, a esas alturas, tenía muy claro que el puñetero universo, el cosmos, el karma, el destino o cualquier otra fuerza extraterrenal hacía con nosotros lo que le daba la gana.

—Lo siento muchísimo…

—Deja de decir eso. No es culpa tuya.

—Pero…

—Pero nada.

—Si no quieres volver a verme, lo entenderé —musitó.

—¿Es que no me escuchas? —No podía creer que se obcecara con eso.

—No soy capaz de pensar en otra cosa. Uno de mis mejores amigos mató a tu familia…

—Basta. Todos somos hijos o hermanos o primos o amigos… de alguien. Quiero que olvides todo lo que te he contado en referencia a mi antigua vida, quiero que olvides que tu amigo y mi familia murieron en el mismo lugar…

—No puedo hacer eso…

—Sí puedes y lo harás, porque si no lo haces y no dejas de mirarme así, no tendré más remedio que darte una patada en el culo y no volver a verte más. Quiero que me mires como lo hacías antes. —Empezaba a enfadarme de verdad y hacía mucho que no me permitía exaltarme. Quería una vida tranquila, libre de sensaciones negativas y nubes negras rondándome la cabeza.

Se levantó y se dirigió hacia mí. Me agarró del brazo con cuidado y me pegó a su pecho.

—Y, ¿cómo te miraba antes? —Sus ojos me observaron curiosos. Al

fin se había encendido esa chispa que echaba de menos.

—Con diversión, con expectación, con intriga… con brillo. No quiero darte pena.

—¿Qué quieres darme, entonces? —Su mirada se deslizó a mis labios y la mía la imitó.

Era una idea pésima, lo sabía. Pero no pude evitarlo. Estaba enfadada con él por haberme hecho volver al pasado, por provocar en mí sentimientos que no quería tener, por obligarme a deshacerme de esa barrera invisible que me protegía. Lo besé. Estaba tan cerca que su aliento caliente se mezcló con el mío. Y no lo pensé. Quería desprenderme de la rabia y arrancarle a él la culpabilidad. Me agarró de la nuca en cuanto mis labios se posaron sobre los suyos. Me olvidé de que estaba en medio de un *camping* repleto de gente que conversaba en los avances de sus caravanas, niños jugando entre las parcelas, parejas que volvían de cenar… Aunque esa noche sabía que había espectáculo en la zona central del recinto y la mayoría estaría allí.

Lo arrastré hasta la entrada de la Camper y nos metí a empujones antes de cerrar la puerta tras mi espalda. Ya no había marcha atrás.

No se resistió. Me deseaba. Lo deseaba. No me di cuenta de cuánto hasta que mi piel rozó la suya.

Una vez a solas, ya no hubo espacio para nada más.

Sus besos, los míos.

Sus manos, las mías.

Sin saber cómo, acabamos tirados en mitad del suelo; él bajo mi cuerpo. Nos entró la prisa por desnudarnos. Yo quería verlo, necesitaba tocarlo. Todas esas sensaciones de inquietud se tornaron una espiral de ganas. Y a todo ello, había que añadir la misma respuesta desesperada de él, que acabó con sus manos arrastrando mi vestido sin apenas miramientos. No solía ser así, tan abrupta, pero me hervía la sangre.

—Espera… —dije con la voz entrecortada.

Separé nuestras bocas unos centímetros.

—¿Qué ocurre?

—En la cama estaremos más cómodos.

Ladeó la cabeza, parecía no haberse percatado de que estábamos en el suelo. Soltó una carcajada que me pareció de lo más exótico y sexi que había oído en mi vida. Apenas veía su rostro por la oscuridad, pero el brillo de sus ojos acaparó a los míos. Eran pura magia, pura energía y ganas. Esa era la mirada que quería ver en él.

Me incliné un poco hacia la izquierda y busqué a tientas el interruptor de la luz. Sonó el clic y el habitáculo se iluminó por la ristra de bombillas diminutas en diferentes colores que colgaba sobre nuestras cabezas. Observó el recorrido que seguían y, entonces, la vio.

En la parte trasera, bajo las ventanillas cubiertas por las cortinas estaba la cama sobre un conjunto de armarios bajos. Ni siquiera me había molestado en estirar las sábanas después de haberme levantado esa tarde. No me importó. Al ritmo que íbamos, acabarían mucho peor.

—Vaya, esto es más espacioso de lo que había imaginado —argumentó y volvió a reír.

—Vamos, estaremos mejor sobre el colchón. —Puse mis manos sobre su pecho para apartarme un poco y me incorporé sin retirar la vista de él.

Lo agarré de la mano y tiré para ayudarlo a levantarse. Sus dedos, largos y suaves, se entrelazaron en mi cintura y me levantó para sentarme sobre la superficie horizontal. Me sorprendió que su cabeza no chocara con el techo, aunque no lo comenté para no desviar su atención más de lo que ya había hecho esa pequeña interrupción. Jamás había invitado a mi «casa» a nadie, y en ese momento, me pareció que él era el único que se lo había «ganado» con creces. Deseaba besarlo, tocarlo, olerlo… Jamás había sentido esa mezcla de prisa y calma. Quería llegar hasta el final, pero que no acabara.

Se quedó entre mis piernas abiertas, mientras volvía a su boca a por una dosis más de contacto, de ese calor que me recorría la venas. Parte del vestido estaba arremolinado en mi cintura y el tacto de su pecho se coló en el mío mientras le desabrochaba la camisa con soltura. La arrastré por sus brazos hasta dejarla caer al suelo y recorrí sus hombros y su cuello con las manos. De nuevo, sus dedos me sacudieron al acariciarme las piernas. No quise pensar en el tiempo que hacía que no me acostaba con alguien, pero hacía mucho. Más de un año.

Ataqué el botón de sus pantalones cortos y lo desabroché a tirones, igual que la cremallera. Al arrastrar la tela hacia abajo, rocé su erección con la palma de mi mano. Estaba duro, listo para entrar en acción.

—Joder… Me estás volviendo loco.

—Pues acabamos de empezar… —lo provoqué.

Todo ese enfado, toda esa culpa, se convirtió en anhelo, en ganas. Me arrancó el vestido al tiempo que sus pantalones le caían piernas abajo y los empujaba con los pies.

Posó sus manos sobre mi rostro y me separó unos milímetros.

—¿Estás segura? No quiero que hagamos nada de lo que nos arrepintamos.

Recorrí sus facciones con detenimiento. Su pelo castaño claro estaba alborotado, su nariz recta casi rozaba la mía, sus labios… hinchados de besarnos. Recorrí esas porciones de piel con mis dedos. Eran suaves y estaban húmedos.

—¿Tú te arrepientes?
—Yo llevo un año soñando con esto…
—Pues los sueños están para cumplirlos.
Me lancé a su boca con más saña aún. Saber que deseaba ese encuentro tanto como yo me hizo vibrar la sangre en las venas. Desde aquel primer beso no había dejado de pensar en él, y nuestras conversaciones durante ese año no habían hecho más que incrementar mis ganas, aunque tuve miedo. Miedo a sentir demasiado, miedo a que se me derrumbara la vida otra vez. Pero si había algo que tenía claro era que, si no aprovechaba las treguas que se me ponían por delante, la vida se encargaría de darme un empujón para que espabilase. Había dado por hecho que todo seguiría igual, que siempre estaría junto a mi marido, mi hija y los futuros hijos que vinieran. Aprendí a bofetadas que nada es eterno ni dura el tiempo que tú planeas. Llevaba tres años en un camino que me gustaba y que no tenía intención de abandonar, pero me sentía demasiado sola. Somos seres sociables y mi soledad había llegado a su límite máximo. Él había conseguido que esa parte de mí cambiara, que me diera la oportunidad de acercarme a alguien más de lo que lo había hecho hasta ese momento. Y estaba disfrutándolo.
Me deslicé por el colchón para acomodarnos mejor, él siguió mis pasos y se tumbó sobre mí. A pesar de que los besos eran frenéticos, sus manos se movían con suavidad sobre mi piel. Sentía cada una de sus caricias, cada dedo que posaba en cada parte de mi cuerpo.
Cuando noté que entraba en mí, el último resquicio de vacío se evaporó y me sentí volar como cuando cogí por primera vez el volante de la Camper y me dirigí hacia la libertad de una nueva vida. Una vida que me había permitido no perderme en un abismo que me consumía de forma inexorable y que me había llevado hasta ese preciso instante. Con él.
Estaba claro que el destino volvía a ponerme a prueba, aunque, esta vez, en lugar de quitarme posibilidades, me las ofrecía. Pero la decisión sería la misma: quedarme o marcharme.

CAPÍTULO 20

Me desperté envuelta en su cuerpo y la primera luz del día asomada a la ventana. Estaba tan en paz que no quise moverme. Sus brazos me rodeaban desde atrás y su respiración sosegada me templaba la nuca. Había olvidado esa sensación de dormir al calor de otra piel, de sentirme protegida y acompañada.

—¿Estás despierta? —El susurro de su voz somnolienta me hizo sonreír.

—Sí.

—Buenos días, chica nómada.

—Buenos días, chico de ciudad.

Me apretó más en su abrazo y yo posé mis manos sobre las suyas para entrelazar nuestros dedos.

—¿Estás bien?

—Muy bien.

—Quiero decir… ¿no estás incómoda por haberme quedado? No sé si estás acostumbrada a dormir sola o…

Me moví para darme la vuelta y quedar frente a él. Aún lucía los párpados hinchados por el sueño y sus labios entreabiertos daban ganas de darle un mordisco, pero me contuve.

—No he vuelto a dormir con nadie. Pero te aseguro que despertar hoy ha sido muy placentero. Echaba de menos que alguien… me abrazara durante toda la noche.

—¿Los añoras?

—Cada día, pero sé que no van a regresar. Lo asimilé hace tiempo, aunque no me haya permitido acercarme a nadie más porque tenía miedo de volver a sentir ese vacío.

—¿Y ahora?

—No lo sé, pero no quiero perderme lo que me hace sentir estar contigo. Es extraño y agradable a la vez. Cuando… me marche, ya lidiaré con lo que sea que me lleve de ti. ¿Y tú? ¿Estarás bien?

—Yo opino lo mismo. Nada me apetece más que saborear cada momento en tu compañía. —Pasó sus dedos por mi pelo, por mi mejilla, y recorrió con suavidad todas las partes de mi rostro—. No sé qué tienes, pero me ha atrapado sin remedio.

—Espero que esto no nos haga suf…

—Ssshhh —posó un dedo sobre mis labios—, no pensemos en eso ahora.

Escondí el rostro en su cuello y me acurruqué sobre su pecho, en

busca de esa calma que él decía que yo le provocaba y que a mí me producía lo mismo. Me dieron ganas de llorar, pero me contuve. Estaba cansada de lidiar con mi soledad, con esa parte de mí que, en el fondo, necesitaba compañía y que no encontré hasta que lo conocí. Mi vida errante me encantaba y no estaba dispuesta a renunciar a ella, pero no era compatible con una relación, ya fuese de amistad íntima o pareja. Al menos, en lo que a tradicionalmente se estipula que debe ser.

—¿Ya no sales a nadar por las mañanas? —preguntó sobre mi pelo.

—Sí, aunque no cada día.

—¿Te apetece que vayamos?

—¿Has traído bañador? —Separé mi rostro de su cuerpo.

—No lo necesito. —Sonrió con picardía.

Solté una carcajada.

—Vale, vamos.

Salimos de la Camper, él con una toalla alrededor de la cintura y yo con la braguita del bikini y un playero. Recorrimos los escasos cuatrocientos metros que nos separaban de la arena cogidos de la mano. Era temprano y la playa estaba vacía. El sol aún se elevaba tímido, rodeado de la ligera bruma que la brisa marina despertaba por la noche, aunque hacía buena temperatura. Agosto no es el mejor mes para bañarse a esas horas, pero aquellos días aún hacía bastante calor.

Se desprendió de la toalla sin ningún pudor, me guiñó un ojo y echó a correr hacia la orilla. Se me escapó otra carcajada, como las que llevaba soltando desde que me había despertado. Aquel chico de ciudad y establecido en un lugar fijo conseguía arrancarme demasiadas sensaciones buenas como para dejarlo escapar. Así que lo seguí. Dejé mis prendas tiradas junto a la suya y corrí a su encuentro.

El agua estaba fresca, aunque no tanto como en otros lugares donde me había bañado. Nadé hasta alcanzarlo y me apoyé con las manos en sus hombros.

—Estás un poco salvaje este verano —bromeé.

—Me llevas tres años de ventaja, tengo que ponerme al día. —Sonrió al tiempo que rodeaba mi cintura con los brazos.

—Yo voy a tener que actualizarme en otras muchas cosas. —Le di un pequeño beso en los labios.

—Y yo estaré encantado de ayudarte. —Movió las cejas de forma cómica y se mordió el labio inferior. Me había entendido a la primera. Chico listo.

—No quiero acaparar tus vacaciones de amigos.

—Hay tiempo para todo. De momento, vamos a bañarnos y después a desayunar. Ya pensaremos en qué hacer con los días que tenemos por delante.

Y ese fue el principio de algo… grande y bonito.

CAPÍTULO 21

Llevaba seis días apostada en aquel *camping* y aún no había ido a ver a mis padres. Ni siquiera los había avisado de que estaba de vuelta. Me sentía culpable, sí, pero verlos a ellos implicaba visitar a los padres de mi marido, que vivían justo al lado. Sé lo que es perder a un hijo, sé que es lo peor que te puede pasar en la vida; no hay nada que te consuele y llene ese vacío, pero teníamos formas muy distintas de arrastrar ese dolor.

Yo no tenía fotos de ninguno de los dos, todas sus pertenencias las había donado o metido en cajas que acumulaban polvo en el trastero de mis padres. Esa era mi forma de no toparme con los recuerdos. Recuerdos que me hacían sentir mal, perdida y sin ganas de vivir. En cambio, la casa de mis suegros parecía un santuario dedicado a los dos. Había fotografías y objetos de mi marido y mi hija por todas partes. Entrar allí era como viajar en el tiempo, anclarse en el pasado y sufrir en carne viva todos y cada uno de los sueños sin cumplir y un futuro truncado.

Sé que cada cual tiene su manera de afrontar el sufrimiento, pero cada vez se me hacía más difícil enfrentarme a ello. No podía demorar mi visita, así que me vestí con ropa cómoda —porque no tenía otra— y me preparé mentalmente para ver a mi familia política.

En cuanto mi madre abrió la puerta, se me echó encima y me abrazó tan fuerte que temí por mis costillas.

—Ay, cariño, cuánto te he echado de menos. ¿Cómo estás? —En cambio, visitar a mis padres siempre era una alegría y me insuflaban fuerza y amor a raudales—. ¿Cómo no me has avisado de que venías? Te habría preparado una comida en condiciones, seguro que comes fatal por esos países en los que no tienen ni idea de lo que es el aceite de oliva.

Me hizo sonreír con ganas. Y además tenía razón. En la mayoría de lugares usaban mantequilla en lugar de aceite para cocinar, pero no estaba de acuerdo en que se comía mal en todas partes. Italia, Francia y Portugal se convirtieron en mis países favoritos en cuanto a gastronomía se refería. Pero no podía quitarle la razón de que como en casa no se comía en ningún sitio.

—Cualquier cosa que prepares estará rica, mamá.

Mi padre apareció tras ella y alargó sus brazos para que me fundiera en ellos.

—Bienvenida a casa, hija.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás?

—Ahora mucho mejor. —Me besó en la coronilla, como siempre.

Nos sentamos en el salón y hablamos largo y tendido de lo que había hecho ese año. Estar en casa era reconfortante, aunque prefiriera el aire libre y respirar todos los aromas que a diario descubría en cada lugar en que acampaba; ya fuera en áreas para ello o no.

—¿Has visto a tus hermanos? —preguntó mi madre.

—Aún no. Iré en unos días.

Visitarlos también me producía una pequeña desazón. Tanto mi hermano como mi hermana están casados y tienen hijos, y eso me recordaba a lo que perdí, aunque intentaba sobrellevarlo cuando iba a sus casas. Soy la pequeña de los tres; al parecer, vine de rebote, porque mis hermanos se llevan apenas tres años, pero yo soy siete y diez más joven que ellos. Cosa que me valió para llevarme unas cuantas jugarretas por su parte. Creo que por eso he sido capaz de viajar sola a cualquier parte; siempre tenía que superar los obstáculos que me imponían para alcanzarlos. Me llevaban siempre a remolque, pero jamás me rendí para estar a su altura y ellos no me dejaron tirada, aunque me costara seguirles el ritmo.

Mi madre plantó en la mesa una tortilla de patatas gigante. Sabía que era uno de mis platos favoritos y dijo que era lo único que podía cocinar con lo que tenía en la nevera y en tan poco tiempo.

—Está riquísima, mamá. Gracias.

—Llévate lo que sobre. Y coge lo que quieras también.

—No necesito nada, pero no me negaré a llevarme la tortilla.

Si madre sonrió y me besó en el dorso de la mano.

—Te echamos de menos —dijo mi padre.

—Y yo a vosotros.

—¿Por qué no vienes más a menudo?

—Lo intentaré.

Me sentí culpable, solo volvía una vez al año, en verano. Las Navidades en familia ya no me apetecían y en Semana Santa siempre tenía trabajo. Pero podía volver en primavera o en otoño.

Me dejé caer en el sofá junto a mi madre. Puse la cabeza en su regazo y, mientras le explicaba anécdotas, ella me acariciaba el pelo con parsimonia y dulzura hasta que me quedé dormida, como tantas veces había hecho cuando era una cría.

Me despertó un murmullo de voces, pero no abrí los ojos ni me moví. Reconocí el tono triste de mi suegra e imaginé que mi madre, para evitarme entrar en su casa, la había invitado a tomar café. En varias de nuestras conversaciones a lo largo de esos años, me decía que tampoco le agradaba verse «observada» por la colección de fotografías que ella tenía en su casa y siempre buscaba una excusa para reunirse

en nuestro salón y no en el suyo. Me contó que, incluso, «hablaba» con ellos como si aún estuvieran presentes. Lo entendí. Yo misma, durante un tiempo, les explicaba mi día a día e imaginaba conversaciones en mi cabeza, hasta que llegó un punto en el que pensé que, si no dejaba de hacerlo, me volvería loca.

Era mejor pasar el trago cuanto antes y marcharme de allí.

—Hola —saludé al tiempo que me incorporaba en el sofá.

—Hola, hija. ¿Cómo estás? —dijo ella al ver que me acercaba.

—Bien. ¿Y tú? —Le di un beso en la mejilla.

—Bueno, todo lo bien que puede estar una madre que ha perdido a su único hijo y a su única nieta.

Sonreí de forma amable. Su respuesta siempre era la misma y la mía también. Aún vestía de negro y creo que lo haría el resto de su vida.

—¿Quieres café, cariño? —preguntó mi madre.

—Sí, gracias. —Me senté junto a ellas.

En ese momento, entraron desde la terraza mi padre y mi suegro, que habían salido a fumar. Él me saludó con mimo y se acomodaron a la mesa. Cinco minutos tardé en levantarme y salir al jardín con mi café y un cigarrillo. Me sentí un poco culpable por dejar a mis progenitores hacerse cargo de la conversación, pero yo ya no aguantaba más frases tristes. Había tenido suficiente dosis los días anteriores, cuando le había contado mi historia a él. Él. Llevábamos quedando a diario desde que nos encontramos en la puerta de la floristería.

Hola,
¿Cerveza esta noche?

Hola,
Claro.

No quiero acapararte.

No lo haces. Nos vemos luego.

Bien.

Me despedí de mis padres y mis suegros con la promesa de volver antes de marcharme definitivamente hasta el próximo año, aunque pensaba que, quizá, podría hacerlo antes. Lo reconsideraría.

Creí buena idea regresar por la playa, pero era «hora punta» y la arena estaba atestada de personas al sol y niños jugando en la orilla, así que caminé por el paseo. Me coloqué los auriculares con música disco, necesitaba apartar de mi mente y de mi cuerpo la sensación

enrarecida que se me había instalado con la visita. Siempre me ocurría lo mismo, por eso lo evitaba y acortaba mi estancia en aquellas casas llenas de recuerdos.

Para acabar de espantar mi estado de ánimo, me duché en el *camping* y me tumbé en la hamaca con un libro entre las manos. Era el último que me quedaba por leer de los que tenía bajo la cama de la Camper. Por espacio, no podía acumular gran cantidad de ellos, así que cuando los terminaba, los donaba a la biblioteca y compraba otros tantos para ese año de viajes. Solía quedarme con los que más me gustaban para releerlos y también utilizaba aplicaciones para libros electrónicos.

Él llegó justo cuando preparaba el cubito con hielo para las cervezas.

—Buenas noches, chica nómada.

En cuanto oí su voz, una sensación placentera me recorrió y, en el acto, mi pésimo humor del día mejoró. Me di la vuelta y lo observé. Estaba plantado a unos metros de distancia, con las manos metidas en los bolsillos de un tejano corto y una camiseta de color mostaza. Me miraba con una sonrisa brillante.

—Buenas noches, chico de ciudad.

¿Es posible que la presencia de una sola persona cambie por completo tu estado de ánimo? Sí, lo es. Él lo hacía posible. Me parecía increíble que pudiera generar esa alteración positiva en tan solo unos segundos.

—¿Qué tal la visita a tus padres?

Hice un mohín con la boca y él sonrió aún con más ganas.

—Preferiría no hablar de ello.

—Como quieras.

—He pensado que podríamos tomarnos la cerveza en la playa, ¿te apetece?

—Es una gran idea.

Noté que mi sonrisa se elevaba hasta mis ojos.

Cogí el cubo y uno de mis pareos para sentarnos sobre la arena, y caminamos de forma tranquila y en uno de esos silencios cómodos a los que ya me había acostumbrado con él.

—Cuéntame algo —dije cuando nos acomodamos y cogimos un botellín cada uno.

—¿Sobre qué?

—No sé, lo que quieras. ¿Qué dicen tus amigos sobre que te escapes cada noche?

—¿Te importa lo que opinen los demás? No es propio de ti —dijo con tono irónico.

—Tus amigos no son «los demás», no me gustaría interrumpir vuestros planes.

—No los interrumpes. Me paso el día con ellos y salgo de casa después de cenar, ¿qué más pueden pedir? ¿Que durmamos los tres en la misma cama? —Rio entre dientes.

—Visto así…

—Es así. Además, a ellos los veo todo el año, a ti…

—Ya… Estoy pensando en volver más veces. Me siento culpable por lo poco que veo a mi familia.

—Supongo que debe de ser duro para ellos.

—Sí, pero ya me he acostumbrado tanto a esta vida que no sé si sería capaz de asentarme en un sitio fijo. De viaje siempre tengo cosas por hacer, por ver, experimentar y… limpiar la Camper es mucho más sencillo que una casa —bromeé para no entrar en un tema pantanoso.

Él soltó una sonora carcajada.

—Bueno, siempre puedes vivir en la Camper, aunque sea en un sitio fijo.

—Esa es… otra opción, sí.

—Pero creo que no aguantarías mucho tiempo. Eres una persona que necesita esa libertad de acción.

Me gustó que, a pesar de su mirada nostálgica, apreciara que esa era mi forma de vivir en el mundo.

—¿Me echarás de menos cuando me marche?

—Te echaré mucho de menos, pero podemos hablar como este año pasado, aunque tengo la esperanza de que me des tu número y podamos hacerlo de viva voz o por videollamada. —Sonrió de nuevo.

—Me lo pensaré. —Le guiñé un ojo.

En silencio, acabamos la cerveza y nos tumbamos sobre el pareo. El cielo estaba despejado y la brisa suave nos llegaba desde el mar, notaba el cosquilleo en los pies y los encogí porque se me erizó la piel.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Moví el cuello en su dirección, me miraba con ojos atentos.

—Un poco.

—¿Volvemos?

—¿Te quedas?

—Solo si tú quieres.

—Quiero. —Alargué el brazo y le acaricié la barba incipiente del mentón. Él cerró los ojos, supuse que para disfrutar del contacto.

Pasé los dedos por sus labios y metí la punta del índice en su boca; se dejó hacer y le toqué la lengua, cálida y húmeda, mientras él cerraba los labios y lo atrapaba con los dientes.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

Abrió los ojos y me soltó el dedo, que pasé de nuevo por sus labios.

—Sí, será lo mejor —contestó con ojos líquidos por la excitación.

CAPÍTULO 22

Despertar junto a él se convirtió en una costumbre durante aquellos días que no estaba segura de saber gestionar cuando me marchara, pero no quería renunciar a ello. Era demasiado agradable. El calor de su cuerpo me hacía olvidar que estaba sola, al menos, por unas horas.

Mientras viajaba, no me paraba a pensar en ello, cada día tenía lugares nuevos que visitar, fotografiar y personas a las que entrevistar para redactar los artículos y las guías para la editorial. Terminaba tan agotada que dormir se hacía una necesidad y no notaba la ausencia de nada ni de nadie. Pero allí, en el lugar donde no había nada que hacer, todo volvía de golpe a mi mente. Como si el paréntesis que me tomaba para descansar no surtiera el efecto deseado, sino al contrario. Y no quería sentirme así, porque necesitaba volver de vez en cuando, y pensar en que tenía que hacerlo más a menudo se estaba convirtiendo en un imposible, al menos, hasta que consiguiera no creerme una extraña en mi lugar de origen.

—¿Quieres que hagamos algo? —preguntó la tercera vez que dormimos juntos, mientras tomábamos el café de la mañana.

—Ya hacemos cosas, ¿no?

—Me refiero a ir a algún sitio de excursión. Salir de aquí. Creo recordar que el año pasado nos «vimos» en la cascada de Siurana.

—Cierto. —Solía visitar algún que otro lugar para no quedarme todo el día encerrada en la Camper, pero ese año, con él allí, aún no había pensado en nada—. ¿Qué propones?

—No lo sé. ¿Qué te gustaría hacer? ¿Pasear, nadar, piragua, escalar…? —Me guiñó un ojo.

Muchas de las zonas colindantes me traían recuerdos; había vivido allí siempre y mis padres, con tres hijos, tuvieron que ingeniárselas para sacarnos de casa la mayoría de fines de semana para no acabar locos. Quizá podía pensar en alguna de aquellas rutas. Después, fue con mi marido y nuestro grupo de amigos con quienes hacía escapadas. Siurana era una de nuestras favoritas, por eso la visité el año anterior, pero necesitaba generar recuerdos distintos para que los que ya tenía no me aplastaran cuando me acercaba a algún lugar. En la playa, trataba de no pensar en ello y cada vez funcionaba mejor.

—Vale, lo pensaré.

—Bien.

Decidí ese mismo día que debía contactar con mis hermanos para

vernos. Estaba segura de que mi madre ya les habría contado que estaba allí; era raro que no me hubiesen pegado la bronca por WhatsApp.

Llamé a mi hermana y quedamos en que ella avisaría a nuestro hermano y nos veríamos en su casa esa tarde. Todos juntos. Mejor, así me evitaba tener que hacer dos visitas.

Reuní los regalos que había comprado para ellos durante todo el año y esperé a que mi hermana pasara a recogerme en la puerta de entrada al *camping*. En cuanto se bajó del coche, me estrujó entre sus brazos.

—¿Qué tal estás, enana? —me susurró al oído.

—Muy bien. Con ganas de veros —contesté.

—Pues no lo parece. Llevas más de una semana aquí y no nos has avisado. —Me separó de su cuerpo y me miró a los ojos—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, lo estoy.

—Pues vamos, todos están deseando verte.

Me senté junto a ella y respiré hondo. Visitar a mis padres era una cosa y que mis sobrinos se abalanzaran sobre mí era otra muy distinta. Eran más mayores que mi hija, pero su griterío, su energía y su aroma infantil me recordaba a cuando la tenía a ella entre mis brazos. Se me formó un nudo en la garganta e intenté por todos los medios no pensar en ello, pero la imagen de aquel diminuto ataúd blanco no dejaba de acechar mi memoria durante todo el trayecto. Cerré los ojos para contener las lágrimas, aunque no pude hacer nada para que el sollozo que amenazaba mi pecho saliera disparado.

Mi hermana me agarró fuerte de la mano que tenía sobre mi regazo.

—Tranquila, todo irá bien.

Escasos minutos después detenía el coche frente a su casa. Me limpié las lágrimas a manotazos y mi hermana me acercó un pañuelo de papel.

—Gracias.

—¿Quieres esperar un poco antes de entrar?

—No. Cuanto antes lo haga, antes podré marcharme. —Supe que esas palabras no eran acertadas nada más decirlas—. Lo siento. —La miré. Me observaba con una sonrisa triste—. No es que no quiera venir, es que aún se me hace duro.

—Lo sé. No sé si yo aguantaría algo así sin volverme loca.

—Creo que, en el fondo, lo estoy.

—No digas eso.

—¿Te parece normal que no quiera venir más a menudo para que, si algún día faltáis alguno, no os eche de menos o no duela? ¿Alejarme para que el cariño y el apego no se vuelvan en mi contra?

—Cada cual elige su forma de llevar el duelo. Tú has elegido alejarte para paliarlo, aunque eso signifique que seamos nosotros los que te echemos de menos. Pero nadie puede juzgarte, porque nadie sabe lo que has sufrido. Quizá algún día te sientas mejor y quieras volver, o quizá no lo hagas nunca más, pero eso, querida hermana, es solo decisión tuya.

Agradecí su comprensión con un abrazo. No quería dramatizar más el momento y me bajé del coche para enfrentarme a aquel encuentro de la mejor forma que pude.

En cuanto mi hermana abrió la verja, mis cuatro sobrinos salieron en tropel. Me había convertido en la tía guay, la que viajaba por el mundo en furgoneta y volvía cargada de regalos para ellos. No tuve tiempo de pensar en nada, solo los abracé, les di sus regalos y me acribillaron a preguntas sobre lo que había visto. Cuatro pares de ojos, de entre siete y diez años, me miraban con fascinación y no pude más que complacer todos sus deseos.

Mis hermanos y cuñados prepararon la merienda para todos y hablamos de cuando éramos niños, momento en que mis sobrinos se aburrieron y se dedicaron a correr por el jardín sin prestarnos más atención.

El nudo del estómago se destensó por completo y pude disfrutar de la velada sin mayor repercusión negativa. Supe que todos intentaron no hablar de temas que pudieran entristecerme y lo agradecí; así que, cuando salí por la puerta, la sensación agria que me acompañaba había desaparecido por completo.

Fue mi hermano quien me llevó de vuelta al *camping*.

—Ojalá todo fuese más fácil. Ojalá la vida solo fuera una tarde en familia, risas y buenos recuerdos —dijo al detener el coche.

—Lo sé.

—Ya sabes que aquí tienes tu casa por si un día quieres volver definitivamente.

—Sí, eso también lo sé.

—Quizá, solo quizá, si vinieras más a menudo, te acostumbrarías antes a estar entre tus sobrinos sin que te afecte tanto.

—Quizá…

—Te quiero, enana. Cuídate mucho. —Me abrazó tan fuerte que temí por que me partiera el cuello.

—Yo también os quiero.

CAPÍTULO 23

Después de pensarlo mucho, me decidí por hacer una excursión al Delta del Ebro. Hacía muchísimo tiempo que no paseaba por esa zona y me apetecía coger el barco que navega por el río y comer un arroz en mi restaurante favorito, si es que aún estaba en funcionamiento. A él le pareció una gran idea y quedamos temprano para dirigirnos allí en su coche.

—¿Lista para pasar el día entero conmigo? —preguntó antes de arrancar.

—¿Crees que me aburriré? —bromeé.

—Si eso ocurre, ya pensaremos en algo. —Elevó las cejas de forma cómica.

A mí se me escapó una carcajada. Siempre conseguía que riera y me olvidara de muchos de los pensamientos que a diario azotaban mi cabeza, sobre todo en ese periodo vacacional.

En cuanto llegamos a la zona y aparcamos el coche donde pudimos, porque había muchísima gente, nos dirigimos al muelle a comprar nuestros pasajes para disfrutar de la navegación por el río. No había vuelto desde antes de casarme; intenté hacer memoria y el último recuerdo fue una salida en grupo en la que acabamos bastante perjudicados por el alcohol en una comida que se alargó hasta bien entrada la tarde. Tuvimos que esperar hasta la noche para que a los que habían bebido menos se les pasara el efecto y pudieran coger el coche para volver.

Él me ofreció el sitio exterior de la fila de asientos y se colocó junto a mí. Se puso una gorra negra y las gafas de sol que, junto a la barba de varios días, le daban un toque desaliñado y juvenil. Me apoyé sobre la baranda y dejé que el viento me azotara la cara y el pelo. Echaba de menos la sensación de libertad que me producía conducir con las ventanas de la Camper abiertas.

Apenas me acordaba de lo bonito que es el paisaje de esa zona. Los arrozales, las marismas, la zona donde cada verano la garza imperial y la garcilla cangrejera se asientan junto a los flamencos y las garcetas. No soy una experta en pájaros, pero siempre me producía una sensación agradable ver a aquellas aves convivir allí. Me recordaron a mi propia vida. Viajar por el mundo para acabar cada año en el mismo lugar durante una temporada.

Noté una mano sobre mi rodilla.

—¿Todo bien? —me preguntó con una sonrisa.

Había olvidado por completo que él estaba a mi lado.

—Sí. Todo genial. Gracias por traerme aquí.

—Tú has elegido el lugar.

Puse mi mano sobre la suya.

—Y tú me has acompañado.

—No tenía otra opción.

—¿Por qué? Podrías haberte quedado con tus amigos. Creo que ya les he robado mucho tiempo de estar contigo.

—A mis amigos los veo todo el año.

Me dieron ganas de decirle que, cuando me marchara, me acompañara, pero no podía ser tan egoísta; él tenía su vida asentada y no había motivo para que abandonara su lugar. Además, yo viajaba sola porque lo elegí así, para olvidarme de echar de menos, para que «el roce no hiciera el cariño», para que la pérdida no incidiera más en mi estado de ánimo. Pero me sentía bien con él. Por primera vez en los últimos años, me gustaba la compañía. Me gustaba él. No sabía con exactitud de qué modo, pero ahí estaba esa sensación que me martilleaba cada día.

—¿Tanto te importa que pasemos tiempo juntos?

Se quitó la gorra y las gafas de sol y me miró a los ojos con atención.

—Pasaría el resto de mi tiempo contigo, aunque me conformaré con unos pocos días al año si eso es lo que necesitas.

No supe qué responder. O sí, pero no quise decirlo.

—No me parece justo. Deberías buscar a alguien que tenga los mismos intereses que tú.

—Ya, pero eso no es decisión mía.

—¿Cómo que no?

—No se manda en los sentimientos.

Tenía razón. Yo misma era incapaz de controlar los míos, sobre todo los malos.

—Ya… —Dejé de mirarlo porque me sentía demasiado culpable.

—Mírame, por favor.

Cerré los ojos y se me aguaron tras los párpados. ¿Por qué no era capaz de decirle lo que sentía? Prácticamente, era lo mismo que él acababa de confesar.

Me cogió del mentón con suavidad y me giró el rostro hacia él.

—¿Qué? —susurré.

—Solo dime si te gusta estar conmigo tanto como a mí contigo.

—Eres la primera persona con la que paso tanto tiempo desde que me marché.

—Con eso me basta. —Se acercó despacio y posó sus labios mullidos sobre los míos. Me aferré a ellos con fuerza para no soltar las lágrimas que acechaban por escapar. Quizá la visita a mi familia me

había afectado más de lo que creí en un principio porque, desde entonces, solo tenía ganas de llorar cuando el momento se volvía demasiado intenso.

Desembarcamos y paseamos por la zona cercana al embarcadero de Deltebre, donde se concentran restaurantes, bares y tiendas de *souvenirs*. Me gustaron varios sombreros de paja y me los probé, con la consecuente diversión de él.

—Te quedan que ni pintados, todos. —Rio.

—El mío está hecho polvo, lo tengo desde el principio…

—Pues elige los que quieras, te los regalo.

—No, no. Puedo comprarlos yo.

Se acercó a mí y dejo un pequeño beso sobre mis labios.

—Ya lo sé, pero quiero que te acuerdes de mí cada vez que te los pongas.

—Recordaré estos días, aunque no me regales ninguno.

Sonrió y volvió a besarme. Me cogió el sombrero de paja, estilo vaquero, que llevaba en la cabeza y entró en la tienda para pagarlo. No me lo quité en todo el día.

No identifiqué el restaurante donde había comido la última vez que estuve allí, así que nos sentamos en la terraza de uno de los muchos que se ubicaban en los alrededores y pedimos unos entrantes de mejillones y *canyuts*[1] de la zona, para terminar con un arroz de anguila y cangrejos.

—Dios mío, estoy que reviento —dije al tiempo que me recostaba sobre el respaldo de mi silla.

Él se echó a reír con ganas.

—La verdad es que estaba todo delicioso.

—¿Delicioso? Estaba de vicio.

Volvió a carcajearse.

—Me gusta verte sonreír. —Me acarició la mejilla con mimo.

Empezaba a pensar seriamente que íbamos a tener un problema importante a la hora de despedirnos. Además de tener la sensación de que el tiempo con él transcurría demasiado deprisa y que, en menos de una semana, todo aquello se convertiría en la calabaza y los ratones del cuento.

CAPÍTULO 24

Habían pasado tres días desde nuestra excusión al Delta del Ebro. Esa noche, como las anteriores, se quedó a dormir conmigo, pero sentí algo distinto. Noté que sus caricias eran más intensas, sus besos más desbocados, sus movimientos más profundos. Me abrazó con todo el cuerpo, como si quisiera dejar una huella imborrable más allá de mi piel. Empezaba a despedirse, y yo me quedé un poco más vacía cuando se marchó a primera hora de la mañana.

Eso era precisamente lo que quería evitar y, una vez más, no fui capaz. Me había acostumbrado en muy poco tiempo a él y me dieron ganas de volver a huir como el año anterior. No lo hice, pero tampoco le escribí, ni él a mí, ni siquiera se presentó en el *camping*, aunque yo no me moví de allí por si aparecía.

No sabía nada de él y el tiempo se agotaba, me marchaba al día siguiente. Quería decirle un montón de cosas pero, a la vez, no podía hacerlo. No podía decirle que me gustaba más de lo que pretendía mostrar, que se viniera conmigo una temporada, que desde que lo conocía mi vida había recobrado una ilusión que creía perdida para siempre… No podía decirle todo eso y, después, marcharme sin mirar atrás. Era injusto, egoísta e hipócrita. Incluso cruel y mezquino.

Tenía claro que él sentía algo, no lo había dicho de frente, pero sus frases en muchas de nuestras conversaciones así me lo demostraban. Y, ¿qué hacía yo? Esconderme tras la barrera. Me repetía una y otra vez que aquello no era buena idea; yo no iba a quedarme y él no iba a abandonar su vida. Pero no podía dejar de pensar en él y en lo que en el último año había surgido entre los dos. Había algo, aunque no me atrevía a ponerle ningún nombre.

Esa noche había dormido poco y mal, así que me levanté y me fui a la playa. No había nadado en varios días y necesitaba despejar la mente. Apenas amanecía cuando me metí en el agua y braceé con ímpetu, tratando de espantar todos mis pensamientos.

Cuando salí hacia la orilla, lo vi. Estaba de pie, con las manos metidas en los bolsillos, junto a la ropa que yo había dejado en la arena. Su rostro denotaba preocupación. Había llegado el momento de dejar las cosas claras, o eso pensé yo. No sabía qué se le pasaba por la cabeza a él. Esperaba que no fuese nada que hiciera que marcharme se convirtiera en otro drama. Ya había tenido bastantes en mi vida.

Se agachó y cogió el pareo, me envolvió con él en cuanto me detuve a dos pasos.

—Buenos días —saludé con una media sonrisa.

Me miraba con fijeza, como si quisiera leer dentro de mi mente a través de mis ojos.

—Hola… He venido a pedirte algo.

Me revolví dentro de la tela que me cubría el cuerpo. Ni siquiera me había besado y tampoco abrazado.

—Tú dirás… —Empezaba a temerme lo peor.

Otro año más a base de mensajes no era un futuro alentador, estaba segura de que venía a decirme que dejáramos de tener contacto, y lo entendía, de verdad que sí. Algo se me encogió en el pecho y supe que aquello era el final de algo que apenas había empezado, pero que me hacía sentir más viva que en los últimos años.

Se acercó hasta que dejó su rostro a tan solo unos milímetros de distancia.

—He venido a pedirte que… me lo pidas.

Fruncí el ceño. No lo entendí.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. Llevas pensando en ello desde hace muchos días.

Aún lo comprendí menos. ¿Yo llevaba pensando en algo que él sabía que pensaba?

—No… te entiendo. ¿Qué ocurre? Dímelo.

—No, dímelo tú. Pídemelo tú. —El brillo de sus ojos centelleó con más intensidad bajo los primeros rayos del sol.

¿Qué era lo que tenía que pedirle? ¿Que no nos viéramos más? ¿Que no nos escribiéramos? Sería lo lógico. Aunque no lo que quería. Pero tampoco podía obligarlo a seguir con aquello.

Respiré hondo, cerré los ojos un momento y volví a abrirlos. Yo me marchaba, yo era quien debía decirlo.

—Está bien. No es buena idea que sigamos…

—Eso no. Lo otro —me interrumpió.

¿Qué otro?

—¿Cómo?

—Esa es la opción fácil. Quiero la difícil. —Sonrió. Cada vez entendía menos lo que me decía—. Como veo que te has levantado un poco espesa, te daré una pista. —Se acercó aún más y me besó. Me besó de forma intensa, con toda la boca, con los labios abiertos, con la lengua invadiéndome por completo. De esos besos tan húmedos que llegan a cada parte del cuerpo y que derriten el cerebro.

Lo abracé por la nuca y me dejé llevar. Dejé que el cosquilleo se extendiera de pies a cabeza, que se me erizara la piel, que su cuerpo se fundiera con el mío. El único pensamiento que se encajó en mi mente fue que no quería desprenderme de esa sensación, de que quería estar con él. Y entonces lo entendí. Y me asusté. Me aparté de forma brusca

y lo miré.

—No puedo. No puedo pedirte eso. —Me solté de su abrazo y retrocedí.

—Claro que puedes.

Negué con la cabeza de forma enérgica. Recogí mis cosas del suelo y me marché a paso ligero. ¿Se había vuelto loco?

—Solo piénsalo. —Lo oí en la lejanía.

CAPÍTULO 25

Solo cuando llegué a la entrada del *camping*, me giré para cerciorarme de que no me seguía. Si lo hubiera hecho, estaba segura de que me habría abalanzado sobre él para… para… golpearlo. Pero ¿cómo se le ocurrió semejante estupidez?

A cada paso que daba, más me enfadaba. Pasé por mi parcela para coger el neceser y dirigirme a las duchas. Me froté la piel a conciencia, como si quisiera quitarme la sensación de locura transitoria de encima. No podía ser. No podía pedirme eso. Y, ¿cómo demonios sabía que yo había pensado en esa posibilidad? ¿Y que lo único que me impedía no hacerlo era no sentirme culpable y egoísta? Y, ¿por qué ya no me daba tanto miedo sentir la soledad si las cosas no salían bien? Maldito chico de ciudad.

Tenía pensado recoger el campamento por la tarde, pero me encontraba en tal estado de ansiedad que, cuando llegué de las duchas, me puse manos a la obra. Había lavado toda la ropa en el autoservicio del *camping*, así que solo me quedaba guardar la mesa y el poco menaje de cocina que tenía fuera de la Camper. Dejé la hamaca hasta el último momento, me vendría bien tirarme allí durante un rato. Comería algo en la cafetería, no me atrevía a salir del recinto por miedo a volver a encontrarme con él y que me convenciera de hacer una locura.

Desmonté el avance y lo metí todo en la parte trasera, bajo la cama. Como había estado parada durante muchos días, revisé la batería auxiliar, que permitía tener energía dentro del habitáculo. Con el tiempo había aprendido a autogestionar ciertos aspectos de la vida en carretera, y además, antes de instalarme, siempre pasaba por el taller y que revisaran todo lo necesario para no quedarme tirada. Tenía un buen seguro de asistencia, que pagaba la editorial, pero no estaba de más cerciorarse de que no había ningún problema antes de volver a ponerme en marcha.

Lo hice tan rápido que antes del mediodía lo tenía todo listo. Craso error. Ahora disponía de demasiado tiempo libre para comerme la cabeza, así que hice algo que nunca hacía. Fui a casa de mis padres para despedirme de ellos. Incluso me quedé a comer.

Mi madre me miraba de forma extraña, no la culpaba. Me sentía como un cervatillo con necesidades de protección fraternal. No lo entendía. ¿Cómo era posible que, después de sobrevivir a la muerte de mi familia, estuviera aún más asustada por la posibilidad de…? ¿De

qué? ¿De que alguien se interesara por mí? ¿De interesarme yo? ¿De volver a sentirme querida y de querer?

—Hija, ¿estás bien? —Mi padre interrumpió mis pensamientos.

—Sí, ¿por qué?

—Llevas más de diez minutos removiendo el café. —Sonrió.

—Oh, estaba pensando en… mi próximo destino —improvisé.

—Y, ¿adónde vas?

—Al norte de Portugal. Tengo que diseñar una ruta desde la frontera con Galicia hasta Oporto.

—Parece interesante. Quizá algún día deberíamos salir de viaje, ¿no crees, cielo? —le preguntó a mi madre.

—Estoy demasiado vieja para andar por esos mundos de Dios. —Hizo un aspaviento con la mano.

—Podemos ir en avión, no es necesario vivir en una autocaravana para viajar —contraatacó.

Me hizo gracia que sacaran aquel tema. Mi madre siempre había sido muy casera, no le gustaba alejarse de su entorno, ni siquiera un par de días.

Volví a sumirme en pensamientos que no me llevaban a ninguna parte, como la conversación que tenían mis padres.

—Me marcho ya. He de acabar de recoger las cosas en el *camping* —dije al fin.

Ellos me miraron con una sonrisa apenada. Había llegado el momento, pero no quería hacer un drama y me despedí con rapidez y prometiendo que pensaría en la posibilidad de volver antes del verano siguiente.

Cuando salí de allí, no sabía si sentía nostalgia, tristeza o alivio. Y tampoco si había sido buena idea volver a verlos en aquellas circunstancias de dudas.

Me tumbé en la hamaca y miré el cielo. No había nubes y no pude entretener mi mente dándoles forma, así que no tuve más remedio que pensar en él. No era justo. No tenía ningún derecho a arrancarlo de su vida, igual que él no me había pedido que me quedara. No había más opción.

Esa noche me dormí por agotamiento mental y me desperté un poco más descansada. Lo necesitaba, me quedaban unos cuantos kilómetros por delante. Acabé de recoger de forma mecánica y me tomé un café; el nudo en el estómago no me permitió meterle nada más. Pasé por recepción para pagar mi estancia y me metí en la Camper con la clara intención de ponerme en marcha.

Salí del recinto y cogí la carretera que me llevaría hacia la autopista. El pie me temblaba y no sabía si acelerar o frenar. Estaba hecha un puñetero lío.

¿Qué quería de verdad? ¿Qué me pedía el cuerpo y la mente? Estaba más que claro, pero no podía hacerle eso. Por otro lado, él mismo me había pedido que lo hiciera, lo había dejado en mis manos. Él estaba dispuesto, ¿por qué yo no? ¿Y si en poco tiempo no soportaba su compañía? ¿Y si se cansaba él? ¿Y si nos ocurría algo que acabara destrozando nuestras vidas? Me aparté en el arcén. No podía conducir así.

Apoyé la cabeza en el asiento y respiré hondo. ¿Sería el destino tan cabrón de joderme otra vez? ¿Y si salía bien? Un millón de ideas revoloteaban en mi cabeza e intenté centrarme en lo que de verdad importaba. ¿Qué sentía por él? Me obligué a recordar cada momento que habíamos pasado juntos; cada mirada, cada conversación, cada caricia, cada beso… Todas y cada una de esas situaciones me dieron alegrías. Poco a poco, él se fue metiendo en mi vida. Insistió. Me hizo partícipe de la suya. Era agradable sentirme acompañada por él. No acompañada a secas, sino por él. ¿Qué más quería? ¿Qué más pruebas necesitaba?

Abrí los ojos y agarré el volante con saña. Salí a la carretera, tras mirar por el retrovisor, y en la siguiente rotonda di la vuelta. El corazón me golpeaba frenético dentro del pecho y notaba la sangre correr a toda velocidad por mis venas. Deshice el corto camino que había emprendido y me dirigí al paseo marítimo. Apenas llegué en cinco minutos. Y sin pararme a pensar más, le escribí un mensaje. Esperaba que ya estuviese despierto.

> «Buenos días,
> Estoy frente a tu apartamento.
> ¿Puedes bajar?».

El «visto» apareció de inmediato. Estaba conectado a nuestro chat privado de Instagram.

> «Buenos días,
> Ahora voy».

Lo vi abrir el portal un minuto después. Me bajé de la Camper y me acerqué a él. Tenía cara de cansado, pero mi cuerpo se estremeció y comprendí que hacía lo correcto. Me miraba con cautela, supuse que no estaba seguro de por qué estaba allí. Así que no quise hacerle dudar más.

—Vente conmigo —dije con una sonrisa tímida.

—¿Estás segura? —preguntó al tiempo que se le escapaba la comisura de los labios hacia arriba.

Afirmé con vehemencia. Él sonrió más aún. Estábamos a un metro escaso, pero no me atreví a acercarme más, aunque no deseaba otra

cosa en el mundo que lanzarme a su cuello. Sacó el móvil del bolsillo trasero de su tejano corto. Tecleó algo y se lo llevó al oído, sin dejar de observarme.

—Cristian, ¿puedes bajar mi maleta y mi cartera de mano?

—…

—Bien, gracias. —Colgó.

—¿No puedes subir a por tu equipaje? —pregunté extrañada.

—No pienso dejarte sola ni un segundo, no quiero que te arrepientas de lo que has decidido.

Me eché la mano a la boca para evitar soltar una carcajada, pero fue imposible. Ahora sí que me tiré sobre su cuerpo. Me colgué de su nuca y él me elevó por las piernas para que le rodeara la cintura.

—¿Estás seguro?

—Estoy más que eso. Lo sé desde la primera vez que te vi.

—¿Estamos locos por hacer esto?

—Quizá un poco, pero me da igual. Yo solo quiero estar contigo.

—¿No te cansarás de una vida errática?

—¿Te cansarás tú?

—No lo sé.

—Pues averigüémoslo juntos.

Oí un carraspeo a nuestra espalda. Él se giró y vi a dos chicos que esperaban en la acera. Sin soltarme, se dirigió a ellos.

—Chicos, ella es mi chica nómada. —Saludaron con la mano—. Ellos son mis dos mejores amigos.

—Hola —dije—. Será mejor que os deje despediros. —Me bajé de su cuerpo y me aparté hasta la Camper para dejarles intimidad.

Los oí murmurar, reír y después abrazarse. La escena me recordó que perdí el contacto con los míos y, por un momento, me sentí mal. ¿Le pasaría lo mismo a él? No. No le pasaría. La culpa de no hablar con mis amigos era mía. Yo fui quien se alejó, quien dejó de escribir y quien dejó de visitarlos. Tenía mucho trabajo por delante, pero no estaba dispuesta a rendirme. Ya no.

—Oye. —Una voz junto a la ventanilla me devolvió al presente. Uno de sus amigos estaba apoyado en la furgoneta—. Cuida de él, es un tío de ciudad y no creo que se apañe bien en un sitio tan reducido como este. —Señaló el interior.

—Creo que será más bien al revés, pero lo intentaré.

Me guiñó un ojo y se alejó.

—Venga, largaos antes de que me arrepienta de haber aceptado esta locura —nos dijo el otro chico.

Lo ayudé a colocar la maleta y la cartera, donde supuse llevaba el ordenador o algo relacionado con el trabajo. Tendría que preguntarle.

—¿Puedo conducir? —pidió.

—Claro. —Le lancé las llaves—. Creo que esto va a ser mejor de lo

que pensaba. —Me reí.

Nos metimos en la Camper y me sentí extraña en el asiento del copiloto, pero cuando lo vi al volante se me quitaron todas las manías.

—Qué bien te queda la furgoneta —dije.

Entonces fue él quien rio.

—¿Lista?

Cogí el gorro de paja que me había regalado y me lo puse.

—Listísima.

—Por cierto, ¿adónde vamos?

—Al norte de Portugal.

—Vaya, me gusta. No he estado allí.

—Yo tampoco. —Le guiñé un ojo.

Comprobó los espejos, arrancó y se puso en marcha. Sentí de nuevo la libertad que el viento que entraba por las ventanillas siempre me proporcionaba cada vez que ponía rumbo a un nuevo destino. Aunque aquel día aún me sentía mejor. Cerré los ojos para disfrutarlo hasta que un frenazo me hizo abrirlos de nuevo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Se giró hacia mí, se quitó las gafas de sol y me observó con sus ojos castaños brillantes.

—Ahora que ya nos conocemos bastante mejor y que, al parecer, sabemos lo importante el uno del otro, aparte de que vamos a vivir juntos en este miniespacio, me gustaría saber tu nombre si no es mucho pedir. —Me miraba divertido y yo no pude más que soltar una carcajada.

Tenía razón. Alargué mi mano para que la estrechara.

—Hola, me llamo Telma.

Me agarró y zarandeó con fuerza nuestro agarre.

—Encantado de conocerte, Telma. —Noté que se le escapaba la risa.

—¿Te hace gracia mi nombre? Ya sé que no es muy común, pero los hay peores. —Sonreí.

—Perdona, no es eso. Es que… Hola, Telma, me llamo Luis. —Y entonces sí que arrancó en una carcajada profunda y escandalosa.

No tuve más remedio que reírme yo también.

—Joder, Telma y Luis. No me lo puedo creer.

Nos dio la risa tonta; esa que no puedes detener aunque lo intentes con todas tus fuerzas. Me había reído más en los últimos días que en los años anteriores, y eso me hizo sentir aún mejor, llena de esperanza y de ilusiones.

Cuando nos calmamos un poco, se acercó a mí, sin soltar mi mano, que aún tenía sujeta.

—Lo quiero saber todo de ti, chica nómada. —Y sin dejar que respondiera, me besó. Se agarró a mi lengua con fuerza y no me soltó

hasta que nuestras respiraciones se hicieron insoportables.

Se colocó en su asiento y volvió a poner en marcha el vehículo.

—Está bien, ¿qué quieres saber? —pregunté.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y tres. ¿Y tú?

—Treinta y uno. ¿Tu cumpleaños…?

—El 15 de mayo. ¿El tuyo?

—El 12 de abril. ¿Color favorito?

—El rojo.

—El azul. ¿Plato favorito?

—La tortilla de patatas. ¿Tú?

—Los canelones…

—Puaj… Odio la bechamel.

—¿Qué dices? Si está buenísima.

—Es asquerosa. Esa textura pastosa… Leche con cebolla, ¿en serio?

—Se puede hacer sin cebolla.

—Da igual…

—No da igual…

EPÍLOGO

ÉL

Dos meses llevábamos en la carretera. Los dos meses más apasionantes de mi vida. Es cierto que al principio me costó un poco adaptarme a una situación que jamás había experimentado, pero nada que no superara en pocas semanas. Telma me proporcionó toda la información respecto a la vida en carretera y la verdad es que pasábamos más tiempo fuera del habitáculo que dentro. Era como vivir a la intemperie y me sentí más libre que nunca.

¿Cómo compaginaba mi trabajo? No fue fácil. Tras nuestro día juntos en el Delta del Ebro tuve claro que debíamos probar estar juntos. Sabía que ella no iba a dejar su vida errante, al menos, de momento, y yo tenía curiosidad desde que la conocí por ver cómo se desenvolvía en esa faceta. Volví a la ciudad para hablar con el gerente de la empresa y le planteé dos opciones: una excedencia de mínimo cuatro meses o teletrabajar. Se echó las manos a la cabeza en cuanto le conté mi plan. Supuse que no estaba acostumbrado a que le solicitaran ese tipo de cosas, pero no me amedrenté. Tenía un propósito y quería conseguirlo. Al final se decantó por el teletrabajo, así que lo preparamos todo para que así fuese y, sin saber si Telma aceptaría mi compañía, me lancé de cabeza y sin paracaídas.

Estaba seguro de que a ella le rondaba por la cabeza esa posibilidad, sus ojos me lo decían cuando me miraba de forma intensa, aunque no acababa de decidirse; no tuve más remedio que darle un empujón. Casi salió mal, pero no estaba dispuesto a quedarme con las dudas y con las ganas. Tenía claro que no daba el paso porque no quería arrancarme de mi vida; lo que no sabía es que yo no deseaba otra cosa que estar con ella.

El año de mensajes fue un suplicio y no estaba dispuesto a pasar por otro. Los días que pasamos juntos me lo confirmaron. Telma me gustaba y merecía el esfuerzo de intentarlo.

—¿Y si no sale bien? —me preguntó una tarde, en la que habíamos aparcado en una zona de caravanas cerca de la playa de Esposende, en la costa portuguesa.

—Pues… yo me vuelvo a casa y tú sigues con tu vida.

—¿Así de sencillo? ¿Y los sentimientos?

—No he dicho que sea sencillo, solo que cuando las cosas no salen

bien, hay que volver a empezar o seguir desde donde lo habíamos dejado. Además, si las cosas se tuercen, los sentimientos se resienten y siempre preferirás ponerle fin antes de que acabe mal.

Me miró con esos ojos turquesa. Yo sabía que cada día me enamoraba más de ella, pero no quería que se sintiera presionada ni obligada a nada. Conocía su historia y no era fácil lidiar con algo así. La brisa del Atlántico le revolvió el pelo y su mirada se licuó.

—Creo que… te quiero.

Sonreí. Aparté su cabello con mis manos y la observé como lo que era: lo más maravilloso que había visto jamás.

—No, aún no. Pero me querrás, igual que yo a ti. —Le guiñé un ojo y la besé.

—Eh… Tengo algo que decirte —susurró sobre mis labios.

—Dime…

—Yo… no estoy segura de querer tener… más hijos.

Aquello me sorprendió. No por el hecho de que no quisiera, sino por decirlo en tan poco tiempo. Apenas llevábamos dos semanas de viaje.

—Y yo no te he pedido tenerlos. Creo que es pronto para hablar de eso. —Tenía claro que la clave era el tiempo. Como con todo, y todos, ella necesitaba tiempo para superar las heridas.

—Es que no me parece justo si tú quieres ser padre en el futuro.

—Aún no sé si quiero serlo, así que deja de darle vueltas a algo que no sabemos si ocurrirá o no. —Era cierto. No me había planteado aquella cuestión. Era joven y prefería pensar en cosas más cercanas. No había prisa, aunque imaginé que ella quería saber mi opinión al respecto, así que le dije la verdad. No concebía otra opción.

Al final, nos quedamos más tiempo del acordado en la costa. Telma convenció a la editorial de que Portugal tenía muchos lugares que visitar y la recorrimos de norte a sur. Viajar de ese modo supuso una nueva dimensión. Me sorprendí de lo poco que necesitamos para vivir. Me refiero a lo meramente material. No voy a mentir. Se gasta dinero, como en cualquier viaje, pero llevar la casa a cuestas te da la libertad de olvidarte de buscar alojamiento y puedes detenerte en casi cualquier lugar. Apenas usábamos unas prendas de ropa, que lavábamos en autoservicios y quedaban listas para volver a utilizar. Comprábamos la comida en el súper y la cocinábamos en la pequeña cocina de la Camper. Incluso nos permitíamos el lujo de preparar cenas románticas bajo las estrellas.

—Me encanta ese vestido —le dije una de esas noches.

—Lo sé. Por eso me lo pongo. —Sonrió—. Es el que llevé la primera vez que salimos a cenar juntos.

—Así que te diste cuenta de que me hipnotizaron esas amapolas.

Soltó una carcajada.

—Era más que obvio.

—También lo llevabas cuando nos encontramos en la floristería.

—No me lo recuerdes. —Se tapó los ojos con la mano.

—No lo he dicho para que te sientas culpable, sino porque siempre lo llevas en momentos importantes para nosotros —dije al tiempo que cogía su muñeca para que me mirara—. Todo lo que nos ha ocurrido debía ser así, nos ha traído hasta aquí.

—Supongo que tienes razón.

—Por cierto, he visto en internet que hay un campo de amapolas impresionante en Zamora. Podríamos ir —cambié de tema—. Creo que tú, ese vestido y las amapolas quedaríais geniales en unas fotos. —Alcé las cejas de forma sugerente. Ella se echó a reír.

—Me parece una buena idea, pero hasta mayo no creo que ese campo esté en pleno apogeo.

—Pues en mayo, tenemos todo el tiempo del mundo.

EPÍLOGO

ELLA

Hablar con Luis se convirtió en uno de mis pasamientos favoritos. Siempre conseguía decir las palabras exactas para que me sintiera bien. Dejé de atormentarme por si se cansaba de esa vida rodante a las pocas semanas de estar juntos; parecía totalmente feliz.

Después de Portugal, recorrimos la costa sur de España. Faltaban pocas semanas para que llegara el invierno y las Navidades. Sabía que él se había adaptado perfectamente, pero no tenía claro que quisiera pasar esas fechas lejos de su familia.

—¿Quieres que volvamos a casa por Navidad? —le pregunté.

—Has sonado a anuncio de turrón. —Sonrió. Yo me reí.

—Ya lo sé, pero no has contestado.

—Bueno, la verdad es que me gustaría, sí. ¿Y tú?

No había celebrado esas fiestas desde que faltaban mi marido y mi hija, pero con él a mi lado empezaba a pensar en ello.

—Aún no lo tengo claro. Aunque… ¿me acompañarías?

—¿Qué pregunta es esa? —Fingió sentirse ofendido. Me cogió de la mano y me besó los nudillos—. Claro que te acompañaré. Estoy aquí, a más de mil kilómetros de casa, contigo. ¿Dónde no iría por ti?

—Creo que ahora ya sí que te quiero…

—Aún no —contestó como siempre.

Me hacía gracia esa respuesta suya, y solo por oírlo, ya se lo soltaba con más frecuencia. Lo dicho, tenía el don de decir siempre lo que necesitaba escuchar y, lo más importante, se preocupó por conocerme desde el primer momento y dejarme espacio. De ese modo, era yo quien acababa ordenando mis sentimientos sin que él interviniera, sin decirme lo que debía o no pensar.

Volvimos por Navidad, como el turrón. A mi familia casi le dio un infarto de la alegría y yo me sentí bien por hacer algo que no sabía si podría volver a intentar. Cuando nos presentamos los dos, en Nochebuena, mi madre se abrazó a él, lo besó como si fuese su abuela y repitió mil veces «gracias» como una loca por haberle devuelto a su hija. Para no perder la costumbre, no los había avisado de que iría acompañada y, después de echarme la bronca, mi padre le hizo sitio en la mesa y lo colocó entre él y yo.

Pensé que sería más difícil, pero cuando los recuerdos atenazaban

mi cabeza, le cogía la mano y él me la apretaba y la acariciaba para darme fuerza. Y conseguí disfrutar de la cena, de la fiesta, de mi familia al completo y de él. Incluso de mí misma. Hablé por los codos, me reí como una hiena y, por primera vez en años, me sentí feliz, llena de vida y con ganas de un futuro.

Algo parecido ocurrió en su casa, el día de Navidad, aunque su familia era mucho más reducida. Luis es hijo único y comimos en una intimidad cómoda y muy agradable. Al principio me sentí cohibida, era la persona que lo había alejado de ellos, pero sus padres son un encanto y no me hicieron sentir culpable, aunque lo echaran mucho de menos. Él le quitaba importancia diciendo que volvería varias veces al año y que seguiría llamándolos por videollamada a menudo, como había hecho en los últimos meses.

Aprovechamos esos pocos días para estar con todos ellos y para adelantar trabajo. Luis se acercó a la empresa donde trabajaba para concretar ciertos aspectos respecto al cierre del año y reorganizar los temas pendientes. Yo me dediqué a redactar las guías de viaje que la editorial necesitaba para publicar el año siguiente. Tenía un poco abandonados el blog y la cuenta de Instagram porque mucho del tiempo que tenía libre lo dedicaba a estar con Luis. Ya no necesitaba rellenar mis vacíos con palabras encadenadas, pero echaba de menos interactuar por pantalla. Así que también dediqué un tiempo a escribir varios artículos que iría publicando de forma escalonada.

También quedamos con los amigos de él. Fue divertido ver cómo se relacionaban. Eran tres piezas de un mismo puzle que encajaban a la perfección. Aunque, como dijo él, faltaba la cuarta pata del banco. Su amigo Marc. Pero no quisimos entrar en ese tema. Ya habíamos hablado lo suficiente como para sentirnos cómodos y dejar el asunto zanjado. Nos hicieron mil preguntas sobre nuestros viajes, que contestamos entre risas y anécdotas.

Lo complicado fue despedirse de todos. Yo estaba acostumbrada y me dolió más de lo que imaginaba, después de haber pasado varios días de festividad continua. Luis parecía quitarle importancia a todo ello, como si no le costase desprenderse de una parte de su vida.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté cuando ya estábamos de camino hacia nuestro nuevo destino.

—¿El qué?

—Pues despedirte como si fueses a verlos mañana.

—Bueno, no es que sea fácil, pero intento pensar en que es mi familia, nos queremos y que pasar tiempo separados no significa que dejemos de hacerlo. Cada uno vive la vida que ha elegido, pero tampoco hace falta estar todo el día pegados. —Sonrió.

—Entonces, ¿tú y yo podríamos vivir nuestra historia separados? Quiero decir, ¿no era necesario que renunciaras a tu lugar?

Se echó a un lado de la carretera y detuvo la Camper. Se giró hacia mí, se acercó y me cogió de la nuca con fuerza.

—Lo nuestro es distinto. No he renunciado a mi lugar, porque mi lugar es a tu lado, sea donde sea. Y además, el amor es diferente. No es lo mismo pasar un día con mis padres, los tuyos o mis amigos que contigo. Con ellos es algo cariñoso, fraternal, una relación natural e inocente. Contigo… es algo que he elegido, que me gusta, que deseo. Me encanta que compartamos espacio, vivencias, conversaciones… pero también adoro tocarte, besarte y meterme entre tus piernas. Con ellos comparto una parte de mi vida, contigo lo quiero todo. Esa es la diferencia.

¿Qué decía yo? En el clavo, siempre.

—Eh… vale, me has convencido. —Sonreí.

—Ahora sí.

—Ahora sí que sí. Te quiero, chico de ciudad.

—Yo también te quiero, chica nómada. Hasta el fin del mundo.

—El fin del mundo no es un lugar…

—… es un sentimiento.

FIN

NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

Vivo en un pueblo de la Costa Dorada. Cada verano este lugar se llena de personas que necesitan descansar, desconectar y disfrutar. Un día, igual que la chica nómada, vi a alguien salir de una furgoneta destartalada que estaba aparcada junto al paseo marítimo. Ahí prendió la chispa de la idea; creo que de eso hace más de dos años, pero apunté en las Notas de mi móvil: «mujer errante». Ahí se quedó hasta que, sin previo aviso, esa chica me contó su historia. Lo que habéis leído es el resultado de nuestras conversaciones a altas horas de la madrugada.

Tanto esta historia como *Be my bee* han sido un camino lleno de bloqueos y tirones de cuerda. No sabía por cuál continuar, ya que empecé a escribir una y otra porque me quedaba en blanco con las dos, hasta que decidí que podía escribirlas a la vez, ¿por qué no? Entonces fluyeron y se convirtieron en lo que acabáis de leer. Espero de todo corazón que las hayáis disfrutado, a pesar de ser más cortas de lo que suelo escribir. A veces, no es necesario nada más.

A las lectoras cero de esta historia quiero darles las gracias por comprenderla. Por quererla, a pesar de creer que la chica era una borde al inicio; por «sospechar» que había algo más que un simple carácter de mierda. Un millón de gracias a Niusha, Estela y Marisa. Sin vosotras, ella no sería la misma.

A ti, que has llegado hasta aquí, espero que también la hayas disfrutado, porque la vida no es

siempre solo lo que parece, a veces hay que rascar para sanar.

Un beso enorme.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Barcelona, un 21 de febrero de hace más de cuarenta años. Estudié una carrera de números y pasé veinticinco años trabajando en diferentes departamentos financieros hasta 2018, cuando decidí que debía cumplir mi sueño desde que era una cría. Combiné el trabajo con estudios de escritura creativa y corrección literaria durante más de cinco años; después, me lancé a escribir y no he parado de hacerlo desde entonces.

En la actualidad, sigo formándome en el campo literario y espero poder dedicarme a esta profesión que me hace sentir una persona plena y feliz.

Vivo junto al mar, como siempre deseé, y comparto mis días con los dos amores de mi vida: mi marido y mi hija.

«No dejes que solo sean sueños, trabaja para convertirlos en realidad».



Si quieres mantenerte al día de mis publicaciones, puedes seguirme en redes:

- Elisa Mayo
- @elisamayoescritora



elisamayoescritora@gmail.com

Si necesitas ayuda con tu manuscrito y/o la planificación de tu historia, escríbeme. Además de autora, me dedico a la corrección literaria y al asesoramiento personalizado en escritura.

Otras publicaciones de la autora:



















[1] Navajas del Delta del Ebro. Más pequeñas que las navajas del Atlántico.